

CUENCA

2000

*años soberana*

*Crónicas, Biografías, Mitos y leyendas*

**Gloria Riera Rodríguez**



**Gloria Riera Rodríguez**

Dra. Ph.D. en Lengua Española por la Universidad de Salamanca, Máster en Lexicografía y Lingüística por la Real Academia de la Lengua/Universidad de León, Máster en Estudios de la Cultura, mención Literatura por la Universidad Andina Simón Bolívar. Ha trabajado como profesora universitaria, investigadora y editora. Entre sus temas de investigación están la novela histórica, la escritura científica y la lexicografía, especialmente el nombre propio.





UNIVERSIDAD DEL AZUAY

CUENCA 200 AÑOS SOBERANA  
GLORIA RIERA RODRÍGUEZ

---

Francisco Salgado Arteaga  
RECTOR

Martha Cobos Cali  
VICERRECTORA ACADÉMICA

Jacinto Guillén García  
VICERRECTOR DE INVESTIGACIONES

Anna Tripaldi Proaño  
DIRECTORA DE CULTURA

Toa Tripaldi Proaño  
DIRECTORA DE COMUNICACIÓN Y PUBLICACIONES

Verónica Neira Ruiz  
CORRECCIÓN DE ESTILO

Juan Carlos Astudillo  
María Eugenia Moscoso  
PARES REVISORES

Daniela Durán Pozo  
DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Jairo Apolo Carrión, Guido Argüello,  
Marco Antonio Ávila, Gabriela Cordero Durán  
ILUSTRADORES

ISBN: 978-9942-822-71-0  
e-ISBN: 978-9942-822-74-1

Cuenca-Ecuador  
Noviembre 2020



CUENCA

2000

*años soberana*

CRÓNICAS, BIOGRAFÍAS, MITOS Y LEYENDAS



# CUENCA

# 200

*años soberana*

La historia de los pueblos, como bien sostiene Medina, Pérez y Escalona en su obra *La memoria cultural como símbolo social de preservación identitaria* (2012), es el resultado de procesos culturales y sociales de enorme complejidad cuyo conocimiento se vuelve imperativo porque las huellas del pasado permiten el acercamiento a las raíces, confieren identidad cultural y reafirman el sentido de pertenencia a una sociedad determinada. Ciertamente, los lugares y episodios de la memoria, los relatos comunes, las narrativas históricas, se convierten en referentes identitarios fundamentales para una comunidad. Además, abordar la memoria cultural de un territorio permite enriquecerla a partir del conjunto de vivencias, tradiciones e identificaciones que hacen los sujetos de su medio y la significación y representatividad que devienen de esa práctica.

La memoria de un grupo debe reactualizarse continuamente porque ese conocimiento impregna un sentido vital a su existencia, de ahí que, más allá del monumento y el museo, las fiestas, las artes, reproducir y renarrar son formas que resisten a la lógica de fosilización y permiten una reflexión crítica del pasado en el presente, desarrollan una dimensión plural que puede recoger múltiples sentidos y vivencias para constituir espacios educativos para la población en general. He ahí la importancia de que la Universidad del Azuay genere espacios propicios para este acercamiento al tiempo y se haga presente mediante la recuperación e incorporación de dinámicas artísticas, dialógicas y pedagógicas incluidas en la producción de este texto, mucho más cuando tenemos ante nuestras puertas el bicentenario de nuestra ciudad, doscientos años de vida so-

berana que invitan a recapitular eventos, a volver al mito, a los grandes hombres, todos ellos elementos vitales de nuestra memoria.

El presente libro es el producto de la creativa y entusiasta propuesta del Departamento de Cultura de la Universidad del Azuay, y se desarrolla en el marco del proyecto «Redescubriendo Cuenca: una memoria histórica de la ciudad». El objetivo del proyecto es divulgar, mediante narrativas e ilustraciones, sucesos y datos relevantes sobre la ciudad de Cuenca y de ese modo fortalecer la memoria histórica de la ciudad y contribuir al desarrollo cultural local. Estamos seguros de que el material no solo incidirá en el fortalecimiento identitario de los ciudadanos del medio, sino que tendrá un impacto en la cultura de la ciudad.

El proceso inició con una rigurosa investigación que vería nacer, de la pluma de Gloria Riera Rodríguez, las crónicas, las leyendas y las biografías, que en este libro suman 39 en total. Como toda selección, siempre habrá personajes que falten y eventos decisivos no contemplados que esperamos poder incluirlos en futuras publicaciones. A este esfuerzo se sumó el trabajo de los ilustradores, todos estudiantes de la escuela de Diseño Gráfico de la Universidad del Azuay: Jairo Apolo Carrión, Guido Argüello, Gabriela Cordero Durán y Antonio Ávila Bernal.

Para nosotros como institución es un orgullo y un honor poner a disposición de la comunidad este producto editorial que recoge algunos de los más interesantes momentos y personajes de la historia y la tradición oral de nuestra ciudad. Nuestro sincero agradecimiento a Gloria y a los ilustradores quienes hoy nos regalan este libro.

**Anna Tripaldi Proaño**

DIRECTORA DE CULTURA DE LA UNIVERSIDAD DEL AZUAY

# HISTORIA Y SEMBLANZA

## de una ciudad Soberana



Cuenca, la ciudad soberana, celebra 200 años de trayectoria vital como urbe independiente, y más de 450 años de fundación en las tierras cañaris de la antigua Guapdondélic o de Tomebamba, bajo la dominación incásica. Durante este largo período nunca faltaron quienes hablaron –casi siempre bien– de ella (la excepción la constituyó el neogranadino Francisco José de Caldas). Así, por ejemplo, tenemos al padre Bernabé Cobo (1635), cronista de Indias. Más tarde, hacia 1765, es el corregidor y justicia mayor don Joaquín Merisalde y Santisteban, quien describe la ciudad y sus alrededores. Algo más adelante se encuentran los jesuitas Juan de Velasco y Mario Cicala.

Con el motivo de celebrar el primer centenario de la independencia de Cuenca (1920), los intelectuales azuayos produjeron una serie de obras de corte histórico, que hablan, no propiamente de la ciudad hispanoandina, sino de los vestigios inco-cañaris. De esta manera, aparecieron obras de autores notables como Julio María Matovelle, Jesús Arriaga, Octavio Cordero Palacios.

A lo largo del siglo XX, esporádicamente, aparecieron también algunas obras referentes a la ciudad, con títulos como los siguientes: *Compilación de crónicas, relatos y descripciones de Cuenca y su provincia*, obra en tres tomos, por Luis A. León. Los dos tomos de *Cuencanerías* de Antonio Lloret Bastidas, los varios tomos del *Libro de Cuenca*, editados por Marcelo Vázquez; los dos tomos de *Estudios, crónicas y relatos de nuestra tierra*, compilados y editados por María Rosa Crespo. A esta serie hay que agregar ahora esta obra: *Cuenca: 200 años soberana- crónicas, biografías, mitos y leyendas*, de Gloria Riera Rodríguez.

Nos parece que la obra de Gloria es una de las mejores formas de rendir homenaje a la historia y al presente de una ciudad que tiene un puesto de mucho prestigio en el mundo, por algo es ciudad Patrimonio Cultural de la Humanidad, y por algo también, ha ganado varias designaciones a nivel mundial.

La forma que la autora ha escogido para patentizar esta celebración y homenaje nos parece muy adecuada y atractiva. A través de tres secciones se cuenta la vida de la ciudad, desde sus hechos más notables. Se registra el avance histórico mediante rastros y rostros de cuencanos –hombres y mujeres– y no cuencanos, que ejecutaron algo que concitó la atención –aunque a veces no fuera todo lo positivo que hubiera de desearse–. Así, tenemos que el primer acontecimiento recogido y relatado es el escándalo y posterior muerte del cirujano francés Seniergues, a manos de algunos individuos del pueblo de Cuenca. De por medio se encuentra un amorío entre el francés y la criolla Manuela Quezada, conocida posteriormente como la *Cusinga*. Nos interesa detenernos en esta palabra porque es una derivación del quichua *куси*, que significa: alegre, rápido, diligente, hacendoso. Con la añadidura del sufijo *-ingo* se podría traducir como alegrona, diligentita, hacendosita...

También, en otro capítulo, nos enteramos que la independencia de Cuenca no es solamente una fecha: el 3 de noviembre de 1820 sino que se trató de un proceso de sedimentación en la búsqueda de la libertad, hecho que, obviamente venía desde tiempos anteriores:

- La madrugada del 21 de marzo de 1795, informan las fuentes, asomaron por la ciudad



de Cuenca unos pasquines en los cuales se podían leer exhortaciones como estas: «Noble auditorio, prevenid vuestras armas para la libertad de vuestros hijos, y de nosotros, pues no queremos este tirano Rey», «A morir o vivir sin Rey prevengámonos, valeroso vecindario. Libertad queremos, y no tantos pechos y opresiones de Valle [el gobernador]». El deseo de ser libres, de independizarnos de España, corría hace tiempo por la ciudad de Cuenca.

Por la conmemoración del primer centenario de la independencia llegó a Cuenca (realmente fue el día 4 de noviembre) el primer avión. En este libro nos enteramos de las características del aparato que le permitió a Elia Liut, italiano de nacimiento, arribar por los aires a esta hermosa ciudad. Liut

había participado en la Primera Guerra Mundial. Liut pilotaría un avión llamado *Telégrafo I* –una máquina de combate biplano Macchi-Henrit-Ho con motor de 80 caballos de fuerza, fuselaje recubierto con lona, de 8 m de tamaño y con un radio de vuelo no mayor a cinco horas– propiedad de José Abel Castillo, director del diario guayaquileño del mismo nombre.

Y así como fue un acontecimiento la llegada del primer avión, así también lo fue el arribo del tren, en 1965, cuando ya el ferrocarril había dejado de ser un medio productivo y sustentable. Vino en condiciones como para convertirse en pieza de museo; aunque el autoferro siguió prestando un mínimo servicio entre Cuenca y El Tambo.

Cierto es que Cuenca vivió –casi habría que usar este verbo todavía en tiempo presente– aislada de la esfera capitalina y del puerto principal, y por eso fueron hechos notables los que tuvieron que ver con el transporte. Y resulta curioso que, ahora, en el siglo XXI y con la celebración del bicentenario tengamos un asunto de transporte sobre la vida y la economía de la ciudad: el tranvía, medio que no acaba de arrancar, que arrastra no solo los vagones sino innumerables problemas y postergaciones, y que, tampoco permite avizorar un futuro de aliento.

Entre los personajes notables son recordados desde militares, políticos, artistas hasta escritores, poetas, estadistas, periodistas y científicos. El primero de ellos es José Domingo de La Mar, notable militar de las guerras de la independencia americana, nacido en Cuenca y fallecido en Lima, debido a que llegó a ser presidente del Perú. La autora nos muestra a un La Mar, como un hombre pulcro y temeroso del poder y nada apegado al caudillismo, que fue tan común en su época:

Militar brillante, confesó aborrecer el caudillaje y los puestos públicos, cuando fue nombrado presidente no fue expresamente por su voluntad, en algún momento escribió: «Hasta el nombre de Presidente me asusta». Honrado, sencillo, sin malicia, sin ambiciones para sus detractores, tuvo como lema hacer una gran patria entre ecuatorianos y peruanos, a quienes siempre comprendió como el mismo pueblo.

Luego tenemos al notabilísimo artesano y artista que fue el *Lluqui* Sangurima, un verdadero talento autodidacta:

Gaspar de Sangurima brilló en una época en que el arte y la ciencia eran dominios a los cuales solamente accedían determinados grupos sociales. Estamos hablando de las últimas décadas del XVIII y principios del XIX. Y estamos hablando de que el primer protagonista que reseñamos es un hombre indígena cuyo mérito consistió en su impresionante habilidad artística, «dueño de todos los oficios, y de todos los secretos manuales»: sabía esculpir, pintar, sobre joyería, carpintería, era herrero, grabador, dibujante, relojero y orfebre; y todo lo aprendió de forma autodidacta porque él era analfabeto.

Y el siguiente es el sacerdote Fray Vicente Solano, el iniciador del periodismo azuayo y uno de los hombres más ilustrados e inteligentes de su tiempo. Escritor, naturalista, teólogo, polemista, lingüista, filósofo y traductor del latín. Fue el primer ecuatoriano en tener un libro suyo prohibido por la iglesia:

En otro caso, escribió un texto en 1828 con el que polemizó con la Santa Sede, *La predestinación y reprobación de los hombres, según el sentido genuino de las Escrituras y la razón*. Su obra fue condenada y puesta en el índice de libros prohibidos. No pudo con esta presión, pidió disculpas, retiró de circulación todos los ejemplares existentes y luego los quemó. Como justificación escribió: «¡Infeliz de mí si abrazara otro partido que el de la obediencia!».

La ciudad y el país todavía no han valorado en su justa y real dimensión la obra y el pensamiento de Solano.

La sección de personajes incluye a dos de los más grandes poetas de la patria: César Dávila Andrade y Efraín Jara Idrovo. Pero para que se vea que en Cuenca no todo es poesía y valoración de la palabra, Gloria Riera incluye a Jefferson Pérez, el más grande deportista del país y a Linda Guamán, una mujer dedicada a la ciencia, a la investigación, y cuyo talento es reconocido a nivel mundial.

En un último momento este libro habla de la cultura no material, de la creación popular, del mito y la leyenda. ¿Y por dónde comenzar la faceta mítica? Pues, por el principio, y es así que el mito primigenio de los cañaris fue y es el mito de las guacamayas, célebre narración que, con algunas variantes, declara cómo y de dónde nacieron los antiguos y bravos cañaris.

Encontramos lo que podríamos considerar como una mitología de ascendencia rural, como las historias de la mama huaca, del arco iris o el cuichi, del espíritu del cerro, del chuzalongo. Pero junto a ellos están los aspectos fabulosos de historia y leyendas urbanas como el farol de la viuda, los fantasmas de san Roque, el perro encadenado, la piedra encantada. Respecto de este último tema la autora nos dice que, esta piedra, entre otros, tenía el poder

que se destacaba de esta piedra era su memoria: sí, era capaz de recordar las peticiones, si bien no era capaz de hablar. Además, los padres solían decir que tenía el poder para castigar a los niños desobedientes razón por la cual los pequeños solían mirarla con mucho respeto.

Historia, sí, pero una historia muy bien escrita, contada y recordada de manera diferente, amena, atractiva. Historia con sugerentes ilustraciones, historia de hechos notables, historia de artistas, de poetas, de pensadores, historia de gente común, de leyendas; pero historia que incluye también una especie de nota aparentemente discordante como fue aquella del anuncio del fin del mundo «a manos» de un terremoto. Anuncio que puso en grave entredicho a la ponderada serenidad de los cuencanos, y que puso su granito de sal y de tremendo miedo en el corazón incluso de aquellos que eran –o parecían ser– los más bravos y reflexivos. Pero no se trata de ninguna nota discordante, puesto que todo se deshizo, finalmente, en broma. Esto lo vivió Cuenca, tal como lo refirió el periodista Edmundo Maldonado en su afamado artículo *La noche de los giles*, giles en medio de intelectuales y poetas.

Gracias a Gloria Riera Rodríguez por habernos preparado este libro para celebrar dignamente el bicentenario de esta ciudad soberana. No solo soberana en cuanto a su condición de ser libre sino soberana también por su gran belleza. Y, por supuesto, gracias a las autoridades de la Universidad del Azuay, el Ing. Francisco Salgado Arteaga, rector; y la Dra. Martha Cobos, vicerrectora, y también a la Casa Editora, por posibilitar este homenaje a la ciudad y a su gente.

**Oswaldo Encalada Vásquez**

# ÍNDICE

## *Crónicas*

ENTRE EL AMOR Y EL ODI0: CUANDO EN CUENCA SE ASESINÓ A UN CIENTÍFICO .....	13
LA INDEPENDENCIA DE CUENCA .....	16
TIEMPOS MODERNOS: EL PRIMER AVIÓN EN LA CIUDAD .....	18
LA MALDICIÓN DE LAS AGUAS: LA CRECIDA DEL RÍO TOMEBAMBA.....	20
«EL TREN MÁS DIFÍCIL DEL ECUADOR»: EL TREN ARRIBA A CUENCA .....	22
EL AVIÓN DE SAETA: EL SECUESTRO QUE NUNCA FUE .....	24
EL TERREMOTO QUE NO FUE: LA NOCHE DE LOS GILES .....	27
LA PRIMERA MEDALLA OLÍMPICA LLEGA A CUENCA: CUANDO LA GLORIA SUPERA A LOS SUEÑOS.....	29
LA JOSEFINA: HISTORIA DE UN DESASTRE ANUNCIADO .....	31
CUENCA PATRIMONIO CULTURAL DE LA HUMANIDAD.....	34
DEPORTIVO CUENCA CAMPEÓN NACIONAL: «LA NAVIDAD MÁS ROJA» DE CUENCA.....	37
UN TRANVÍA LLAMADO DESEO .....	40

## *Biografías*

JOSÉ DOMINGO DE LA MAR CORTÁZAR.....	45
GASPAR DE SANGURIMA, EL ARTISTA DUEÑO DE TODOS LOS OFICIOS.....	48
FRAY VICENTE SOLANO: EL POLEMISTA MORDAZ.....	50
EL HERMANO MIGUEL: EL SANTO ECUATORIANO .....	53
REMIGIO CRESPO TORAL: EL POETA NACIONAL .....	55
ANTONIO BORRERO CORTÁZAR, EL PRESIDENTE CUENCANO.....	57
MANUEL J. CALLE Y LA PLUMA VORAZ .....	60
OCTAVIO CORDERO PALACIOS .....	62
CÉSAR DÁVILA ANDRADE Y SU OBRA DESLUMBRANTE .....	64
EFRAÍN JARA IDROVO, EL POETA REFORMISTA.....	67
JEFFERSON PÉREZ Y EL SUEÑO DE LOS MÁS AUDACES .....	70
LINDA GUAMÁN, LA CIENTÍFICA CUENCANA.....	73

# Mitos Y Leyendas

LAS GUACAMAYAS .....	78
MALDICIÓN DE LA MAMA HUACA.....	80
EL ARCO IRIS.....	82
EL PERRO ENCADENADO .....	84
MARÍA LA GUAGUA .....	86
EL FAROL DE LA VIUDA.....	88
LOS GAGONES .....	90
LOS FANTASMAS DE SAN ROQUE.....	92
EL CHUZALONGO.....	94
EL ESPÍRITU DEL CERRO .....	96
EL CURA SIN CABEZA .....	98
LA PIEDRA ENCANTADA.....	100





*Crónicas*  
**CRÓNICAS**





## ENTRE EL AMOR Y EL ODIIO:

### *Cuando en Cuenca se asesinó a un científico*

**O**currió el 29 de agosto de 1739. Jean Seniergues, un reputado médico francés miembro de la Misión Geodésica, fue brutalmente asestado por golpes de espada durante una corrida de toros efectuada en la Plaza de San Sebastián; murió producto de los impactos dos días después según unas versiones, cuatro según otras. ¿Qué había hecho el galeno para morir en semejante situación? Nada más y nada menos que enamorarse de una cuencana, Manuela Quesada, arrebatársela a un noble de la ciudad y vivir en público concubinato con ella. La Misión Geodésica, para recordarlo, llegó a la entonces Real Audiencia de Quito en el año 1735 para efectuar mediciones que permitieran determinar la forma de la Tierra. Entre sus integrantes se hallaban los científicos más distinguidos de la época: el geógrafo Charles Marie de la Condamine, el físico y astrónomo Pierre Bouguer, el matemático Louis Godin, el médico y naturalista Joseph de Jussieu, el cirujano Jean Seniergues. Tales eran los quilates del hombre que un grupo de cuencanos había dado muerte.

Jean Seniergues visitó por primera vez Cuenca por una orden del presidente de la Audiencia de Quito. Le solicitaba ayuda, en su calidad de médico, para sofocar una epidemia de viruelas que azotaba la ciudad. Por curioso que pudiera parecer, pese a esta ayuda que brindó junto con su compañero Jossieu, fue echado de la ciudad. El gobernador de Cuenca lo invitó a salir porque la epidemia se había atenuado y, esencialmente, por su afición «inmoderada» al dinero y a las mujeres; al parecer, cortejó a varias criollas, sin importar su estado civil. El malestar se acentuó cuando se enamoró y le arrebató la novia al hijo de una de las familias más nobles de la ciudad,

Diego de León, mientras intentaba curar de la epidemia al padre de ella.

Seniergues volvió a Cuenca dos años después, llamado para una operación. Fue bien recibido por los nobles y criollos. Al principio, evitó visitar a Manuela, pero finalmente no pudo más. Fue a verla, y al poco tiempo se mudó a vivir con ella. León, que años antes había vivido una verdadera afrenta, y ante el dolor que sentía haberle llenado de obsequios para «nada», decidió pedirle de vuelta esos regalos. Seniergues, ofendido, pidió explicaciones por el agravio, y retó a duelo a León. Cada quien escogió sus testigos, pero León no se presentó. Neira, un amigo común, apaciguó los ánimos. Días más tarde, de nuevo se encontraron. León le pidió abandonar la ciudad, pero el médico se rehusó: estaba convencido de que los servicios que había prestado más la cantidad de amigos que había forjado impedirían que sea echado por segunda vez,

En este estado, un sacerdote jesuita tomó a su cargo la reconciliación de ambos personajes, pero empeoró la situación: acusó al francés de amancebamiento público con Manuela Quesada y le abrió un proceso criminal por esta razón. La Iglesia, que tomaba muy en serio este tipo de asuntos, estaba obligada a actuar. La sociedad cuencana, un micromundo en donde todo era conocido por todos, tampoco aprobaba este tipo de comportamiento, lo consideraba un escándalo. El cirujano, en cambio, se burlaba de estas especulaciones y llegó a raparse cierta parte de su cabellera como queriendo decir, con sarcasmo, que él también «tenía corona».

A la ciudad llegó toda la comitiva francesa para emprender sus trabajos en ese lugar. En cierta



ocasión fueron invitados a una corrida de toros que tuvo lugar en la plaza de San Sebastián por la festividad de Nuestra Señora de las Nieves, un evento que solían durar varios días y al cual acudían todos los habitantes de la región. Durante el quinto y último día de la celebración, todos los involucrados en el escándalo se encontraban en dicha plaza; Seniergues asistió con Manuela Quesada, lo que provocó el reproche de los presentes. Luego de las corridas de toros, danzas y pantomimas, apareció un jinete con la capa y cabello de Seniergues. Era el padre de Manuela. En ese instante, León y Neira con armas en mano lo amenazaron y Manuela, que reconoció a su padre, empezó a gritar. Seniergues comprendió la confusión.

Neira se acercó al palco de la comitiva e insultó al médico francés acusándolo de no permitir que

la corrida se desarrolle en paz y de provocar pleitos innecesarios. Seniergues, sintiéndose aún más ofendido, le respondió y lo amenazó. Neira se retiró con dirección a sus compañeros a quienes les dijo que Seniergues había querido matarlo a él y a todos por lo que se debía suspender la corrida de toros. Esta situación fue suficiente para enfurecer a la gente. Entonces empezaron los gritos «Abajo los franceses», «Abajo el mal gobierno, ¡Mueran los franceses!». Luego la muchedumbre, o la plebe como solía llamarla La Condamine, empezó a gritar tales proclamas a viva voz. Mientras tanto, Seniergues, al observar la dura situación, decidió retirarse, pero la multitud lo había alcanzado y comenzó a apedrearlo, decidió defenderse con su sable de los ataques: llegó a un lado de la plaza, sacó su espada, su pistola, pero las perdió ante la acometida de la





Ilustración de Jairo Apolo Carrión

*Ilustración de Jairo Apolo Carrión*

gente, lo que fue aprovechado por León y Neira que le lanzaron varias estocadas. En un último intento de huir trató de abrir una puerta que cerraba la barrera, pero dejó medio cuerpo afuera ya que no logró abrirla por completo convirtiéndose en blanco fácil de sus perseguidores. Jorge Juan pretendió ayudarlo sin éxito, también corría peligro su vida. El resto de la comitiva de franceses, de igual manera, fue atacada a pedradas y amenazada con las espadas.

Posteriormente hubo un juicio interpuesto por La Condamine, en contra de Diego de León y Manuel de Neira como autores directos de la muerte. Por su lado, Neira interpuso una denuncia al francés por haberlo provocado e insultado durante la corrida. La justicia aceptó ambas denuncias. El juez nombrado, Matías Dávalos, intentó impartir justicia, pero pronto cedió a las presiones de los no-

bles cuencanos, lo mismo le ocurrió a los demás jueces. Finalmente, el tío de León tomó el caso y llegó a concluir que el francés fue el culpable, hasta determinó la captura del muerto. La Condamine acudió a la justicia quiteña, y consiguió el arresto de León. Este estuvo en prisión, pero logró salir en libertad aduciendo enfermedad. Finalmente y luego de tres años Neira y León fueron declarados culpables, pero ninguno cumplió la condena. Como los franceses abandonaron el país nada más pudieron hacer que contar en sus libros aquello que habían vivido en Cuenca. Esta pequeña urbe, aislada, de ambiente cerrado, con miedo a lo diferente fue retratada por la reacción violenta y patriarcal con la que afrontó la situación. La muerte del médico francés marcó para siempre el espíritu de la misión de la cual formaba parte.



# LA INDEPENDENCIA DE CUENCA



*Ilustración de Jairo Apolo Carrión*

**L**a madrugada del 21 de marzo de 1795, informan las fuentes, asomaron por la ciudad de Cuenca unos pasquines en los cuales se podían leer exhortaciones como estas: «Noble auditorio, prevenid vuestras armas para la libertad de vuestros hijos, y de nosotros, pues no queremos este tirano Rey», «A morir o vivir sin Rey prevengámonos, valeroso vecindario. Libertad queremos, y no tantos pechos y opresiones de Valle [el gobernador]». El deseo de ser libres, de independizarnos de España, corría hace tiempo por la ciudad de Cuenca.

La ambición de libertad tomó protagonismo nuevamente cuando ocurrió el intento libertario protagonizado por Quito el 10 de Agosto de 1809, aunque también hubo posiciones divergentes, pues otro grupo clamaba fidelidad a la Corona española. La coyuntura del momento tiñó el ambiente con el asunto político. La manera de hacer política se había modificado sustancialmente en las colonias españolas gracias a la labor de los representantes americanos en las Cortes de Cádiz. En dichas reuniones y debates realmente se

instauró y dio lugar a una nueva cultura política, emergió la capacidad del pueblo para elegir y ser elegido, el carácter autonómico de los cabildos (como entes de administración política), la idea de la representación democrática, la nominación de los «electores», el establecimiento de las juntas electorales, el concepto de ciudadanía universal, entre otros puntos. Al mismo tiempo, se iban conociendo los gritos de libertad en diversas regiones de América, el triunfo de Boyacá, el avance de armas de Bolívar por el norte y San Martín por el Sur. Todos estos hechos reanimaron a los patriotas cuencanos que organizaron centros revolucionarios en espera de la primera oportunidad para proclamar la independencia del régimen español.

Un punto dirimente fue la obtención de la independencia de Guayaquil el 9 de Octubre de 1820. Se conoce que los complotados cuencanos mantuvieron correspondencia con sus líderes y concibieron un plan para formar un Cabildo Abierto que manifestara su deseo de emancipación. Vázquez de Noboa, gobernador y jefe de los patriotas, acompañado de la correspondiente escolta militar, mandó a publicar unas Reales Órdenes Españolas que leyó en una esquina de la ciudad el 3 de noviembre de 1820; mientras eran leídas, los patriotas, comandados por Tomás Ordóñez, desarmaron a la fuerza militar española. Pronto se quedaron con pocas armas y decidieron atrincherarse en la Plaza de San Sebastián. Los españoles, dirigidos por el comandante militar García Tréllez, se replegaron en la Plaza Central para intentar vencer a los rebeldes apoyados por su arsenal, cerca de cuatro cañones, lanzas y un centenar de fusiles. Mientras tanto, los patriotas se dirigían a un lugar más estratégico para lograr más visibilidad y para que se les facilitara la recepción de refuerzos.

Avanzaron hasta el barrio El Vecino, sitio en el que recibieron el apoyo de personas que venían de lugares cercanos a la ciudad. Las autoridades y realistas españoles viéndose aislados y sin apoyo público al día siguiente, el 4 de noviembre, decidieron rendirse. Los patriotas luego del triunfo obtenido caminaron desde El Vecino hasta la Plaza Central en medio de gritos y aclamaciones de libertad. La proclama de independencia se consiguió pese a la férrea oposición del

alcalde, el español don Juan Antonio Jáuregui y del jefe militar de la Plaza, el coronel español Antonio García y Tréllez.

Con la independencia, los patriotas proclamaron la República de Cuenca. Luego fue convocado el Consejo de la Sanción para elaborar el Plan de Gobierno o Ley Fundamental de la República de Cuenca, luego conocida como la Constitución Política Cuencana de 1820, aprobada por los diputados el 15 de noviembre de 1820. La Junta Suprema de Gobierno fue presidida por José María Vázquez de Noboa. La Constitución señala en el artículo segundo que Cuenca «és y será pa. [para] siempre una provincia libre e independiente de toda potencia ó autoridad estraña, sin q. en ningún caso deba ser subyugada pr. su voluntad».

Sin embargo, la independencia de Cuenca, por la falta de fuerza militar, duró pocos días. El 20 de diciembre del mismo año, cayó bajo las armas españolas, cuando se produjo la derrota de las fuerzas patriotas cuencanas ante las fuerzas comandadas por el coronel español Francisco González, bajo las órdenes de Aymerich en la localidad de Verdeloma, cerca de Biblián. Luego se tomaron la plaza de Cuenca e inició la persecución de los patriotas, la requisita y el secuestro de bienes, así como el fusilamiento de varias personas que había manifestado su apoyo a favor de la independencia.

Solamente con la presencia de Antonio José de Sucre, en febrero de 1822, Cuenca consiguió su independencia definitiva y entonces pasó a formar parte del Distrito del Sur de [la Gran] Colombia, bajo la jurisdicción llamada Departamento del Asuay (hoy Azuay). Su presidente fue nada más y nada menos que Simón Bolívar, quien ya se había instalado en Cuenca para buscar la independencia del Perú. Pese a que el fulgor de la lid emancipadora supuso una ráfaga de tiempo, anunció al mundo que Cuenca no iba a parar hasta conseguir su propósito. Hoy, doscientos años después, celebramos ese intento, la gloria de quienes se atrevieron y cuyo ejemplo dio paso a la conquista de la libertad definitiva. Doscientos años después contemplamos qué hicimos con esa libertad.

## TIEMPOS MODERNOS:

### *El primer avión en la ciudad*

**C**on sorpresa, emoción, júbilo y mucho ruido, los cuencanos vivieron uno de los momentos más emotivos de sus tiempos modernos: el jueves 4 de noviembre de 1920 contemplaron el primer vuelo sobre su ciudad, ¡el sueño de volar hecho realidad! Digamos que fue la forma en que la ciudad empezaba a dar la bienvenida, aunque tardía, al siglo XX, y que fue la forma en que la ciudad celebró, también algo tardíamente, el primer centenario de su independencia.

La iniciativa de este primer viaje provino de la Junta del Centenario, organizada justamente para celebrar los primeros cien años de la independencia de Cuenca. Roberto Crespo Ordóñez, en representación del grupo, había propuesto que un avión sobrevolase la ciudad como número espectacular de las fiestas del 3 de Noviembre de 1920. La singular programación se convino por cinco mil sucres. El piloto fue Elia Liut, un italiano de 25 años que había logrado batir el récord mundial de velocidad media 260 km/h y que había participado en la Primera Guerra Mundial. Liut pilotaría un avión llamado Telégrafo I –una máquina de combate biplano Macchi-Henrit-Ho con motor de 80 caballos de fuerza, fuselaje recubierto con lona, de 8 m de tamaño y con un radio de vuelo no mayor a cinco horas– propiedad de José Abel Castillo, director del diario guayaquileño del mismo nombre. Aquel personaje había decidido financiar una sociedad aerpostal para transportar el correo por vía aérea y distribuir el periódico de su propiedad en todo el Ecuador, eso significaba para él el aumento de la tirada de su periódico, la distribución del correo postal por más ciudades del país, al tiempo que presentaba espectáculos de acrobacia por los que también cobraba.

La idea inicial, dado que nunca se había realizado un vuelo sobre los Andes (todos los vuelos de aeroplanos realizados en Guayaquil hasta la fecha no habían llegado más allá de los 1000 metros de altura sobre el nivel del mar), era que el avión que sobrevolaría la ciudad llegase desde Guayaquil a Huigra sobre una plataforma de ferrocarril, para que desde este sitio cincuenta indígenas lo cargaran en partes hasta Cuenca, concretamente al sector El Salado, donde Honorato Vázquez había organizado un aeropuerto improvisado. Elia Liut se opuso a que el aparato llegara de esa manera a la ciudad, pues, como piloto experimentado que era, creía que era posible llegar sorteando la cordillera. Esta decisión fue rechazada por José Abel Castillo, quien no quería exponer ni al avión ni al piloto. La travesía no era nada fácil, como no lo había sido fácil tender la comunicación en las altas montañas andinas. Triunfó la decisión del piloto. El vuelo previsto para el 3 de noviembre fracasó por el mal tiempo y el avión retornó a Guayaquil. El piloto no se rindió. Mientras tanto, en la ciudad circularon toda clase de comentarios, se creyó que el avión se había caído, que estaría congelado en el páramo, incluso se pensó en organizar cuadrillas de rescate. La fiesta de celebración continuó, pero con dolor y pena.

El vuelo partió al siguiente día de Guayaquil a las 9:55 y arribó a las 11:21. El viaje demoró un poco más de una hora hasta llegar a Cuenca. En aquellos tiempos un trayecto de ese tipo duraba por lo menos tres días: uno para llegar a El Tambo, en la provincia de Cañar; otro hasta Huigra y otro para tomar el ferrocarril para un viaje de seis horas a Guayaquil. ¡Podemos imaginar lo que significaba viajar en semejante tiempo! El piloto escogió la ruta llamada Quebrada honda, avanzó



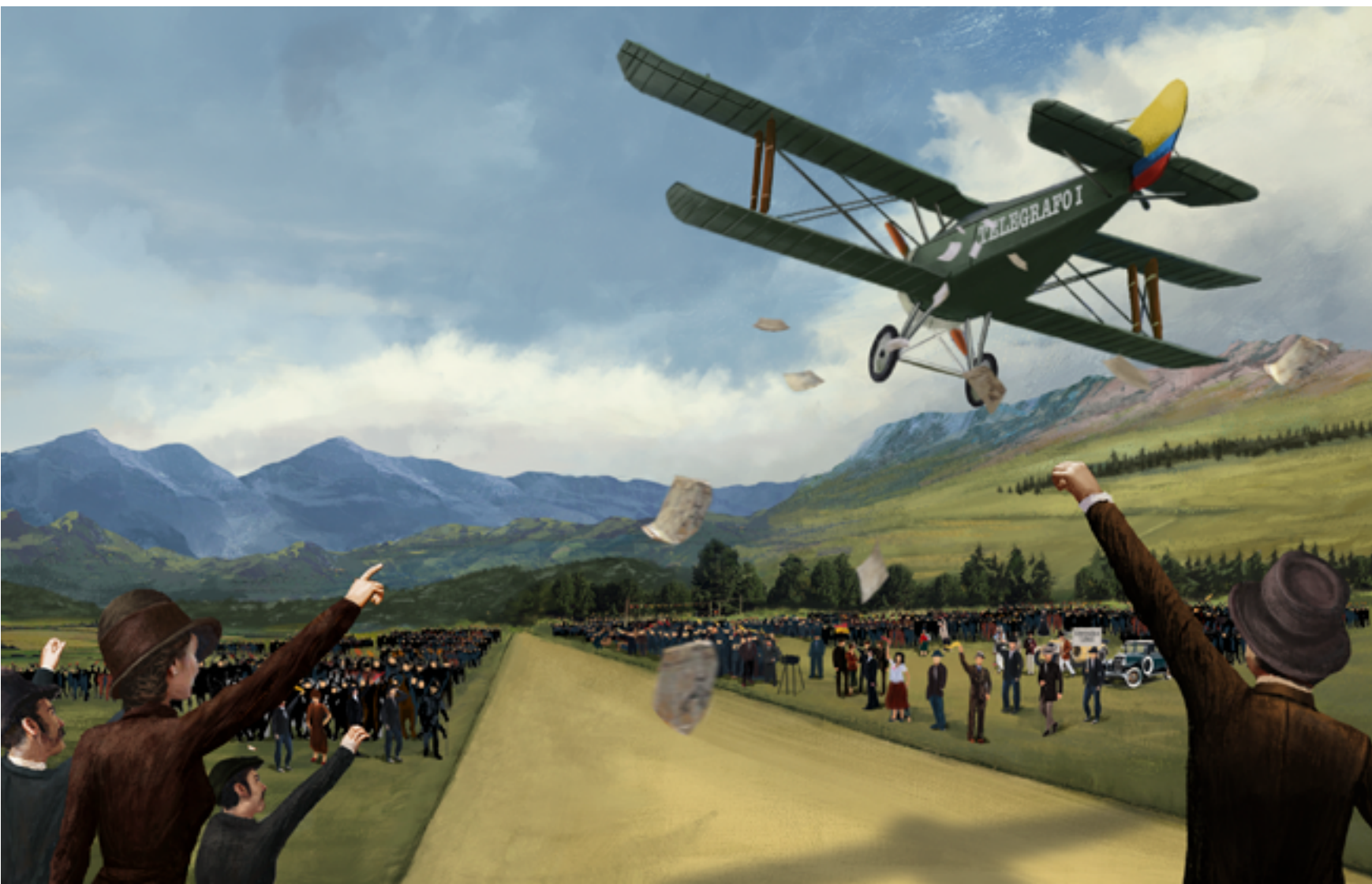
hasta la zona de El Cajas, en las proximidades occidentales de Cuenca, cuando, aseguran las fuentes, una densa nubosidad le impidió orientarse, así que impulsó el aparato a mayor altura, buscó el Chimborazo que actuó como referente, sobrevoló hasta el Cañar y giró otra vez con dirección a Cuenca. Poco después divisó el cerro Cojitambo, y minutos más tarde, las torres del templo de Santo Domingo.

En la ciudad lo esperaba una multitud gozosa (20 000 personas según las crónicas) que agitaba sombreros y pañuelos y lo saludaba. Cuando lo vio venir, comenzó a gritar: «Ahí viene», y a esos gritos y silbidos le siguieron el bullicio de las campanas de todos los templos, los disparos de bombardas, y hubo golpes de música, silbos de entusiasmo, aplausos, hurras, a lo que se sumó el ruido del avión por la rotación de la hélice, «el centenario de la histórica fecha bien merecía conmemorarse con otra hazaña histórica». Una vez aterrizado el piloto, debió emprender un trayecto desde el sitio de aterrizaje al centro de la ciudad, en un automóvil de propiedad de Remigio Crespo Toral, junto a personas ilustres de ese entonces: Roberto Crespo Ordóñez, Honorato Vázquez, Daniel Córdova Toral, Rafael María Arízaga. El piloto fue proclamado oficialmente «Cóndor de los

Andes» y fue reconocido como el «Conquistador de los Andes», condecoraciones que merecía por ser el primer piloto que atravesaba nada más y nada menos que dicha Cordillera. En palabras del piloto, ese fue «el más precioso y honorario título que he recibido en mi vida».

Otra singularidad del evento es que dio inicio a una serie de vuelos a lo largo de los Andes ecuatorianos para transportar el correo y distribuir el diario El Telégrafo. Luego de ello, con un contrato realizado por el Gobierno ecuatoriano, Elia Liut comenzó a dirigir la naciente Escuela de Aviación Militar de Guayaquil. La era de la comunicación aérea había comenzado y con ella los tiempos modernos. La ciudad honró el acontecimiento con un monumento del aviador en la zona del Control Sur, el cual registra el mensaje de felicitación que trajo Liut por el aniversario de emancipación política de la capital azuaya. Desde que empezó a urbanizarse el sector, a finales de la década de los ochenta, tomó el nombre del aviador por decisión de sus moradores. También existe una avenida contigua al aeropuerto de la urbe que lleva su nombre. Con este antecedente de nuestros abuelos, ¡qué reto el de festejar el segundo centenario!

*Ilustración de Jairo Apolo Carrión*



# LA MALDICIÓN DE LAS AGUAS:

## *La crecida del río Tomebamba*



*Ilustración de Jairo Apolo Carrión*

**S**in duda, una de las bellezas de la ciudad de Cuenca son los cuatro ríos que la atraviesan, particular que se destaca en toda nota de turismo, en los himnos y canciones, así como en cualquier comentario del extranjero que se maravilla ante el espectáculo que esta presencia imprime al paisaje urbano. Sin embargo, no siempre los ríos

constituyeron una bendición, a veces, por las circunstancias climáticas, los ríos pueden arrastrar consigo mucho dolor.

Eso fue justamente lo que ocurrió el 3 de abril de 1950: el río Tomebamba, a eso de las 19:00, alcanzó una crecida pico de 400 m<sup>3</sup>/s, y desatando una crecida de enorme magnitud. El río, en



su recorrido por la ciudad, destruyó viviendas, cultivos y puentes; la corriente arrastró piedras, árboles, animales y causó la muerte de tres personas. Las crónicas de la época describen que en el sector las Tres Tiendas el río se bifurcó: un brazo corrió por su lecho de siempre y el otro abrió su propio curso que al llenarse de agua se llevó las huertas de hortalizas y a los animales amarrados en las orillas. Las crónicas también destacan cómo la crecida del río avanzó al barrio de San Roque, inundó las casas de sus habitantes y se llevó cristales, camas, cunas, mesas, aparadores, cómodas, vigas, tejas, radios y vitrales. También se anegó toda la extensión de las avenidas Tres de Noviembre y 12 de Abril, ubicadas en las márgenes del río. La causa del hecho se debió a un deslave en la zona de El Cajas que taponó el cauce y formó un embalse de cerca de cinco millones de metros cúbicos de agua que, al desbordarse, arrasó con cuanto aparecía a sus orillas.

La gente, naturalmente contemplaba asustada lo que veía, al tiempo que escuchaba la radio La Voz del Tomebamba que iba pormenorizando los episodios más significativos que la tragedia ocasionaba. Muchos cuencanos se reunieron en las balaustradas del final de la calle Tarqui para mirar la inundación y allí pudieron observar pasados cómo se derrumbó el costado derecho del puente del Vado y cómo con su caída el agua saltó unos 2 metros. En realidad, nadie esperaba una inundación de esa magnitud porque se desconocían episodios precedentes que lo hicieran esperar. Hasta ese momento, los ríos jamás habían alcanzado semejantes cotas de caudal.

Las pérdidas significativas para la memoria de la ciudad, que solamente se pudieron conocer al día siguiente, fueron varios puentes, entre ellos El Vado, El Vergel y Todos Santos (hoy puente Roto), hecho que dio lugar a que esta parte de la ciudad quedara parcialmente incomunicada. Otra consecuencia fue la desaparición de un islote de aproximadamente 60 x 40 m (Manuel Carrasco tiene algunos reparos en esta información), y de una gigantesca piedra redonda inmensa que existían cerca del puente de El Centenario. En esa isla se planificaba levantar el edificio de la Casa de la Cultura Núcleo de Cuenca, por ser un sitio de inspiración de los poetas cuenca-

nos. La piedra era conocida porque a ella solían subirse niños y jóvenes para lanzarse en nado a las aguas y porque era casi imposible de mover. Otras pérdidas relevantes fueron la desaparición de la avenida 12 de Abril en toda su extensión, la destrucción de la capilla de Santa María de El Vergel y, la más dolorosa sin duda alguna, las tres personas que murieron debido a la catástrofe.

Los daños se calcularon en varios millones de sucres, así que las autoridades tuvieron que esforzarse para reconstruir la ciudad. Se constituyó el «Comité de Auxilios por el desastre del Tomebamba», presidido por el vicepresidente del Concejo Municipal. Las soluciones propuestas se concretaron en el «Programa de Inversión y Plan de Obras de Reconstrucción de las Zonas Afectadas por la crecida del río Tomebamba» promovido por la Ilustre Municipalidad de Cuenca. El alcalde Enrique Arízaga Toral, en trabajo conjunto con este comité, logró recaudar cinco millones de sucres del Gobierno, presidido en esa época por el presidente Galo Plaza Lasso, quien promulgó un acuerdo para ese fin con el Decreto Supremo N° 741 de fecha 29 de IV-50 y el Reglamento para la inversión de dichos fondos de fecha 8 de mayo de 1950. El plan supuso no solo reconstruir lo derribado, sino también blindar a la ciudad para que no vuelva a vivir una situación similar. Una de esas formas de blindaje la extendió el obispo Carrión y Marfil quien, en palabras de Víctor Manuel Albornoz, volvió a cristianizó al bravo río con el nombre de Julián Matadero, nombre que le había sido impuesto por un episodio similar décadas antes, y le signó con la cruz para apaciguarlo.

Los acontecimientos ocurridos, seguramente, fueron comentados con asombro durante mucho tiempo por los cuencanos incrédulos del poder del río que los veía todos los días. Los acontecimientos, al mismo tiempo, nos demuestran las tragedias solamente sirven (si sirven para algo) cuando de ellas se aprenden. Los cuencanos lucharon para volver a emerger y ahora sus puentes, incluido el afamado Puente Roto (testigo viviente de la tragedia) se levantan como símbolos de atracción de la ciudad. Pero los acontecimientos ocurridos en 1950 son insignificantes si los comparamos con la gran tragedia que vivirá la ciudad cuarenta y tres años después, precisamente por culpa del agua.



# «EL TREN MÁS DIFÍCIL DEL ECUADOR»:

## *El tren arribo a Cuenca*

**E**l tren arribó por primera vez a la ciudad el 6 de enero de 1965, exactamente cincuenta y ocho después de que el proyecto de su construcción y los fondos para ejecutarlo se habían aprobado. La inauguración oficial del servicio ferroviario se efectuó dos meses después, durante una ceremonia que fue vivida como una verdadera fiesta por los cuencanos. Las radios El Mercurio y Visión transmitieron en vivo los pormenores del arribo de las locomotoras y de la comitiva oficial. El programa de inauguración incluyó la bendición de la estación y de las locomotoras por parte del arzobispo, monseñor Serrano Abad. El sitio de concentración fue Gapal, estación final del tren; pero en el ambiente había tanta avidez por el suceso que muchos lugareños avanzaron hasta El Descanso para avistar a las locomotoras en su viaje a Cuenca. Los actos programados continuaron al día siguiente, hubo un agasajo para los ferroviarios, un coctel y un viaje gratuito ida-vuelta a la población desde la estación hasta el sector de El Descanso. La algarabía no era para menos: el tren más difícil del Ecuador, ese sueño que había parecido imposible, finalmente, luego de cinco décadas de espera, se había concretado.

¿Qué fue lo que provocó semejante demora? Para explicarlo mejor comencemos por el principio. La idea de construir un tren que una la Costa con la Sierra nació del expresidente del país, Gabriel García Moreno. En 1861, la Asamblea Constituyente autorizó la conformación de empresas nacionales y extranjeras para la construcción del tramo Guayaquil (Durán) hasta Quito (estación de Chimbacalle), por ser calificados como

los sectores de importancia económica para el país. En 1873 empezó su construcción, pero al poco tiempo debió paralizarse, cuando apenas cubría 91 km, por la falta de recursos económicos y por la muerte de su impulsor. Eloy Alfaro, el primer presidente liberal del país, consciente de la importancia de este medio de comunicación, decidió continuar el proyecto. Durante su segunda presidencia, en 1908, se iniciaron los trabajos de alineación del ferrocarril Huigra-Cuenca, pero la obra tampoco se concluyó. Solo el 10 de septiembre de 1915 comenzó la construcción del ferrocarril Sibambe - El Tambo - Ingapirca - Azogues - Cuenca.

Se presentó un sinnúmero de contratiempos para la empresa. En primer lugar, se debían vencer numerosos y difíciles obstáculos geográficos, barreras rocosas constantes, así como zonas escarpadas, la más conocida, la Nariz del Diablo. En segundo lugar, estaba la frecuente actividad sísmica y las precipitaciones que a menudo provocaban inundaciones; a esto se sumaron las enfermedades, las picaduras de serpientes. En semejante situación, los obreros desertaban o paralizaban los trabajos en demanda de mejores condiciones, hasta los cuatro mil trabajadores jamaquinos traídos para la obra fueron afectados por la altura, las enfermedades y la peste. De otro lado, estaban obstáculos igual de difíciles, como la politización del proyecto y con ello la imagen negativa que difundían de la obra los conservadores por ser un proyecto de los liberales. La confluencia de estos factores engendró un mensaje generalizado de escepticismo, la idea de que era imposible construir un tren por medio de semejante cordillera, de que era real-

mente el 'ferrocarril más difícil del Ecuador'. Las grandes cifras que se invirtieron para superar los obstáculos llevaron a decir a César Dávila Andrade que el tren «debió llegar en rieles de oro».

Solo en 1923 se inició la construcción del ramal ferroviario que se dirigía a Cuenca. Inicialmente el punto de partida fue Huigra, luego Octavio Cordero Palacios, inspector del proyecto, lo corrigió a Sibambe. La compañía Vela y Villagómez se encargó de la obra, luego de que fracasaran las constructoras Chantry y Orenstein & Koppel; finalmente pasó a manos de la Inca Company. La Junta de Mejoras y Obras Públicas del Austro contrató como director al ingeniero Jaroslav Jizba, quien trabajó en conjunto con Benigno Malo Crespo. Entre los grandes hitos de la obra está la llegada a El Tambo en 1930, a Biblián en 1944, a Azogues en 1948. El último tramo fue ejecutado por el Gobierno Militar al mando del contralmirante Ramón Castro Jijón, el Batallón Cazadores de los Ríos, el Ministerio de Obras Públicas, el Consejo Provincial y Cantonal del Azuay. Solo este empeño grupal logró que la obra terminara de concretarse en 1965.

*Ilustración de Jairo Apolo Carrión*

El ferrocarril supuso un enorme hito en la vida del país y en particular de las provincias del Austro. Implicó, principalmente, una mejor conectividad de la zona, el fin de su aislamiento y, con ello, un incremento de la actividad comercial y el anhelado progreso. Pero esta concreción no debe invisibilizar el fracaso de la gestión política para llevar a término el proyecto, el tiempo prolongado de su ejecución, la mezcla de criterios que se emplearon, la politización del plan, los enormes gastos emprendidos, los cambios en la planificación. Y lo más triste de este complicado proyecto es su posterior desaparición. En 1992, el entonces presidente Rodrigo Borja intentó reactivar el trayecto del tren de Azogues a Cuenca, incluso él mismo manejó la máquina hasta Cuenca, pero en 1993 el desastre de La Josefina borró el camino y se perdieron los rieles de este medio de transporte, y a esto se adiciona las edificaciones emblemáticas que se instalaron en su ruta, como el Hospital del Seguro Social o la autopista Cuenca-Azogues. En 1994, el ferrocarril dejó oficialmente de llegar a la estación de Gapal, Miguel Ángel Estrella. El tren más difícil del Ecuador llegó a existir casi el mismo tiempo que debimos esperar a que llegue.



# EL AVIÓN DE SAETA:

*El secuestro que  
nunca fue*

**E**sta crónica, a diferencia de todas las anteriores y las posteriores de esta serie, no se trata de calles inundadas de algarabía, de jubileos, y no involucra castillos, ruido de cohetes o vítores de la gente. Esta crónica involucra un episodio de enorme dolor en muchísimas familias cuencanas, dolor que se prolongó por el espacio de veintiséis años hasta que se descubrió la verdad, por lo que no pudo dejar indiferente a toda la ciudad. El vuelo 011 de SAETA desapareció el domingo 15 de agosto de 1976 en la ruta de Quito a Cuenca, con 4 tripulantes y 55 pasajeros, la mayoría de ellos cuencanos. Nada se supo de sus ocupantes hasta el 17 de febrero de 2003. En el ínterin, emergieron todas las especulaciones posibles: fue secuestrado por la guerrilla, se lo llevaron los extraterrestres, se desvió y cayó en la selva amazónica, y hubo gente que incluso aseguraba haber visto a los pasajeros, vivos, en diferentes sitios del país. Lo que sigue es la historia de esas 55 familias que fueron en busca de la verdad.

El último contacto del piloto con la torre de control reportó que sobrevolaba la ciudad de Ambato. Después de eso se perdió contacto con el avión. Luego de horas de espera el vuelo se dio por desaparecido. Cuando en Cuenca se supo lo que pasaba, los familiares se reunieron en el aeropuerto Mariscal La Mar de Cuenca y no lo abandonaron hasta casi cien días después, sin perder la esperanza de recibir noticias. Algunos de ellos se dirigieron a diversos sitios donde, conforme indicaban las versiones, podría haber ido a parar el avión. Otro centro de operaciones fue Riobamba, sitio establecido por las autoridades de aviación. Desde allí partían vuelos de avioneta o de helicópteros de la FAE en búsqueda de la nave

perdida. El Gobierno de los Estados Unidos envió dos aeronaves DC-130, equipadas con la más avanzada tecnología, pero tampoco se logró un resultado satisfactorio. Los organismos oficiales poco a poco bajaron el nivel de búsqueda y el 18 de septiembre de ese año Saeta anunció oficialmente la terminación de las investigaciones. Fue una de las peores noticias que recibieron los familiares, no obstante, para ellos el asunto estaba lejos de concluir.

Pasaron semanas y años sin recibir noticias del vuelo, lo que generó todo tipo de especulación. Diario *El Universo* llegó a publicar el 16 de agosto dibujos detallados del siniestro, pero se trató de una información falsa. Otras fuentes aseveraban que un joven que despidió a un pasajero y que permaneció en el aeropuerto de Quito afirmó que el avión fue secuestrado. El 19 de agosto un piloto de la compañía aérea SAN creyó haber visto restos del avión en el Oriente dispuestos a modo de señales, pero resultaron ser pedazos de plástico que la FAE había colocado años antes como referencia para los trabajos de exploración en la zona del proyecto hidroeléctrico Paute. Algunos familiares contrataron al parasicólogo holandés Gerard Croiset, en realidad había venido su hijo, quien dio como respuesta que el avión perdido estaba en Paraguay.

Se dijo también que días antes del extravío del avión se vieron OVNIS sobre el cielo de Quito. También se sostuvo que la azafata Mercedes Eshke estaba vinculada de algún modo con el narcotráfico, a través de su exesposo y sus progenitores, y que el vuelo podría haber sido secuestrado por la guerrilla. El religioso Ignacio Neira, basado en la radiestesia y en las ondas





*Ilustración de Jairo Apolo Carrión*

que emiten los cuerpos, dijo estar convencido de que el avión se estrelló en el cerro Altar y que luego cayó a una laguna ubicada al pie del cerro. Sergio Abad Villavicencio, conocedor de ciencias ocultas, escribió que había visto cuerpos mutilados cerca de Guamote. Un Centro de Investigaciones Psíquicas de Pasto, Colombia, emitió un informe señalando que el avión se hallaba en un pueblo pequeño, con un aeropuerto y una plaza, en una zona selvática. Para Francisco Albornoz, un parasicólogo eximetrista, el avión se estrelló en el Chimborazo. Carlos Luis Malo, también parasicólogo, sostenía que el avión estaba en Oso-goche, en una zona fangosa, donde quedó sepultado para siempre y que no se lo hallaría jamás. Y cuando en abril de 1979, otro avión de Saeta, en un vuelo de Quito a Cuenca, desapareció sin dejar rastro, volvieron los rumores sobre la posibilidad del secuestro y sobre el poder encantado de las lagunas, pero el rumor desapareció cuando al año siguiente un campesino encontró los restos de ese avión en la provincia del Napo.

Los familiares se organizaron en un comité y nunca lograron obtener un informe sobre la labor de la FAE ni de los aviones estadounidenses. El 11 de septiembre de 1976 se tomaron el terminal aéreo de Cuenca como medida de presión. Una de sus acciones fue acusar a la compañía de disponer de una flota de aviones viejos y en malas condiciones. En todo caso, las investigaciones fueron muy difíciles porque en esas épocas no existía control de radar para las actividades aeronáuticas, y las comunicaciones aéreas aún no se modernizaban: los contactos se efectuaban a través de señales de alta frecuencia, sujetas a interferencia y con ello a falta de claridad.

Veintiséis años después ocurrió el *milagro de los Andes*, como tituló la noticia un diario mexicano: encontraron el avión perdido y se comprendió lo que había sucedido. El vuelo se había accidentado en la pared occidental del nevado Chimborazo, aparentemente por el mal tiempo. Fue hallado en octubre de 2002 por Pablo Chiquiza y Flavio Armas, miembros de un club de andinismo, mien-

tras ascendían al nevado por un lado muy poco explorado, cerca de los 5550 m. Lo sorprendente del caso, porque aún no ha concluido el misterio de la historia, es que cuando los andinistas informaron del hallazgo a un campesino de la zona, este les contó que los militares ya sabían del siniestro, que habían subido a la montaña y que no hallaron sobrevivientes.

Los andinistas pensaron que se trataba de un avión que ya había sido recuperado. Pasaron las semanas y, ante las dudas, decidieron por cuenta propia iniciar una investigación. Galo Arrieta, militar en servicio pasivo, tomó contacto con Pablo Chiquiza a los dos días del hallazgo y se comprometió a ayudarlos con la investigación y difusión del hallazgo, pero siempre y cuando el primero en enterarse fuera el presidente de la república. Arrieta les hizo esperar más de lo que ellos pensaban. Entonces decidieron hablar con el ministro de Defensa, Nelson Herrera, quien ordenó enviar un grupo de militares al lugar para certificar el hallazgo y poder difundir la noticia.

En el sitio encontraron periódicos impresos con la fecha del siniestro, algunos cuerpos irrecono-

cibles (conservados por las bajas temperaturas), pedazos de metal y hasta la identificación de un pasajero. Posteriormente, por la dificultad del acceso, solo unos cuantos familiares de los accidentados, los que aún sobrevivían, pudieron llegar al lugar. Y como no se pudieron recuperar los restos de los pasajeros, el lugar se declaró Campo Santo. En uno de los cementerios de la ciudad, los familiares colocaron una placa recordatoria de todos los fallecidos. Sin embargo, el hecho de saber qué fue lo ocurrió con el avión nunca compensará todo el dolor que ellos vivieron, mucho menos si sabemos que hubo gente que conocía el destino final del avión. La búsqueda del avión no solo se convirtió en una tarea de los familiares, sino de toda la ciudad que sintió su angustia y desesperación; su dolor nos había hermanado.

# EL TERREMOTO QUE NO FUE:

## *La noche de los giles*

**E**n 1938 más de un millón de estadounidenses salieron de sus casas asustados y gritando despavoridos porque, lo habían escuchado en la radio, los extraterrestres llegaban a invadir la Tierra. No era cierto. Lo que la radio retransmitía era una famosa escena de la obra *La guerra de los mundos*, de Orson Welles. Un episodio similar vivieron los miles de habitantes de la ciudad de Cuenca en la tarde y noche del domingo 3 de Noviembre de 1985, pero no eran extraterrestres los que llegaban, sino un terremoto de dimensiones épicas.

La noticia que corrió por la ciudad era que a las 3:00 de la mañana del siguiente día, el 4 de noviembre, iba a haber un fuerte sismo o un terremoto en Cuenca. Otros, en el calor de la noche, hablaron de la llegada del apocalipsis y hasta de los extraterrestres. La noticia explotó entre las 21 y 23:00. Hay que recordar que estaba muy fresco el terremoto de México que, conforme indican los datos del Banco Mundial, había matado a cerca de 20 000 personas y había dejado unos 8,3 billones de dólares en pérdidas económicas (250 000 personas quedaron sin casa y aproximadamente 900 000 se vieron obligadas a abandonar sus hogares). Volviendo al evento, la información fue difundida por teléfono u oralmente entre todos los ciudadanos, vecinos, amigos, compañeros de trabajo; cada uno llamaba a quien podía o creía necesario a fin de advertirle lo que sucedería. Tal parece que la noticia procedió de los Bomberos de Guayaquil que habían efectuado una alerta de terremoto a nivel nacional. Otras personas declararon que la noticia procedió de radios colombianas, algún radioaficionado escuchó la información de esas emisoras y luego la esparció

por la ciudad. Quienes no fueron despertados por el timbre telefónico, lo eran por los golpes desesperados a las puertas de las casas, por los gritos de los vecinos o por el ruido que generaba la gente de afuera queriendo abandonar la urbe.

La mayoría de gente creyó cierta la información, así que optó por salir de la ciudad para protegerse, llevaba consigo todo lo que fuera necesario para sobrevivir: linternas, velas, ropa, plata, cobijas, algunos incluso cargaron en sus carros sus electrodomésticos para llevarlos a un lugar seguro. Mucha gente decidió irse al Cajas porque era un sitio sin casas ni postes que pudieran herirlos; también fueron a Paute, Tarqui, Gualaceo; algunos simplemente se dirigieron a las orillas de los ríos; el Parque Calderón fue un sitio muy concurrido, sobre todo por aquellos que no contaban con un medio de transporte propio. Otros fueron a sus haciendas o quintas, y otros se guardaron en sus casas, cautos, con la idea de arrancar apenas iniciase el terremoto.

Hubo un tráfico terrible en las vías de salida de la ciudad. En las calles había gente por todos lados intentando irse. Por doquier se escuchaban lamentos y preocupaciones, gritos como: «Terremoto», «Arrepiéntanse, el fin del mundo ha llegado». Hubo personas que se acostaban en el suelo en forma de crucifixión y rezaban a todo pulmón. Las religiosas del asilo de Cristo Rey se congregaron en la calle a rezar y a cantar música religiosa bastante triste que hablaba de perdón y misericordia. Un grupo de ciudadanos llegó a pedir que la gente salga a la Av. 12 de Abril, a la orilla del río Tomebamba, para ver el paso de los animales del apocalipsis y hasta se crearon chismes de que habría tres días de oscuridad.





*Ilustración de Jairo Apolo Carrión*

Algunos cuencanos creían que se trataba de un castigo de Dios por nuestro mal comportamiento. Y hubo personas escépticas, que guardaron la tranquilidad porque, aseguraban, los terremotos no se podían predecir.

Mientras tanto, en las radios Tomebamba y Ondas Azuayas, sobre todo, se comenzó a aclarar que se hallaban ante una falsa información. En cambio, el dueño de Radio Tropicana, como lo describen los testimonios de la época, puso un megáfono a todo volumen y mantenía una cuenta regresiva hasta la hora fatal, las 3 de la mañana. La gente solo se convenció de su error y del infundado pánico cuando, llegada la hora señalada y luego de un tiempo prudencial de espera, no hubo ningún terremoto. Aun así, algunos decidieron quedarse en sus vehículos a dormir, otros se quedaron a dormir con sus amistades y muchos de los que regresaban lo hacían con los niños dormidos en sus brazos. Varias personas se mantuvieron en vela comentando lo ocurrido. Al siguiente, la mayoría de malanochados llegó

algo tarde al trabajo; las faltas y atrasos eran justificados.

El hecho fue rememorado al domingo siguiente en un famoso artículo del diario El Mercurio titulado «La noche de los giles», escrito por Edmundo Maldonado, connotado periodista de la ciudad. Los lectores usaron el nombre del artículo para rememorar semejante broma. El 6 de enero del siguiente año, el Día de los Inocentes, el hecho fue usado como tema en las comparsas tradicionales que mantiene la ciudad. De acuerdo con los testimonios de la época, los creativos ilustraron lo ocurrido de este modo: «En una carretilla, que antes usaban para trasladar víveres en los mercados, [los cuencanos] habían puesto maletas cerradas al apuro con la ropa que se salía, jaulas con pájaros, víveres, colchones, etc. Personas en ropa de dormir, señoras con ruleteros en la cabeza y con los guaguas en brazos, otros llevando los perros, gallinas, etc. que gritaban terremoto y comenzaban a correr». Así nos reímos de nosotros mismos. ¿Qué pasaría hoy si volviera a circular semejante rumor?

# LA PRIMERA MEDALLA OLÍMPICA LLEGA A CUENCA:

*Cuando la gloria supera  
los sueños*

**E**ran las 11:20 de la mañana del viernes 9 de agosto de 1996 cuando la ciudad –mitad en el aeropuerto, mitad en sus domicilios– henchida de emoción y con el corazón rebosante de orgullo recibía a uno de sus hijos más preclaros: Jefferson Pérez, el primer ecuatoriano que había logrado conseguir una medalla olímpica en los cien años de vida de esa competencia. El recibimiento fue apoteósico. Fue realmente «la recepción del siglo» (como tituló diario El Tiempo al evento), intensa, multitudinaria, que todavía resuena en el corazón orgulloso de los coterráneos de Pérez.

La magnificencia del recibimiento se justifica, además del hito que premia, por dos factores: el primero es la sorpresa, muy pocos se lo esperaban (entre esos pocos estaba el entrenador de Pérez); el segundo, por la extracción social del competidor, era realmente un hijo del pueblo, una persona humilde –su madre era una comerciante del mercado– que había triunfado a punta de esfuerzo y perseverancia y, por lo mismo, se convertía en el orgullo de una buena parte de la masa cuencana. En efecto, el deportista no formaba parte de las quinielas, cuanto más se esperaba de él que llegara en la vigésimo quinta posición; en los diarios cuencanos había expectativa por su participación, pero se la manejaba con reservas: «No podemos, en el plano de la realidad, crear falsas expectativas y señalarlo como una de las cartas ecuatorianas para medallas». Por tanto, verlo adelantarse a sus competidores inmediatos y verlo cruzar la meta supuso una trasgresión del sistema, del orden, una ficción que generó el desborde de toda la adrenalina de esta patria chica. El deportista

le estaba mostrando al mundo que si se quiere, se puede, una frase tantas veces dicha, pero pocas veces probada. La gente celebraba con esa victoria –una monumental sorpresa– el renacer de sus esperanzas, la evidencia de que un sueño podía concretarse.

Las celebraciones, en realidad, iniciaron antes, el día 26 de julio, cuando Pérez logró la medalla, el país entero salió a las calles. Los canales de televisión y las radios continuaron hablando de la competencia, algunas a lo largo del día; al fondo se escuchaba el Himno Nacional y música típica de Cuenca. En nuestra ciudad, cientos de personas desfilaron por las principales avenidas de la urbe ondeando banderas de Ecuador, al grito de «Ecuador, Ecuador, Ecuador», y «Jefferson campeón». Los que podían hacían sonar las bocinas de los vehículos, incluso policías y bomberos se sumaron al ruido. En medio de la efervescencia iban llegando los premios y reconocimientos. Ese mismo día, el Gobierno nacional lo declaró «Héroe nacional»; Antonio Chamón, gerente del Sol Banco, le obsequió 10 millones de sucres; Marcelo Toral, un terreno en Chaullabamba; Colineal, muebles para su casa... No había duda: la patria entera se rendía a sus pies.

Cuando el campeón olímpico arribó a Cuenca, llegó el éxtasis. En el aeropuerto Mariscal Lamar lo esperaban alrededor de diez mil personas, no había donde poner un pie. Como se esperaba, fue el último en abandonar el avión. Jefferson apareció muy sereno, pero su sorpresa ante semejante recibimiento se apreciaba en su rostro. Al sentir la magnitud de los gritos de aliento, abandonando el protocolo, corrió hacia la malla donde aguardaba el público y comenzó a saludar a todos quienes lo esperaban. Lo recibieron, entre

otras personalidades, la vicepresidenta electa del país, Rosalía Arteaga; el alcalde en funciones y el alcalde electo, Xavier Muñoz Chávez y Fernando Cordero, respectivamente; el obispo, Monseñor Luis Alberto Luna Tobar.

Después inició el recorrido por la ciudad en una caravana motorizada que duró cerca de cuatro horas. El campeón olímpico lucía una corona de flores que le obsequió la representación de las entidades educativas. El trayecto incluyó la Av. España hasta la Huayna Cápac, luego siguió en la calle Bolívar, tomó la Gran Colombia, Unidad Nacional y de allí hasta el Coliseo Mayor donde se celebró el evento oficial de reconocimiento. En el trayecto de su recorrido, cientos de cuencanos lo felicitaban, gritaban su nombre, le arrojaban flores de los balcones. La música y la algarabía reinaban en una ciudad que se paralizó por completo «solo» para poder ver de cerca a la persona que había logrado semejante hazaña.

En el coliseo inició el homenaje. Ernesto Cañizares, presidente de la Federación Deportiva del Azuay abrió el programa. El alcalde Xavier Muñoz le entregó los documentos que le certificaban las donaciones que le habían hecho días antes. Jefferson tomó la palabra, y el niño tímido y silencioso se descubrió como un tipo desafiante, como el líder de una generación que se cansó de la abulia y el fracaso; las palabras que siguieron incitaban a los cuencanos a seguirlo en su gesta. Su triunfo, que conmovió al mundo, lo cambió a él y cambió a la ciudad. A Cuenca se la bautizó como la «Olimpia del Ecuador», y el nombre de su hijo valiente se convirtió en sinónimo de gloria, digno para bautizar sitios emblemáticos de la ciudad como el coliseo y la pista atlética. A Jefferson lo sacó del anonimato nacional, de la nada, para convertirlo en el héroe deportivo latinoamericano, en el todo.

*Ilustración de Jairo Apolo Carrión*



# LA JOSEFINA:

## *Historia de un desastre anunciado*

**A**l amanecer del 30 de marzo, los cuencanos se despertaron conmocionados con la noticia: el cerro Tamuga, ubicado en el sector de la Josefina, al norte de la ciudad, se había derrumbado cerca de las 21:00 de la noche anterior, y esa tierra había taponado el cauce del río Cuenca con cerca de 50 millones de metros cúbicos de material pétreo. La consecuencia inmediata fue la acumulación de agua del río que no podía seguir su curso y, conforme pasaban las horas, esa agua represada formaba un dique y regresaba con dirección a la ciudad y con ello anegaba casas, borraba sembríos y destrozaba lo que encontraba en su camino. Por cada metro que subía el espejo de aguas, en los extremos del lago se inundaba un promedio de 60 hectáreas. El embalse formado durante treinta y tres días alcanzó una longitud máxima de 9 km en el río Paute y 2.5 km en el río Jadán; almacenó 200 millones de m<sup>3</sup>, e inundó un área de 9 km<sup>2</sup>.

Durante ese tiempo, los aledaños y toda la ciudad vivieron el anegamiento con zozobra, incredulidad e impotencia. Las carreteras que unían de forma directa a Cuenca con las provincias del norte y de la Costa estaban taponadas en la zona del desastre, lo que repercutía en la vida económica de la población: la movilización estaba restringida, no podíamos enviar ni recibir productos sin dar gigantescos rodeos. Paralelamente, el crecimiento de la laguna amenazaba con llegar a las viviendas, a industrias (la Central Termoeléctrica) y a otras edificaciones ubicadas a lo largo de zona de Chaullabamba. Esto sin pensar en lo que iba a suceder cuando se rompiera el dique. En el espéculo luctuoso que suponía mirar el anegamiento de decenas de casas, de sembríos,

de animales hubo gente que rezó, otra que sacó sus pertenencias para evitar mayores daños, y hubo gente que intentó lo increíble: flotar su vivienda para impedir su hundimiento, fue lo que hizo Walter Suárez usando 36 tanques de plástico, su casa se veía como un arca a la deriva.

¿Qué había producido semejante evento? Los informes de los expertos indican que en los meses previos se reportaron lluvias muy intensas. En el mes de febrero, en Paute la cantidad de lluvias fue de 196.1 mm, mientras que la media normal para ese mes en los años anteriores venía siendo de 99.1, de hecho, entre 1964 y 1993 no se alcanzó en ningún mes una cantidad de precipitación igual; en Cuenca, en el mes de febrero llovió el 169 % más que la media normal y en marzo pasó al 237 % más de esa misma media. La lluvia incesante trajo consigo el crecimiento de los ríos, inundaciones y deslaves. A ello se sumó que en la zona afectada se venía explotando áridos en forma indiscriminada, lo que deterioró el entorno natural y puso en grave riesgo la estabilidad hidrogeológica de la zona. En 1991 los técnicos Rosendo Tusa y Jaime Ampuero, del Instituto Nacional de Minas, presentaron un informe sobre los riesgos por la explotación de materiales en La Josefina, en el que se advertía claramente la posibilidad del taponamiento; en 1992 el Ministerio de Energía y Minas clausuró siete canteras que estaban socavando en el lugar, a pesar de eso, la explotación continuó; Daniel Palacios, décadas antes, había advertido la alta peligrosidad de los cerros que rodean y forman el cañón del Tahuan por las grietas y la diferencia de nivel con respecto al lecho del río y que estos problemas podrían generar un desastre. Estudios geológicos de Winter, Avocas, Noblet y Lebrat concluye-



ron que en la zona existían muchas fallas geológicas y que no existía un equilibrio estable de las masas. El derrumbe del Tamuga era, entonces, cuestión de tiempo y la lluvia fue la gota que derumbó al cerro.

Las pérdidas fueron incalculables tanto por el deslizamiento, la inundación, como por el anegamiento devenido luego del desfogue de las aguas. El total de viviendas afectadas aguas arriba y aguas abajo fue de 716, el 70 % de ellas fue completamente destruida; 40 km de vías asfaltadas fueron dañados; 1800 ha del sector agropecuario se perdieron; 8 puentes colapsaron; 15 empresas agroindustriales sufrieron enormes daños; se destruyeron las rieles del tren que recorría la ruta hasta Cuenca (hecho que llevó a su completa defunción), y se cortaron las principales vías de comunicación, sobre todo con las zonas orientales. Nunca se supo ni se sabrá el número exacto de víctimas, pues muchos campesinos jamás alcanzaron siquiera a censarse. En total se perdieron cerca de 150 millones de dólares.

Luego del análisis de lo ocurrido, el objetivo fue disminuir la altura del dique para evacuar las aguas, para lo cual se plantearon diversas soluciones. A efectos de coordinar las tareas arribó a la ciudad el presidente del país, Sixto Durán Ballén, y los ministros de Defensa, Obras Públicas y Salud. Se declaró *estado de emergencia* y se conformó un Comité de Gestión de Crisis. La ejecución de los trabajos y el liderazgo indiscutible lo ejercieron las Fuerzas Armadas Ecuatorianas a través del comandante de la Zona Militar. La tarea que se definió fue abrir un canal en lo alto de la cresta y para ello usaron enormes maquinarias en jornadas intensas. Se analizaron y desecharon por ser poco viables otras opciones como la utilización de explosivos, un sifón invertido, construir un túnel, bombeo del agua, estabilización o aprovechamiento del dique y la represa. Tres días después del desastre, ya los tractores estaban excavando el canal y construyeron un camino piloto de acceso de 3 km para el transporte de plataformas; para el día 7 de abril trabajaban 18 tractores, que permanecieron hasta el 14 de abril debido al desgaste sufrido. El 25 de abril se inició el vertido de agua por el canal. Entre esta fecha y la rotura de la presa se produjeron varios taponamientos en el canal por el proceso erosivo,

y para superar ese problema se dispararon dos cohetes antitanque *loh* que fisuraron un bloque de roca situado en el canal.

En la madrugada del primer día de mayo, a las 5:00 inició el desfogue. Hubo tiempo justo para levantar la alerta roja y evacuar a la población de los alrededores. Inició como un riachuelo y, poco a poco, empezó a transformarse en un caudal torrencioso que llegó a superar los 600 m<sup>3</sup>/s de agua como reportaron los informes técnicos. Los habitantes de las cercanías y el país miraron el desfogue que fue transmitido por la televisión. Y así observaron que las aguas enfurecidas arrasaban las viviendas, carreteras, puentes de hormigón, bosques y el paisaje, que los taludes de los cerros se desmoronaban. Las aguas del río Gualaceo se represaron, Bullcay quedó cubierto de forma total, desapareció el barrio San Juan Bosco, de la iglesia de Chicti solo sobrevivió el frontis. El mayor desembalse se produjo en un período de 6-8 horas, aunque caudales menores continuaron fluyendo hasta por 24 horas después. En los sitios liberados del agua volvieron a aparecer las casas de ladrillo, los caminos, los árboles muertos, más una capa negra sobre la superficie. Afortunadamente la represa hidroeléctrica de Paute no se vio afectada, fue capaz de afrontar la arremetida de 7 500 m<sup>3</sup>/s. El dique de agua formado se rompió, pero no en su totalidad: al siguiente día el agua represada alcanzó los 2321,7 m s.n.m. El desfogue continuó en el transcurso de los días.

Los ciudadanos que perdieron todo por el evento catastrófico recibieron donaciones de varias instituciones (Cruz Roja Internacional, el programa SUMA de Naciones Unidas, el gobierno Alemán, la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional [USAID], el Grupo de Socorro Suizo, la oficina de Asuntos Humanitarios de Naciones Unidas, la Cooperación Italiana) que fueron manejadas por la Curia de Cuenca y por el gobernador del Cañar quien, a propósito, fue denunciado por la Contraloría del Estado por desvío del dinero hacia fines particulares. El Congreso ecuatoriano aprobó un decreto que descontaba un día de salario a los servidores públicos. Después del desfogue, el Gobierno creó el Consejo de Programación de Obras de Emergencia (CPOE) que contrató obras y estudios en los campos de

la vialidad, salud, agricultura, riego e infraestructura educativa; se incrementó un rubro de 4 millones de dólares para créditos de vivienda y se ayudó a mejorar las zonas productivas. En las zonas anegadas la gente reconstruyó sus viviendas, otros recibieron casas como donaciones. En noviembre de 1996 se inauguró la carretera El Descanso-La Josefina, que permitió recuperar la comunicación perdida.

¿Qué ha ocurrido hoy con la Josefina? En junio de 2010 se inició el Plan de Remediación Ambiental y Social y se decretó Estado de Excepción en la Zona 1 de La Josefina, debido a la inestabilidad, vulnerabilidad, así como a la debilidad estructural de los cerros colindantes. En mayo de 2012 se dispuso a la Secretaría Nacional del Agua que ejecute los trabajos de estabilización del cerro Tamuga. Se aspiraba a que después de 21 años,

la zona ya no representase un riesgo para la población.

Para terminar este episodio, hay que hacer honor a nombres como Jairo Camacho, Hugo Anguisaca, Paúl Estrella, Roberto Correa, a los tractoristas y bomberos que la noche del derrumbe se lanzaron al agua para salvar vidas, a los buzos que efectuaron maniobras incluyendo la colocación de la dinamita que iniciaría luego el desfogue, así como al arzobispo que llenó de esperanza a los damnificados con sus palabras y aplacó en algo el dolor de la gente. La memoria del evento se ha conservado en una película El Tagual, de Carlos Pérez, en varios documentales, ensayos, tesis, monografías, crónicas, reportajes, entrevistas. La reflexión final que nos deja este magno y trágico suceso es que se pudo evitar; esperamos aprender de estas lecciones.

*Ilustración de Jairo Apolo Carrión*





# CUENCA PATRIMONIO CULTURAL DE LA HUMANIDAD

El comité del patrimonio mundial inscribió el 4 de diciembre de 1999 al centro histórico de santa ana de los ríos de cuenca en la lista del patrimonio mundial conforme a lo establecido en la convención para la protección del patrimonio mundial cultural y natural. La inscripción en esta lista confirma el valor universal y excepcional de este sitio, que debe ser protegido para beneficio de la humanidad.

*Ilustración de Jairo Apolo Carrión*





La placa, con el texto que antecede, fue develada en el Parque Calderón en una ceremonia presidida por el representante de la UNESCO, el presidente de la República de Ecuador, el alcalde, entre otras autoridades, y tuvo a la ciudadanía cuencana como invitada de honor. La placa recordaba a locales y visitantes que Cuenca acababa de ser dignificada como Patrimonio Cultural de la Humanidad, en términos simples, como un sitio excepcional del mundo que debía ser protegido. Júbilo, orgullo, admiración y emoción inundaban a todos los asistentes. La designación no hacía más que corroborar lo que todo cuencano sabía: la hermosura y encanto de su ciudad, ese aire a pasado que rezumaba por su Centro Histórico, el espectáculo fabuloso que suponía contemplar y recorrer sus iglesias, calles, edificios... Que el mundo también lo reconociera constituía un orgullo que desde esos momentos en adelante se le permitía lucir al cuencano con justa razón.

Las denominaciones de esta magnitud no llegan de la nada. El camino para conseguir este reconocimiento había iniciado dos años antes, en noviembre de 1997, en la administración del alcalde Fernando Cordero. Las autoridades locales, conscientes de la valía de la ciudad y preocupadas por el desgaste continuo de su patrimonio, conformaron una Comisión Interinstitucional presidida por el Municipio y secundada por el Instituto de Patrimonio Cultural, la Curia y sus comunidades religiosas para recolectar y organizar la información requerida para tramitar la gestión. En junio 1998 se entregó en París la propuesta de inscripción del Centro Histórico de Cuenca en la lista de Patrimonio mundial. La UNESCO envió sus observadores a la ciudad para elaborar los informes respectivos. El acto oficial de nominación se efectuó en Marruecos el 1 de diciembre de 1999, y la inscripción final tuvo lugar tres días después.

La resolución de la declaratoria señalaba que la ciudad cumplía con los criterios **I, IV y V** dentro de las categorías que esta instancia establece, lo que en la práctica implicaba reconocer el carácter universal y único del Centro Histórico, que guarda el trazado en damero de hace más de 400 años; la influencia europea y el mestizaje

cultural exhibido en los trazos coloniales fundidos con valiosos vestigios de las culturas precolombinas como las cañari e inca; el ornamento de las casas del Centro Histórico, adornadas con molduras, pilastras, columnas y capiteles de varios estilos y grados de detalle, pero todas con el mismo estilo; el signo distintivo de los adobes que conservan las calles; así como la armonía de la arquitectura con el entorno andino. En total la UNESCO reconocía y protegía 224.14 ha, esto es, el Centro Histórico (178 ha), el área arqueológica más las áreas especiales (30 ha) que corresponden a tres conjuntos lineales antiguos, la mayor parte de la Av. Loja, la calle Rafael María Arízaga, y la calle de las Herrerías.

La designación implicó algo más que el derecho de lucir una placa. En primer lugar, los sitios inscritos en la lista de Patrimonio mundial cumplen una función de hitos, son lugares identificados y valorados como bienes estimables e irremplazables cuyo menoscabo representaría una pérdida invaluable para la humanidad. En segundo lugar, pretende orientar en una gestión más eficaz del patrimonio y los valores culturales del sitio, con la finalidad de modernizar y hacer progresar a la ciudad sin que se pierda esa identidad cultural para lo cual se dispone de una legislación que asegura la vigilancia y restauración del sitio al margen de los gobiernos locales. Para asegurar que se salvaguarde el sitio, las ciudades ganan protección de su patrimonio mediante partidas específicas que la UNESCO entrega y que salen de su Fondo del Patrimonio Mundial, una reserva financiera compuesta por aportaciones obligatorias de todos los Estados Partes de la Convención de Patrimonio Mundial y por otras aportaciones voluntarias. Finalmente, está la repercusión internacional: la imagen de ser Patrimonio beneficia a la ciudad, le da prestigio, posicionamiento turístico y dinero para las arcas de la urbe. En consecuencia, la declaratoria abre las puertas al orgullo y también al compromiso.

Ese 1 de diciembre cambió la vida de la ciudad: dejamos de mirar con los mismos ojos a los sitios asegurados, debimos equipararnos mejor para recibir a los visitantes, y debimos organizarnos para cumplir con el compromiso que la designación nos había legado. Las autoridades pusieron en manos del Instituto Nacional de Pa-

rimonio Cultural, la Comisión del Centro Histórico de Cuenca, el Ministerio de Turismo Regional del Austro y la Fundación Municipal Turismo para Cuenca parte de esta labor. Paralelamente, se creó la preseña Cuenca Patrimonio Cultural de la Humanidad para premiar y motivar a quienes salvaguarden el patrimonio tangible e intangible de la ciudad.

Desde ese *1 de diciembre* los ciudadanos nos autoconvocamos en el Centro Histórico cada aniversario, colocamos ofrendas florales, enseñamos la placa a nuestros jóvenes herederos de la proclama, efectuamos eventos, exposiciones, talleres. Los veinte años de aniversario adicionaron la encendida de faroles en homenaje a la Virgen Morenica del Rosario, un concierto en homenaje a la declaratoria, talleres de tejido en paja toquilla, se inauguró la Casa Márquez, la Casa de la Lira y la feria Tejiendo Sueños. Ninguno de estos

eventos habría tenido lugar sin esa declaratoria, tampoco ninguna de las restauraciones que se plasmaron en la ciudad (la Plaza de las Flores, de San Francisco, los mercados), y tampoco el inefable aprecio y afán por conservar el patrimonio intangible del pueblo. Desde ese *1 de diciembre* los ciudadanos cuencanos llevamos en el pecho la cinta dorada que nos susurra que, si de algo debemos estar orgullosos luego de ese ejercicio de libertad que ejercimos hace 200 años, es el haber convertido nuestra morada en uno de los sitios más bonitos del mundo y, además, que el mundo ahora también lo sabe.



# DEPORTIVO CUENCA CAMPEÓN NACIONAL:

«La Navidad más roja»  
de Cuenca



*Ilustración de Jairo Apolo Carrión*

«**D**eportivo Cuenca campeón 2004», «El Cuenca cumplió con la hinchada», «Rojo pasión, rojo campeón», «¡Que lloren Barcelona y Liga!», «La vida de color rojo», «La conquista del título que sorprendió al país», «La hora de los humildes»...

fueron algunos de los titulares que buscaron dar cuenta de la hazaña que había logrado el equipo de la ciudad: con un presupuesto modesto había sido capaz de derrotar a equipos laureados y de presupuestos abultados de la talla de Barcelona y la Liga de Quito y convertirse en el campeón



del Ecuador. Sí, fue el momento de los humildes, el triunfo que sorprendió al mundo; la corona del fútbol nacional se asentaba en la cabeza del equipo menos esperado, y con ello se embriagó de absoluta felicidad a la inmensa comunidad futbolera cuencana.

La noche del miércoles 8 de diciembre de 2004, por un lado, los hinchas del Cuenca –incluso los no hinchas– miraban o escuchaban nerviosos, esperanzados, ansiosos, atónitos el partido que se jugaba en la capital entre el Nacional y la Liga de Quito. Tras el resultado y el sonido del pitazo final que anunciaba el triunfo del Nacional, emergieron las lágrimas, las ovaciones, los gritos: el Deportivo Cuenca se proclamaba campeón del Ecuador por primera vez en su historia. El equipo morlaco había hecho sus deberes con anterioridad. En la tarde, la plantilla había ganado de visitante al Aucas en un memorable partido 2 a 3; el gol de Velazco había culminado la epopeya. Este resultado, a dos fechas para la finalización del campeonato, generó ilusiones y expectativas; si movíamos fichas por acá y resultados por allá, se podía matar a la reina y recoger su corona. En el otro lado, los jugadores del Cuenca vivían esos momentos con fruición. En su trayecto de regreso a la ciudad andina y al bajarse del avión se sabían vicecampeones, un triunfo nada desdeñable si se valora el arduo trabajo que supone una liguilla y si se recuerda antecedentes e inversión, que el equipo jamás asomó en las quinielas como capaz de llegar a momento tan cimero. En el camino para llegar al estadio Alejandro Serrano Aguilar, se convirtieron en campeones. Cuando se juntaron ambos lados, el equipo y los hinchas, lo que siguió fue apoteósico: una de las noches más jubilosas que vivía Cuenca a lo largo de su historia como urbe.

Para comprender el grado de algazara que inundaba la ciudad hay que conocer lo que el Deportivo Cuenca significaba para sus habitantes. Este equipo, con apenas treinta y tres años de existencia, nos representaba en el país y en el mundo. Su nacimiento significó para la ciudad, en las acertadas palabras de Felipe Aguilar, una colisión de efectos significativos: el 80 % de la población alteró sus modos de vidas, surgió la nueva profesión lucrativa de futbolista, aparecieron los periodistas deportivos, publicistas,

negocios formales e informales de camisetas del club, revistas especializadas, taquilleros y revendedores. La gente, desde su aparición, comenzó a madrugar para ir a los partidos, alteró sus valores, muchos cambiaron de ídolos y de temas de conversación, incluso hubo ocasiones en las que se cambió el horario de clases o de trabajo para que los seguidores del equipo pudieran ir al estadio. Aguilar sintetizó la idea así: *la católica Cuenca pasó a ser Cuenca la futbolera*. No obstante el fervor de los hinchas y el compromiso de varios dirigentes, tres décadas de participaciones en el campeonato nacional, unas más loables que otras, tras un vicecampeonato y un par de participaciones en torneos internacionales, el equipo no había podido conseguir el título hasta que llegó el año 2004.

La temporada de ese año fue planificada con inteligencia y mucho esfuerzo. La dirigencia no escatimó esfuerzos para armar y sostener el equipo, si bien con el humilde objetivo de participar con decoro en el campeonato. La gerencia deportiva del club optó por contratar como director técnico al argentino Daniel Córdoba cuyo buen criterio fue decisivo en las contrataciones. Pidió la incorporación al club de los jugadores extranjeros Javier Klimowicz, Marcelo Velazco, Eduardo Iachetti, y de los nacionales, algunos de ellos rechazados en otros equipos, Raúl Noriega, Giancarlo Ramos, Carlos Hidalgo, David Valencia y Jhon Cagua. A ellos se sumó la plantilla heredada de la temporada anterior Carlos Ventarrón Quiñónez, Segundo Matamba, Damián Lanza, Johnny Pérez, Giancarlo Ramos, Camilo Hurtado, Raúl Antuña y David Valencia, Walter Calderón y, el único cuencano, Pablo Arévalo. Así, retaceando, combinando experiencia con frescura, se conformó una plantilla con equilibrio en todas sus líneas, anclada al credo «sangre, pasión y alma» del cual, años después, haría eco Ranieri y su Leicester. Por esas cuestiones de la vida, el equipo perdió a su técnico y para la liguilla final, en su lugar, se incorporó a Julio Asad, un técnico que, a propósito, llevaba como aureola haber dado la corona al Olmedo, primer equipo que ganó el Campeonato nacional sin ser de Quito o Guayaquil. Con el Cuenca repitió hazaña, un hito increíble.

El Cuenca afrontó el campeonato con sus triunfos y altibajos. El equipo jugó una exitosa primera etapa, insistimos, si revisamos su presupuesto, se encumbró en el honroso tercer lugar. En la segunda etapa obtuvo el quinto puesto, había perdido contra todos los equipos grandes, el Quito, la Liga, el Barcelona, el Emelec, el Aucas, pero la tabla acumulada de ambas etapas permitía soñar en mejores días: segundo lugar, a solo cinco puntos del primer clasificado, el Aucas. En la liguilla final, el momento decisivo, el clímax del campeonato, todo salió a la perfección y pronto todo tuvo sabor a gloria: le ganó al Nacional, al Olmedo (de visita), al Aucas y al Barcelona, cuatro triunfos seguidos empañados únicamente por una pérdida y empate ante la Liga en la quinta y sexta fechas, respectivamente. En la séptima fecha le ganó al Barcelona de local y en el horizonte se comenzaba a soñar con la Copa Libertadores, muy pocos con la hazaña, y en la octava fecha, con la victoria ante el Aucas en Quito, llegó lo inimaginable gracias a que en esa misma fecha el Nacional obtuvo una victoria frente a la Liga, resultado poco previsible ante la movida de las fichas previas. Entonces el Cuenca se tornó inalcanzable.

Tras el triunfo del Nacional, la gente abarrotó las calles. La congregación inició en el aeropuerto mientras otro tanto se concentraba en la Remigio Crespo, se llegaron a juntar cerca de 13 000 personas. Todas estaban ansiosas de gritar el canto que tantas veces se quedó en el pecho: «Dale campeón, dale campeón», grito con el que saludaban a los jugadores. Todos, hinchas y jugadores saltaban, bailaban, no importaba el frío, algunos jugadores incluso se sacaron sus camisetas. Los festejos se extendieron hasta el domingo que recibió oficialmente la copa de campeón, en el partido que enfrentaba al Olmedo. Ese día la música de la Chola cuencana y la canción «Somos campeones» ambientaban el estadio. El sonido de los parlantes alternó con el «Dale campeón», «Dale ro, dale ro, dale ro...», extendido con el sonido de la trompeta de Humberto Pesántez y los cánticos de la barra Crónica roja. La gente vestía de rojo, el estadio lucía rojo, flameaban banderas rojas, por doquier, en las camisetas se podía leer «Deportivo Cuenca campeón». Luego de la colocación de las medallas, la entrega de la copa, y la vuelta olímpica, los momentos más sublimes,

los hinchas aceleraron los cantos, ondearon sus camisetas, se encaramaron en las mallas, recubrieron sus ojos de lágrimas, lanzaron el grito de regocijo, abrazaron a desconocidos, se bañaron en el Tomebamba, sonrieron como nunca, olvidaron sus deudas y problemas. Como señaló un titular de prensa, «Nunca una Navidad había sido tan roja».

Los triunfos nunca llegan solos y nunca nos dejan igual que antes. Al Deportivo Cuenca y a la ciudad le permitió gozar de otros espectáculos; otros clubes nos visitaron, el más afamado fue el Boca Juniors, el equipo de los veintidós títulos internacionales. Le sirvió también para obtener nuevos patrocinadores, para negociar con otros equipos en diferentes términos, y le sirvió, sobre todo, para seguir enamorando a las nuevas generaciones, aquellos que no habían vivido las glorias de los setenta, sino los sinsabores de los ochenta y noventa. A la ciudad y a sus habitantes, el triunfo los lució, les levantó la frente, los irguió y los invitó a soñar con otras victorias, con otros retos, con tiempos nuevos.

# UN TRANVÍA LLAMADO DESEO



*Ilustración de Jairo Apolo Carrión*

**E**l florecer del segundo milenio invitó a repensar la ciudad. El crecimiento demográfico de Cuenca y las proyecciones para el futuro obligaban a poner en actas, entre otros temas, nuevas formas de movilización. En ese contexto se alumbró la idea de un tranvía para la ciudad, un medio de transporte que encarnaba la imagen de un servicio ecológico, funcional y cómodo por su amplia capacidad, era el símbolo máximo de la moder-

nización de la urbe. Y esta alternativa al presente, que sería el paso a ese futuro, a pesar de las miradas escépticas, pronto llegó a las actas y de allí a los contratos y a la obra. Cuenca asumía así un verdadero reto por la magnitud de la empresa, por el precio que costaba, y por todos los obstáculos que vinieron después. Y si bien no llegaron a transcurrir 58 años, como el tiempo que esperamos al tren, la construcción de la obra civil y eléctrica para la circulación del tranvía y el

comienzo del servicio demoraron cerca de siete años, casi tres veces el tiempo presupuestado, y eso era mucho tiempo en los albores del milenio.

Paúl Granda, un joven político de 37 años que se candidatizó para alcalde de la ciudad en 2009, buscó seducir a los cuencanos con promesas nuevas, con promesas de futuro. Aseguraba que Cuenca, una ciudad que crece a un ritmo agigantado, necesitaba de ese medio moderno de movilidad y que el medio que merecía era el tranvía, y aseguraba que ese medio se convertiría en un modelo de movilidad para el país y otras naciones de Latinoamérica, que sería la columna vertebral del transporte integrado de la ciudad. Su promesa de campaña sumada a su alianza con el líder indiscutible de las preferencias políticas de los ecuatorianos, Rafael Correa, entonces presidente y candidato a la reelección, le dieron el triunfo y le garantizaron parte del apoyo financiero que requería para ejecutar semejante plan. Nadie imaginó en esos momentos los obstáculos y los numerosos aspectos que se debían sortear para efectivizar tal promesa.

La alcaldía de Granda, de principio a fin, estuvo imbuída por el tema del tranvía. En su periodo de mandato se definieron aspectos para concretar el proyecto. Se efectuaron los estudios y se precisó el trazado de la obra civil, la obra eléctrica, el tipo de tren –que no podía venderse mejor: cinco vagones; 300 pasajeros; cámaras de seguridad; zona *wifi*; insonorizado; con asientos plegables, individuales y tapizados; un área para bicicletas, sillas de ruedas y elementos voluminosos–. El valor \$ 232 000 000 se iba a financiar con crédito directo de Francia «en condiciones excepcionales al 0 % de interés, seis años de gracia y 10 años adicionales de plazo» más el apoyo económico del Gobierno, que se comprometió a entregar \$ 147 000 000. Posteriormente se suscribió el contrato de la obra civil para la tecnología, para la gerencia y para la fiscalización. Granda aseguró que los contratos de adjudicación fueron rápidos con relación a otros similares, no solo de Ecuador, pues demoraron «apenas» cuatro años. Las obras civiles iniciaron en 2013, en primera instancia debían entregarse el 25 de noviembre de 2015.

Cuando el proyecto comenzó a ejecutarse llegaron las elecciones y Granda, que se lanzó para la

reelección, fue derrotado por Marcelo Cabrera. El nuevo alcalde ganó el apoyo del electorado y una de sus promesas de campaña fue revisar el trazado. Una vez en el poder, pidió que los trabajos del tranvía se detuviesen hasta evaluar su estado, especialmente las obras en las calles Lamar y Gran Colombia por estar dentro del área patrimonial. Para consultar sobre el trazado solicitó la presencia de un equipo técnico de la UNESCO. Luego de su análisis, concluyó que el tranvía comenzó a construirse con prediseños, que había irregularidades en los contratos, pues se habían entregado 53 millones de anticipos, y que ya se había ordenado la producción de los trenes, del material rodante, de los rieles, de tal manera que ya estaban en juego 100 millones de dólares, una situación irreversible.

La Comisión de la UNESCO llegó a Cuenca en agosto de 2014 y tres meses después emitió un informe que no cuestionaba el trazado. Las obras en esa zona empezaron en marzo de 2015, casi un año después de lo planificado en el cronograma inicial. El siguiente problema se dio con los cambios en el trazado. El 28 de abril de 2015, el Municipio de Cuenca notificó al Consorcio Cuatro Ríos de Cuenca (CCRC), uno de los adjudicatarios, la decisión de modificar los niveles de rasante en las calles Gran Colombia y Mariscal Lamar, pero para su implementación se requerían estudios y diseños nuevos. Eso significó tiempo y dinero adicional. El plazo de entrega fue de seis semanas, pero se extendió, lo que supuso 150 días de retraso, entre el 1 de diciembre de 2015 y el 28 de abril de 2016. También hubo un retraso en la construcción del patio taller. El Municipio de Cuenca era responsable de preparar y nivelar ese espacio, pero no lo hizo, argumento que usó el consorcio para solicitar una prórroga de plazo. Prosiguieron otros incumplimientos del Consorcio: trabajó con menos personal, no ejecutó ciertos trabajos, entregó obras mal hechas, como las estructuras multitubulares, a tal punto que 20 de 37 planillas fueron emitidas con niveles inferiores de calidad. En junio de 2016 se aprobó un nuevo cronograma de obras, pero en octubre CCRC paralizó 700 puntos de trabajo alegando falta de recursos económicos. El Municipio terminó la tarea que le competía el 16 de febrero de 2017. En octubre de 2017, la constructora aban-



donó la obra civil que estaba a su cargo hacía ya tres meses y el contrato se dio por terminado.

A todos estos problemas se sumó otro, la objeción de un sector poblacional afectado por la construcción del tranvía. Ocurría que a lo largo de los 22 km de la ruta tranviaria planificada existían tiendas, almacenes, farmacias, hoteles que se vieron afectados económicamente por el cierre al tránsito vehicular para la construcción de las obras, así que sus dueños llegaron a efectuar plantones para mejorar su situación. Y hubo un problema más: los recursos. Rafael Correa se rehusó a asignar más fondos al proyecto, ese excedente requerido para los estudios complementarios que suponía un valor adicional de 35 millones.

Durante el periodo de gestión de Cabrera, se anunciaron fechas probables para el funcionamiento del tranvía. El 27 de junio de 2016, conforme indica diario *El Universo*, el alcalde llegó a afirmar que el tranvía estaría en funcionamiento a finales de enero de 2017. El 23 de enero de 2018, en el periódico *Ecuador en vivo*, el mismo alcalde anunció que en octubre de 2018 el tranvía estaría listo para su funcionamiento. Luego se informó otra probable fecha, el 6 de marzo de 2019, luego el 12 de Abril, a propósito de las fiestas de Fundación de la ciudad. Y nada de nada. Entonces llegó la campaña electoral para las nuevas elecciones que significaron un parón al acto de entrega de la obra. El proceso eleccionario implicó un nuevo revés a esta trama: Cabrera perdió la elección y fue reemplazado por Pedro Palacios.

El nuevo burgomaestre, cuya gestión inició en mayo de 2019, al recibir y analizar el proyecto expuso su veredicto: requería al menos seis meses para solventar todos los problemas para que el tranvía opere: la obra no había sido recibida; debía resolver el litigio legal del cabildo con CCRC, que reclamaba un pago de 27 000 000 de dólares; hacía falta un contrato de mantenimiento de los equipos; estaba pendiente la integración del tranvía con los buses urbanos; se debía determinar el precio del servicio, el tipo de licencia para los choferes; y se debían precisar otros marcos regulatorios que normen la nueva modalidad como el pago de seguro de accidentes de tránsito,

el tipo de jueces que debía atender esos accidentes o el tipo de contravenciones.

Llegó noviembre de 2019 y el tranvía tampoco comenzó a funcionar: los pendientes no se habían dilucidado. Finalmente, el 25 de mayo 2020, un año después del inicio del mandato de Palacios y seis meses después de su ofrecimiento, el tranvía comenzó a servir a Cuenca. Las circunstancias no invitaban a festejar ni al coctel de antaño. El servicio comenzó a brindarse impelido por el drama económico, social y sanitario provocado por la pandemia causada por el Covid 2019, por la urgencia de movilidad luego de más de dos meses sin transporte público (cerrado por la pandemia), y por el afán de contar con un medio de movilización que evite los contactos y las aglomeraciones. El tranvía se inauguró transportando a las personas, pero solo con el 30 % de su capacidad de aforo, para evitar contagios, y brindando un servicio gratuito por el lapso de 60 días en un proceso denominado «formación ciudadana». Curiosamente ¿o no?, este periodo que se prolongó hasta septiembre, pues no se habían resuelto problemas claves para articularlo con el sistema de transporte urbano. Y allí está, al fin en las calles, ante la mirada incrédula de muchos, ante la mirada curiosa de unos cuantos más.

Calles abiertas, gente que ha visto quebrar sus negocios, tranvías guardados por varios años en un patio, líos legales por el tema de contratos, una deuda millonaria que pagar son el saldo negativo de este proyecto. Esta «maldición del tren» que parece vivir la ciudad, traducida en semejante demora y en semejante saldo, llama la atención porque se repitieron los motivos del pasado: faltas de acuerdo en los trazados, problemas en la geografía, la politización del proyecto. El saldo positivo, que sí existe, es que la ciudad ha pluralizado las maneras en que pueden movilizarse sus ciudadanos, que está pensando en lo que viene, que algo estamos haciendo para enfrentar el crecimiento demográfico, y que la ciudad puede, a pesar de los obstáculos, afrontar grandes retos. El tiempo dirá si valió la pena la espera, si los cuencanos pagamos un precio muy alto para contar con «un medio moderno de movilidad», y nos dirá si sabemos manejar lo que tanto nos ha costado poner en marcha.

The background is a solid red color with a repeating pattern of white line-art flowers and leaves. The flowers are stylized, with some resembling lilies and others more rounded. The leaves are also stylized with visible veins. The overall aesthetic is clean and modern.

*Biografías*  
**BIOGRAFÍAS**





# JOSÉ DOMINGO

## *De La Mar Cortázar*



*Ilustración de Guido Argüello*

***Simón Bolívar lo describió como «el más tenaz y el más tímido de los hombres, capaz de todo lo grande y lo bello, y al mismo tiempo incapaz de quererlo hacer».***

Este cuencano tiene el mérito de haber sido elegido presidente del Perú en los periodos 1822 a 1823 y 1827 a 1829; es considerado por muchos investigadores como el primer Presidente Constitucional de la República del Perú. Militar brillante, confesó aborrecer el caudillaje y los puestos públicos, cuando fue nombrado presidente no fue expresamente por su voluntad, en algún momento escribió: «Hasta el nombre de

*presidente me asusta*». Honrado, sencillo, sin malicia, sin ambiciones, tuvo como lema hacer una gran patria entre ecuatorianos y peruanos, a quienes siempre comprendió como el mismo pueblo.

Hijo de español y de una guayaquileña noble, nació en Cuenca el 12 de mayo de 1776. A los dos años de edad fue enviado a España en donde vivió y estudió en su infancia y juventud. Con ayuda



de un tío influyente ingresó en el ejército español como oficial en el Regimiento de Saboya donde le fue otorgado el grado de Subteniente. A raíz de los sucesos de 1808 y el levantamiento contra José Bonaparte participó en la lucha contra las fuerzas francesas de ocupación, tomó parte en la lucha en el Rosellón. Siguió participando en otras acciones militares contra la Francia revolucionaria. En 1808, formó parte de la milicia en la guerra napoleónica, defendió Zaragoza y, aunque aquella plaza finalmente capituló, mereció el título de «Benemérito de la patria en grado heroico» y el ascenso a coronel. En 1812 en el frente valenciano dirigió la columna de La Mar, allí cayó herido y fue tomado prisionero y enviado a Francia, de donde escapó y regresó a España cuando ya Fernando VII había sido restituido en el trono español. Terminada la lid, el rey lo premió por sus servicios enviándole como Subinspector General del Ejército del Virreinato del Perú con el grado de Brigadier y lo nombró caballero de la Orden de San Hermenegildo.

Llegó a Lima en 1816 y colaboró con el virrey Joaquín de la Pezuela quien organizaba la lucha contra los independistas, defendió y acalló varios complots contra el virrey. Defendió la fortaleza del Real Felipe del Callao cuando fue atacada por los patriotas, por esos actos fue nombrado Mariscal de Campo. En 1820 la fortaleza fue nuevamente atacada y con fuerzas disminuidas vio el Motín de Aznapuquio que derrotó al virrey. La Mar debía reemplazarlo, pero los españoles, temerosos de su origen americano, eligieron a José de la Serna. El nuevo virrey decidió abandonar Lima ante el asedio de los patriotas, pero dejó a La Mar en la fortaleza con pocas provisiones y pocos hombres. Resistió dos meses, y luego, debido al poco apoyo, a sus sentimientos y a que San Martín (a quien conocía de las guerras de la independencia española), lo convenció de apoyar la causa independista, así que decidió rendirse y firmó la capitulación del Callao (19 de septiembre de 1821), cuyos fuertes pasaron a poder de los patriotas. Acto seguido, solicitó al virrey que admitiera su dimisión y su renuncia a todo grado y condecoración recibido del Reino de España.

En 1824 fue llamado por Bolívar para ayudar en la independencia del Perú, y como incentivo se le permitió conservar sus rangos militares, ingre-

só con el grado de General de División. Viajó a Guayaquil donde residía su familia y entabló conversaciones con José Joaquín de Olmedo, Presidente de Guayaquil. Cuando arribó lo nombraron Comandante General de la Provincia de Guayaquil en enero de 1822 en el intento de tener aliados y evitar que Sucre y Bolívar anexen Guayaquil a la Gran Colombia, pues la Junta que la gobernaba prefería un gobierno independiente o unirse a Perú. Cuando Bolívar entró en la ciudad el 13 de julio de 1822, Lamar se retiró de la ciudad. En su estancia, vale advertirlo, consolidó triunfos contra ciertos realistas presentes en la ciudad, por lo que obtuvo el grado de Gran Mariscal.

De regreso a Lima, fue elegido Diputado de Puno en 1822. Ese mismo año se instaló el primer Congreso Constituyente del Perú y La Mar fue elegido como Presidente de la Suprema Junta Gubernativa del Perú. Se negó a recibir la ayuda que Bolívar le ofrecía para luchar contra los vestigios del poder español que aún quedaban en el Perú. Luego de su derrota ante los realistas en la Primera Exposición de Intermedios, hubo descontento, se derrocó a la Junta que presidía Lamar y se eligió a José de la Riva Agüero como Presidente de la República. El nuevo presidente también fracasó en la Segunda Exposición de Intermedios y los realistas asediaron Lima. Entonces hubo un nuevo mando y este le confirió poder a Bolívar para ingresar al Perú. La Mar fue elegido presidente del poder Legislativo Peruano. Combatió arduamente en la batalla de Junín (1824) y valerosamente en la batalla de Ayacucho en el mismo año. En 1827 fue elegido Presidente Constitucional del Perú por el segundo Congreso Constituyente. Entre los hechos destacables de su gobierno se pueden mencionar el primer esbozo de un presupuesto, la promulgación de una constitución liberal en 1828, la ocupación de Bolivia y el Tratado de Piquiza.

Es célebre el episodio de su lucha contra el ejército Grancolombiano. Bolívar había ocupado las provincias de Guayaquil, Loja y Cuenca que, al parecer, formaban parte del Perú. Entonces Perú decidió ocupar tales territorios. Se dio allí la famosa batalla de Tarqui, comandada en el lado grancolombiano por Antonio José de Sucre y en el lado peruano por Gamarra y La Mar. Estos militares no coordinaron bien sus movimientos y

Sucre sorprendió el parque de artillería peruana en Saraguro, lo destruyó, luego acorraló y derrotó a una división de vanguardia del ejército en Tarqui. Esta división peruana se hallaba aislada del grueso de su ejército y, pese a que poco después acudieron fuerzas en su auxilio, no pudieron continuar en la lid. La batalla final no se libró, pues La Mar, analizando que su situación era insostenible (se le agotaban sus municiones y no podía maniobrar en un territorio muy accidentado), aceptó negociar. El 27 de febrero se firmó el Convenio de Girón.

La Mar estaba dispuesto a continuar la guerra, pero en esos momentos un grupo de oficiales peruanos lo apresaron en Piura el 7 de junio de 1829. Dichos militares portaban una carta de Gamarra para La Mar, que le pedía su renuncia como consecuencia de la derrota en la batalla de Tarqui. La Mar se negó a hacerlo, así que lo trasladaron al puerto de Paita y lo llevaron a Costa

Rica donde falleció el 11 de octubre de 1830 sumido en la más negra melancolía. En 1834 el presidente peruano Luis de Obergoso intentó repatriar los restos de La Mar, sin éxito. En 1843 las cosas fueron diferentes y se aceptó la solicitud, sus restos fueron depositados en el Cementerio General de Lima. La ciudad de Cuenca, su cuna, ha hecho honor a este personaje y ha bautizado a su Aeropuerto y a una calle del Centro Histórico con su nombre. En 2017 se develó su monumento en la Casa de la Provincia (entre las calles Tomás Ordóñez y Bolívar).

# GASPAR DE SANGURIMA

*el artista dueño  
de todos Los oficios*



*Ilustración de Guido Argüello*

***«Dueño de todos los oficios, y de todos los secretos manuales»:  
sabía esculpir, pintar, sobre joyería, carpintería; era herrero,  
grabador, dibujante, relojero y orfebre; y todo lo aprendió de for-  
ma autodidacta porque él era analfabeto.***

Gaspar de Sangurima brilló en una época en la que el arte y la ciencia eran dominios a los cuales solamente accedían determinados grupos sociales, estamos hablando de las últimas décadas del XVIII y principios del XIX. Y estamos

hablando de que el protagonista que reseñamos es un hombre indígena cuyo mérito consistió en su impresionante habilidad artística. Además, su protagonismo se manifiesta en el enorme apoyo que le dio al arte cuencano, su taller de arte

formó a cientos de sus coterráneos durante décadas. Sangurima nació el 6 de agosto de 1787, posiblemente en la barriada San Sebastián (allí vivían parientes suyos como Valeriano y Mariano Sangurima); fue conocido como El Lluqui (zurdo) por el dominio que tenía con esa mano. Con él inicia la edad de oro de la escultura cuencana que se prolongaría hasta las décadas iniciales del siglo XX.

Su especialidad en la escultura fueron los Cristos, caracterizados por «su encarnación brillante, con llagas de sangre fresca, en actitud de muerte serena y resignada, de su costado brotaba sangre»; en general pudo lograr un extraordinario patetismo en sus obras, con realizaciones sangrantes. Su obra *Piedad* es un ícono del arte colonial cuencano. Infortunadamente no existe un catálogo más acucioso de su obra. Se tiene noticias que hacia 1800 las monjas conceptas le entregaron 30 pesos para la composición de algunas piezas del retablo, que en 1814 realizó una Virgen para la Iglesia de Chunchi, y que en 1815 refaccionó las andas de Nuestra Señora de la Asunción de la Catedral. También se conoce que fabricaba para el Ayuntamiento los sellos que iban en balanzas romanas y varas de comerciantes. Sus obras se pueden contemplar en la Sala Capitular del Carmen de la Asunción, en el Museo de la Concepción y en el Museo Remigio Crespo Toral. En ciertos documentos históricos se señala que las cornetas y tambores con las que se celebró la batalla del Pichincha fueron fabricados por él.

En Cuenca, Sangurima dirigió la Escuela de Artes y Oficios. De acuerdo con el informe de varias fuentes, el artista le obsequió a Simón Bolívar un pequeño botón que en una de sus caras mostraba una fiel reproducción de su rostro. Impresionado por el gran talento del artista, el Libertador le obsequió una pensión vitalicia de 30 pesos mensuales y le ofreció dirigir la Escuela de Artes y Oficios, «para que enseñe en Cuenca a treinta jóvenes los rudimentos de tan bellas artes». En esa labor se empeñó muchos años. Su escuela fue continuada por sus hijos Cayetano y José María, y pasaron por ella artistas notables como Miguel Vélez, Manuel de Jesús Ayavaca y Daniel Salvador Alvarado.

Sangurima murió el 5 de noviembre de 1835. Se sabe que sufrió un accidente, pero no se sabe exactamente qué y cómo ocurrió, la consecuencia fue que enfermó y murió. Sus restos fueron enterrados en la iglesia de Santo Domingo. El Mariscal Sucre pidió al Ayuntamiento que se distingua con su nombre a una de las calles de la ciudad, la antes llamada calle 9. Asimismo, existe una placa en su homenaje en las calles Gaspar de Sangurima y General Torres, lugar donde residió y donde funcionó su taller artesanal. En su honor disponemos de la plazoleta Rotary, espacio en el que se exponen y comercializan las artesanías locales. Anualmente la Municipalidad de Cuenca entrega la preseña Gaspar Sangurima al artesano o a entidades que promocionen y se hubiesen destacado en el campo de las artesanías. No era para menos, después de embellecer a la ciudad.



## FRAY VICENTE SOLANO:

*el polemista mordaz*



*Ilustración de Guido Argüello*

*De él se ha dicho que «leyó todo y escribió sobre todos los asuntos que estuvieron a su alcance», que su vida fue la de un sabio y la de un santo, que fue «infatigable en la polémica, pronto en la réplica, fecundo en la argumentación, invencible por su lógica severa».*

Se lo ha descrito como una persona, delgada, apergaminada, fría por fuera, adusta, severa, propensa a las enfermedades, de mirada viva y penetrante, pobre y obediente, desinteresado, caritativo, abnegado, nunca se le conoció un alar-

de de su saber. Pero quizás lo que mejor define a este personaje, o lo que mejor ha permanecido de su figura, es su habilidad como escritor y polemista. Pero Domingo Solano y Vargas Machuca, nombre que cambiaría cuando se ordenó

de cura, fue algo más que eso: teólogo, orador, historiador, crítico literario, traductor, maestro, periodista, manejaba el francés, italiano, latín e idiomas indígenas... una vida dedicada a la labor intelectual.

Nació en 1791. Fue el séptimo hijo y tuvo una hermana gemela, Teresa. De su infancia destacamos que aprendió con su padre las primeras letras y que a los nueve años ingresó en el noviciado del convento de San Francisco, donde estudió Filosofía y Gramática. En 1809 fue a Quito a estudiar Teología en el convento de San Diego, en el que impartió Filosofía durante tres años. Y destacamos, lo dicen sus biografías, que estudió porque realmente tenía una enorme automotivación. Leía mucho, uno de sus biógrafos cuenta que no abandonaba el libro de su mano ni a las horas de comer, lo que le brindó una vasta cultura general; aprovechó la oportunidad de tener cerca una de las más ricas bibliotecas de la época, la del Convento de los Franciscanos, donde se pasaba todo el día. En 1814 (¿1815?) fue ordenado de sacerdote y regresó a Cuenca. La situación política le impidió ser misionero como era su deseo inicial.

Es sumamente reconocido por haber colaborado en las gestiones para traer la imprenta a Cuenca, hecho que ocurrió el 1 de enero de 1828, y por su notable impulso al periodismo, concomitante con el respeto que siempre le brindó a la libertad de expresión. A su juicio, el abuso de poder no se contenía mediante leyes, sino por la prensa libre y la opinión. Disponer de la imprenta, le facultó escribir sus propios textos usando, en muchos casos, periódicos. En 1828 colaboró en la creación del primer periódico de la urbe *El eco del Azuay*, un diario que desconcertó al mismísimo Bolívar; luego fundó el *Semanario Eclesiástico* y los periódicos *El Telescopio*, *La alforja* y *La Escoba*, en este último, según Albornoz, llegó a lo más brillante y fecundo de su vida intelectual. En todos los casos, sus artículos asumieron una posición de debate contras las líneas de pensamiento con las que él disentía. En *El Semanario* combatió las ideas antisociales y antirreligiosas que difundía *El ecuatoriano del Guayas*; en *La Escoba* buscó «barrer las inmundicias de *La Libertad*», periódico que se publicaba en Quito.

De su afán polemista destacamos algunos episodios bastante célebres incluso a nivel internacional, y lo hacemos porque esta faceta de su vida lo convirtió también en un personaje controversial. El primero lo sostuvo con la poeta Dolores Veintimilla, quien se había pronunciado en contra de la pena de muerte. Solano le replicó que era una petición impropia que provenía de una «mujer con tufos de ilustrada», el debate se tornó cada vez más enconado que la poeta llegó a suicidarse. En otro caso, escribió un texto en 1828 con el que polemizó con la Santa Sede, *La predestinación y reprobación de los hombres, según el sentido genuino de las Escrituras y la razón*. Su obra fue condenada y puesta en el índice de libros prohibidos. No pudo con esta presión, pidió disculpas, retiró de circulación todos los ejemplares existentes y luego los quemó. Como justificación escribió: «¡Infeliz de mí si abrazara otro partido que el de la obediencia!». Mantuvo otra famosa polémica con el político y escritor guatemalteco Antonio José de Irisarri, muy reconocido a nivel internacional. En todos los casos, el valor de sus polémicas reside, como ha destacado Paz y Miño, en el hecho de que «permite el libre manejo de las ideas contrapuestas, sin interferencias de la censura o del poder político».

Junto a su faceta de articulista, sobresale su labor científica. Los periódicos le sirvieron para divulgar sus estudios. Así, en *La Escoba* publicó artículos relacionados con la entomología, botánica, geología, meteorología y otras ciencias de la historia natural. Otras ocasiones, publicó sus investigaciones en libros que versaron sobre historia, observaciones sobre flora, fauna, geología, mineralogía, reflexiones teológicas, ensayos; posee una colección de breves biografías de Humboldt, Chateaubriand, La Mennais, Balmes, Bolívar, Olmedo y Caldas, e incluso tradujo ficción y crítica literaria. En esta producción podemos mencionar, entre algunas, *Bosquejos de la Europa y la América en 1800*; *El penitente fingido*; *Los derechos de la verdad*; *La verdadera idea del patrono*; *Los jesuitas, o los que han sido los amigos y enemigos de la Compañía de Jesús*; *La verdadera ilustración del pueblo*; *Defensa de Cuenca contra don Francisco de Caldas*; *Cartas ecuatorianas*; *Testamento de Pedro El Grande, Emperador de Rusia*; *Bolívar como militar*; *Bolívar como político*.

No fue apegado a los honores ni distinciones, así que se negó a aceptar la designación de Provincial de su Orden, de Obispo Auxiliar y la de Obispo de Cuenca, a su favor alegó que no lo hacía por humildad, sino por fuerzas de la razón. Sí aceptó, en 1848, el cargo de Rector del Colegio de Loja y, en 1861 y el cargo que le encomendó Gabriel García Moreno, la Subdirección de Estudios de la provincia del Azuay. Además, se desempeñó como Guardián y Custodio del Convento Franciscano de Cuenca (1831) y Guardián del Convento de Pomasqui (1834). A los altos cargos, prefería continuar leyendo, escribiendo y enseñando. Como maestro enseñó Filosofía; Teología en el convento de San Diego, en Quito; catequizó en zonas amazónicas y enseñó Moral en el Colegio Seminario de Cuenca.

Su estilo, de acuerdo con los comentaristas de su obra, fue claro, fluido, sin adornos, «sin que por ello su prosa dejase de tener connotaciones de gran categoría». En su prosa fue directo, sin circunloquios ni dubitaciones. En todos sus escritos mostró gran confianza en sí mismo y en sus conocimientos, con afirmaciones bastante categóricas. En sus ensayos dejó evidencia de una profunda lucidez para describir la condición humana y las sociedades modernas. Algunos autores sostienen que se alejó de la auténtica línea de la creación cuando comenzó su línea de debates, pero que esa faceta abonó a su capacidad creativa y al periodismo del país porque fundó las bases del periodismo crítico y con ello, impulsó la libertad de expresión. Manejó diferentes géneros con igual soltura. En sus debates, su tono fue agrio, irónico, mordaz, agudo, exhibía mucha erudición, y jamás se quedó callado o dejó de responder a quien lo hubiera provocado. Ciertas características de su estilo pueden registrarse en los cerca de 45 seudónimos que usó para sus

textos: Fray Molondro de la Morlaquía, Fray Miradiablos, Uno que no se deja jorobar de nadie, etc.

Solano murió en 1865. Quizá lo más doloroso de su partida, además de perder a un gran intelectual, es que su biblioteca, que pasó a poder la Curia de Cuenca en 1896, según testimonio de Monseñor Luis Alberto Luna, luego fue saqueada por la soldadesca al mando de Antonio Franco y transformada en papel higiénico para el ejército. ¿Quién puede devolver a la ciudad pérdida tan irreparable? La ciudad ha honrado su memoria confiriéndole su nombre a una calle central (otras ciudades del país han hecho lo mismo) y a una institución educativa (lo mismo hizo Déleg). En 1957 se le erigió un busto ubicado en la avenida que lleva su nombre. Y está la insignia Fray Vicente Solano que entrega la Municipalidad de Cuenca a quien se hubiese destacado por su labor intelectual, ya sea en el ámbito cultural, artístico o de la investigación científica. Nos despedimos de él con las palabras que escribió para su epitafio: «Aquí yace fray Vicente Solano / de la Orden de los Menores / que demasiado vivió, pensó y escribió / ¡ojalá en bien! / Y en polvo convertido / de los transeúntes pidió perdón y no alabanzas».

# EL HERMANO MIGUEL:

*el santo ecuatoriano*



*Ilustración de Guido Argüello*

*Francisco Febres Cordero se caracterizó por su inteligencia y por su gran pasión por el estudio, tanto que llegó a hablar cinco idiomas: alemán, inglés, italiano, francés y latín.*

Francia, en 1900, lo condecoró con la «Palma de Oficial de la Academia». El 20 de octubre de 1977, el Consejo Supremo del Ecuador lo declaró «Modelo de maestros del Ecuador». En 1984, León Febres Cordero, presidente del país, lo proclamó «Patrono de la Educación Ecuatoriana». El 21 de octubre de 1984 fue nada más y nada menos que canonizado por la Iglesia Católica y se convirtió

en uno de los tres santos acunados en este país tan fervorosamente católico, consagrado al Corazón de Jesús. Cuenca fue la cuna de un hombre que sería conocido en el mundo como el Hermano Miguel.

Francisco Luis Florencio Febres Cordero Muñoz, nombre con el que fue bautizado, nació en



Cuenca en 1854. Una malformación en sus pies le impidió caminar durante cinco años aproximadamente, hasta que un buen día, sorpresiva y milagrosamente, en palabras del niño, una señora muy hermosa, de vestido blanco y manto azul, que se encontraba junto a un rosal del jardín, lo impulsó a hacerlo. Sus padres infirieron que esa mujer era la Virgen María. Francisco entró a la escuela de los hermanos lasallistas. A sus 15 años decidió convertirse en sacerdote de esta comunidad, pese a que sus padres no estuvieron muy de acuerdo, fue necesaria la intervención del presbítero Miguel León para que su madre –aprovechando la ausencia de su padre– diera su consentimiento. Se ordenó como sacerdote en 1868 cuando tomó el nombre de Hermano Miguel.

Francisco Febres Cordero se caracterizó por su inteligencia y por su gran pasión por el estudio, tanto que llegó a hablar cinco idiomas: alemán, inglés, italiano, francés y latín. Por ese conocimiento de la lengua fue admitido en la Academia Ecuatoriana de la Lengua, y en la Academia de Venezuela. Además de ello, es reconocido por su enorme labor en el campo de educación y por su profundo amor al saber. Siendo alumno, cuentan sus biógrafos, no se iba de la escuela al final de las clases, sino que se quedaba en el colegio repasando sus lecciones y ayudando a los religiosos en sus oficios. Desde joven enseñó a niños de todas las clases sociales con una pedagogía sumamente innovadora: le gustaba conversar en clase, preguntar, aclarar dificultades, entusiasmar; como maestro de Lengua castellana empleó métodos originales para enseñar ortografía y mejorar el lenguaje de los estudiantes.

Escribió más de cien libros según ciertas fuentes, 63 entre libros y folletos, según otras. Si bien muchos de estos textos eran adaptaciones de otras obras, en varios casos se trataba de ediciones corregidas, un trabajo increíble si se tiene en cuenta que fue fundamentalmente un autodidacta. Sus obras versan sobre temas religiosos, poesía, o bien son textos escolares de matemáticas, historia y lenguaje; destacamos aquí nombres como su *Gramática de la lengua castellana* (1875) que ha conocido numerosas ediciones, *Gramática de Pergamino*, *Gramatiquilla*, *La Aritmética*, *El Cation* y *El silabario infantil*. El estilo de sus publicaciones era ameno y agradable, de tal manera que facilitara la enseñanza. Cuando la comunidad de

los Hermanos Cristianos decidió mejorar su sistema de enseñanza y unificar sus textos escolares, llamó a nuestro personaje. Sumemos a su trayectoria sus clases de catecismo, labor por la que fue reconocido con el título que más apreció «Preparador de niños a la Primera Comuni3n».

Pero el Hermano Miguel, a fin de cuentas, es más conocido a nivel mundial por su calidad de santo. Los milagros que se le atribuyen empezaron a manifestarse luego de su muerte. En ese camino destaca la curaci3n de la monja dominicana Clementina Flores Cordero, de una grave enfermedad hepática, y el caso de Beatriz Gómez Núñez, afectada de una incurable miastenia, curada el mismo día en que asistía a la beatificaci3n del Hermano Miguel, el 30 de octubre de 1977. Este hecho fue reconocido como milagroso por la Iglesia lo que llevó a que en el Consistorio decidiera canonizarlo, un acto que ofició el papa Juan Pablo II el 21 de octubre de 1984.

Nuestro santo murió el 9 de febrero de 1910 a causa de una neumonía en España. El Gobierno de Ecuador declaró duelo nacional cuando conoció su muerte, consciente como estaba del enorme valor de quien había dejado la vida. Sus restos fueron expatriados al país en 1937 y su tumba se convirtió en un lugar de frecuentes peregrinaciones. Su memoria, como no podía ser de otra manera, ha sido honrada de muchas formas. En su ciudad natal, su nombre ha bautizado a una calle del Centro Histórico, a una parroquia al noroeste de la urbe, y a un establecimiento educativo y, curiosamente, incluso en Guadalajara, México, y en Bogotá, Colombia, existen colegios lasallistas que llevan su nombre. En 1989 se le erigió una estatua ubicada en la plazoleta Hermano Miguel, entre las calles Mariscal Lamar y Mariano Cuenca. También se levantaron dos bustos, uno reposa en el patio de la Curia Diocesana de Cuenca y otro en el interior de la Unidad Educativa nombrada en su honor. Aún más, está presente en las redes sociales. En 2016, Vicente García, exalumno lasallano, creó una página de Facebook donde comparte a diario reflexiones del santo. Si cada año existe una procesi3n para rememorar la fecha de la consagraci3n del país al Coraz3n de Jesús, cada año también existen ritos para recordar a este enorme maestro y santo para los creyentes, como bien merecen aquellos que se engrandecieron con labores tan humildes.

# REMIGIO CRESPO TORAL:

*el poeta nacional*



*Ilustración de Guido Argüello*

*No se llamaba Remigio. Su acta de nacimiento certifica que su nombre completo fue José Benigno Salvador Crespo Toral (1860-1939). Su figura amerita ser recordada por su pericia literaria –fue poeta y ensayista– y por la labor pública que emprendió –fue ministro, embajador, rector de la universidad, promotor cultural, fundó periódicos y un centro de investigación–.*

Pero quizá se comprenda mejor su grandeza si tomamos con nosotros las palabras que Manuel J. Calle escribió sobre él: «Después de Olmedo, comparte con Llona, con Cordero y con Borja el principado de la lírica ecuatoriana (...) hombre de

probidad indiscutible, sin mancha en su vida, así la pública como la privada (...) gran patriota, juriconsulto, legislador, diplomático, consejero y maestro de la juventud de su tierra, sobre cuya conducta jamás resbaló la sombra de una inju-

riosa sospecha». En esencia, un hombre de enorme protagonismo en el panorama de la Cuenca del fines del XIX e inicios del XX.

Su padre fue el alcalde de Cuenca, Manuel Crespo Patiño. En cuanto a su formación, nunca asistió a una escuela regular, su madre le enseñó a leer y escribir y los conocimientos culturales necesarios, también se conoce que recibió clases privadas de González Suárez. Estudió la secundaria en el Seminario San Luis y posteriormente asistió a la Universidad de Cuenca donde se graduó de abogado. Estuvo muy enamorado de su prima María Teresa Toral, su obra *La leyenda de Hernán* atestigua esa pasión; pero no se casó con ella, sino con Elvira Vega, con quien procreó nueve hijos.

Como hombre de letras inició temprano. En 1874 formó parte del Liceo de la Juventud literaria de Cuenca, instancia para la que escribió algunos ensayos en prosa y verso. En el año 1893, junto con Honorato Vázquez y Miguel Moreno fundó la revista *La Unión Literaria*, en la cual escribió con el seudónimo de Stein. En 1885, publicó su libro titulado *Mi Poema*. En 1888, con su poema «América y España», obtuvo la lira de oro y el primer premio en un certamen organizado por la Real Academia de la Lengua Española. En 1889 salió a la luz su libro *Últimos pensamientos de Bolívar*. En 1909, al cumplirse el primer centenario del grito de la independencia, Crespo Toral lanzó un libro titulado *Cien años de emancipación*. Como promotor cultural, en conjunto con Alfonso Moreno Mora, instituyó la Fiesta de la Lira, de enorme raigambre en la ciudad.

En el ámbito público descolló a temprana edad. En 1873 el presidente Luis Cordero lo designó diputado por la provincia del Azuay, lo mismo hizo en 1898 Eloy Alfaro, a pesar de ser contrario a las ideas conservadoras de Crespo; este cargo lo ocupó nuevamente en 1903 y 1904. En 1899 fue designado cónsul de Chile en Cuenca. En 1905, el presidente Leonidas Plaza Gutiérrez lo contrató como abogado consultor de la legación del Ecuador en el Perú y España para la defensa del pleito territorial que sostenían Ecuador y Perú. Ya a nivel local, en 1913 participó en la fundación del primer banco de la ciudad, el Banco del Azuay. En el año 1915, conjuntamente con otros distinguidos ciudadanos de Cuenca (Julio

Matovelle, Honorato Vázquez, Alberto Muñoz Vernaza, Ezequiel Márquez, Francisco Tálbot), fundó el Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay. En 1926 fue Presidente del Consejo Municipal de Cuenca, y en 1925 fue designado como Rector de la Universidad de Cuenca, cargo que ejerció hasta su muerte en 1939.

Su obra poética, que navega entre el romanticismo y el modernismo –marcó el cierre del período romántico de la poesía ecuatoriana– se caracteriza por su hondo lirismo. Su prosa se valora por su excelente cuidado de lenguaje, por su sensibilidad e inspiración. Tal fue el carácter de sus textos que fue designado como miembro de la Academia de la Lengua de Ecuador. Fue fuertemente riguroso en la crítica literaria y política, a la que siempre impregnó su ideología de conservador y su fervorosa pasión por la liturgia cristiana. Fue asimismo autor de una obra prolífica en muy diversos campos, en palabras Rafael María Arízaga: «patriota como historiador, como crítico y como esteta; patriota, en todas las esferas de la actividad de su vasto y multiforme ingenio». Arizaga afirma que escribió 73 libros, 1331 artículos, 293 colaboraciones en versos para 128 revistas y periódicos.

La valía de su figura fue puesta reconocida por sus mismos coetáneos. En 1917, el presidente de la República, Alfredo Baquerizo Moreno, la Universidad de Cuenca y personas prominentes de la ciudad, entre ellos Rafael María Arízaga, con cartas de apoyo provenientes de todo el país, lo coronaron como «Poeta Nacional». El acto de esta coronación se ha considerado como uno de los acontecimientos más memorables en la vida de Cuenca, pues convocó a todos los estratos públicos y privados, a las organizaciones culturales y sociales del país. Por eso mismo, hoy su memoria se extiende por doquier en su ciudad natal que lo ha homenajeado colocando su nombre a un museo, asentado en la casa que le perteneció; a una calle; a una parroquia y también le erigió en 1957 un monumento al comienzo de la Av. Solano. Citando a Rafael María Arízaga, bien podremos decir que ha sido digno de los gestos de remembranza, que «glorificamos a la Patria, en el hijo que más ha sabido glorificarla».

# ANTONIO BORRERO CORTÁZAR,

*el presidente cuencano*



*Ilustración de Guido Argüello*

*Gabriel García Moreno lo calificó como el Catón de Cuenca, por la austeridad de sus costumbres, por la rectitud de su vida pública y por su desinteresado patriotismo. Muñoz Borrero laureó su pluma ágil, su capacidad para rebatir argumentos contrarios y el enorme valor de su opinión para los ciudadanos.*

Para Alfonso Andrade Chiriboga, fue un cuencano de enorme estatura moral, una figura realmente intachable. Antonio María Vicente Narciso Borrero y Cortázar, nacido en 1827, a diferencia

de quienes hemos venido recordando, fue menos multifacético, se dedicó básicamente al análisis político en prensa y a la política, actividad en la que participó activamente hasta llegar a conver-



tirse en el primer cuencano en ser elegido presidente del país. De su familia se destaca que su padre fue alcalde de Cuenca. Se formó en la rama del Derecho en Quito, debido a la influencia de una larga línea de antepasados dedicados a la jurisprudencia. Políticamente, simpatizó y luchó por la ideología liberal.

En su faceta de escritor destacamos que ya en 1849 escribía en *El Cuencano*, el periódico de fray Vicente Solano. En 1856 fundó junto con otras personalidades el periódico *La República*, medio que fue clausurado por las ideas que propendía, si bien en 1859 reapareció. Más tarde, con Juan Bautista Vásquez y Rafael Arízaga creó *El Centinela en campaña*, luego *El Centinela*, que usó para denunciar la tiranía de García Moreno, así como las múltiples formas con las que atentó contra la Constitución, y en 1869 *El Constitucional*, por medio del cual luchó en contra de la aspiración de García Moreno a un segundo mandato y protestó contra el golpe de Estado que depuso a Javier Espinosa. Años después fundó *El Porvenir* en cuyas páginas mantuvo el tono enérgico contra la dictadura y el despotismo. Su labor de escritura, su buen manejo de la palabra, fueron atributos que lo llevaron a ser nombrado Miembro Correspondiente de la Academia Española de la Lengua.

En el campo político desempeñó algunas funciones y cargos. En 1857 fue elegido Diputado por su provincia, en cuya gestión logró especiales asignaciones para la provincia. Su actuación en el Congreso acrecentó su fama y prestigio, y en 1863 Gabriel García Moreno sugirió su nombre para vicepresidente de la República, cargo que se negó a aceptar porque consideraba que el presidente había influido abiertamente en la decisión. Tampoco aceptó la candidatura de oposición en las elecciones de 1875, en la que triunfó García Moreno. En 1875 fue elegido como presidente de la República. Su perfil fue acogido porque, por un lado, no despertaba mayor resistencia entre los conservadores dada su convicción religiosa, su talento y honorabilidad y, por otro, porque era apreciado por los liberales que veían en él un digno representante de su ideología. Su gobierno intentó ser una síntesis de las dos tendencias de pensamiento, una suerte de conservadurismo liberal. Cuando se instauró el Progresismo, en 1888 fue nombrado gobernador de la provincia

del Azuay y, posteriormente, ministro de la Corte Superior de Justicia.

Su breve gobierno se caracterizó porque trató de mantener y perfeccionar las obras positivas que había legado la administración garciana. Se empeñó en impulsar el sufragio libre, la libertad de imprenta, el respeto a las garantías individuales. En cuanto a obras públicas construyó el Hospital de Ibarra, caminos, puentes, algunos cuarteles, reparó el Palacio de Gobierno, propició la construcción del ramal del ferrocarril Guayaquil-Quito, y pretendió mantener en buen estado los caminos existentes. En el campo educativo, intentó sin éxito mantener a los jesuitas a cargo de la universidad, creó escuelas nocturnas para mujeres y buscó mejorar la calidad de la enseñanza en las escuelas rurales. En su política internacional, renegoció la deuda externa y celebró algunos tratados con Colombia sobre extradición de reos, propiedad literaria y comercio.

¿Por qué permaneció tan poco tiempo en el poder? En su administración se dio un gran debate constitucional sobre la necesidad de reformar la Carta Negra, constitución fabricada por García Moreno. Borrero sentía que requería tiempo para discutirla, los liberales más radicales no veían otra salida que la de convocar a una Asamblea Constituyente para armar una nueva Constitución. Borrero, al final, quizá por su poca experiencia política, se mantuvo en su posición, lo que le atrajo toda la oposición posible, uno de sus opositores fue nada más y nada menos que Juan Montalvo.

En 1878 estalló una sublevación militar liderada por Ignacio de Veintemilla, bajo la conducción de José María Urbina. En el proceso ocurrieron muchos incidentes, el más connotado fue la situación ocurrida en Galte, donde murieron más de mil soldados, se vivió un verdadero baño de sangre. «Mil y tantas víctimas, y mil y tantos huérfanos y viudas son los trofeos del traidor», escribió Borrero a propósito del hecho. La Sierra respaldó a Borrero. Juan Montalvo propuso la renuncia de los dos. Finalmente fue depuesto de su cargo.

Borrero fue tomado prisionero durante varios meses hasta que fue desterrado durante siete años, en los que vivió en Colombia, Perú y Chi-

le. Fue una época en la que sufrió toda clase de penalidades y privaciones y que terminó por aminorar la fortuna que había conseguido. Solo pudo volver al país luego del derrocamiento de Veintemilla en 1883. En esta época ejerció algunos cargos, que ya hemos mencionado, y trabajó como abogado, periodista y escritor hasta su muerte. Murió sin dinero, «limpias las manos e ileso el corazón» en su finca de Charasol en 1911. Cuenca lo ha honrado empleando su nombre para una calle céntrica de la urbe, y le ha erigido un monumento ubicado en la Av. Solano. La ciudad queda honrada con un personaje que exhibió honradez política, un atributo que hoy se nos hace tan escaso en una parte significativa de nuestros políticos.

# MANUEL J. CALLE

## y la pluma voraz



*Ilustración de Guido Argüello*

*«Chispeante genio de polemista, castiza gracia de estilo, maravilloso don de la observación, inteligencia lúcida, noble pasión literaria, gran escritor y combatiente» son algunas de las características con las que el biógrafo Efrén Reyes intentó describir a este personaje: Manuel Jesús Calle.*

De él también se ha dicho que poseía una prosa periodística persuasiva y combativa, que luchó siempre por la verdad, libertad, equidad y justicia, que fue imparcial con todos, seguidor únicamente del dictamen de su conciencia, que per-

maneció siempre fiel a su ideología. En efecto, la trascendencia de Calle, aquello que lo ha librado de la muerte, del olvido, radica en su gran manejo de la escritura, lo que le permitió cimentar las bases del análisis periodístico nacional en los

campos de la política, y desde la literatura crear obras que han sido capitales en la formación escolar de muchas generaciones de ecuatorianos.

Calle nació en 1866 en una familia modesta. Su madre no pudo cuidarlo, así que tuvo que ser criado por dos de sus tías. También conocemos que su padre, Manuel Aguilar, no quiso reconocerlo y, cuando lo deseó, Calle se negó alegando que ya era demasiado tarde. Estudió en la escuela los Hermanos Cristianos y luego en el Colegio Seminario San Luis donde tuvo como maestro de retórica al eminente historiador Federico González Suárez. Físicamente, fue de contextura delgada, poseía un tic nervioso que le hacía contraer la boca, débil de salud, sufrió de estrabismo, por eso fue conocido como El Tuerto Calle. En 1898 se casó, tuvo seis hijos, pero su esposa lo dejó por su afición al licor. Su situación económica fue siempre muy precaria.

Cuando hubo cumplido los 18 años de edad publicó un pequeño periódico llamado El Pensamiento, considerado irreverente. En 1888 fundó el periódico La Libertad. En 1891, se fue a vivir a Guayaquil y allí fundó el semanario liberal El Intransigente e ingresó a la redacción del Diario de Avisos, donde lanzó su campaña contra el Progresismo. Fundó los periódicos El Correo Nacional (1895), La Semana Literaria, El Nuevo Régimen (1896-1897) y La Revista de Quito (1898). Escribía sobre temas literarios y de actualidad política, y en alguna ocasión llegó a compartir trabajo con Luis A. Martínez. En 1904 editó el diario El Radical. Sus artículos también fueron publicados en el Diario de avisos o El Telégrafo. Se conoce que firmó algunos textos con los seudónimos de Ernesto Mora y Enrique de Rastignac. En el campo literario, en 1905 escribió la Leyendas del Tiempo heroico, episodios de la guerra de la independencia, artículos de costumbres y fue autor de la novela Carlota (que apareció como folletín en 1897). Entre sus obras publicadas podemos citar Ojo por ojo, diente por diente, Un manojo de artículos, Historia de un crimen, Cuestiones del día, Hombres de la revuelta, Leyendas históricas, Biografías y semblanzas, Charlas y ¡Tengo la palabra!

Ideológicamente siempre estuvo muy preocupado por la situación política nacional, de ahí que sus columnas de opinión trataran temas de esta naturaleza. De tendencia liberal, apoyó el pro-

ceso de la Revolución Liberal, incluso se enroló en la lucha de este grupo en los momentos más convulsos de la pugna, por eso mismo llegó a combatir al gobierno de Alfaro, cuando creía que se apartaba de los ideales liberales o a combatir al gobierno progresista del presidente Antonio Flores por similares razones.

Sus columnas se caracterizaban por frases fustigantes, violentas, inconformes, siempre dispuso de la palabra precisa para alabar y ser hiriente; se afirma que conservaba una lista de palabras «horrendas» que aplicaba con justeza según las circunstancias. Y se afirma que llevaba un cuadernillo en el que anotaba nombres de personas y sus errores para usarlos en el momento que fuese necesario. Efrén Reyes sintetiza así su poética: «analizó a los poetas y los encontró cursis, analizó a los literatos y los encontró sin gramática y hasta sin sentido común, analizó a los hombres públicos y descubrió de que público solo tenían la impudicia y la audacia». Estas cualidades de su prosa le valieron el respeto y temor de sus amigos y de sus enemigos. Y estas cualidades le valieron para que en 1909, en el Centenario del Primer Grito de Independencia de Ecuador, fuera galardonado con la «Pluma de Oro». Y le valieron para que en 1914 el diario argentino La Prensa le ofreciera un contrato de trabajo que él rechazó por sus malas condiciones de salud.

Murió en la pobreza el 6 de octubre de 1918 por cirrosis complicada con tisis. Su muerte conmocionó el país que por fin tomaba conciencia de su valía, que entendió que había marcado una época. Había ganado el prestigio de luchador inagotable a tal punto que murió habiendo recibido honores de su pueblo y perdonado por los políticos a los que había vapuleado. La ciudad ha honrado su nombre con un busto inaugurado en 1945, está ubicado en el parque Hurtado de Mendoza, en San Blas, y ha dado nombre a unas de las instituciones educativas más conocidas en el medio. Estas líneas de remembranza buscan sumar el homenaje a su verbo voraz para ser consecuentes con el valor de los grandes hombres, de grandes hombres como Calle.



# OCTAVIO CORDERO PALACIOS



Ilustración de Guido Argüello

*«Veinte hombres como él, animados de la misma noble ambición personal e histórica, bastarían para renovar y engrandecer otras tantas especialidades científicas y filosóficas» dice de él Agustín Cueva Tamariz.*

Pocos son los personajes destacados que, en su perfil multifacético, puedan aunar la incursión en campos tan dispersos como lo hizo Octavio Cordero Palacios, destacado escritor de ficción, matemático e incluso inventor, ingeniero-topógrafo, preocupado sobre políticas, sobre historia, sobre la lengua, incluso fue traductor. Nació en 1870

y, cuentan las fuentes, murió el 17 de diciembre de 1930 –en la misma fecha en que murió Simón Bolívar– y tal como él mismo había vaticinado. Una familia acomodada, un padre que había incursionado en la literatura y el periodismo, una infancia sin sobresaltos, su pasión por el mundo clásico, y su formación superior, se graduó en

Derecho, contribuyeron sin duda a ese despliegue de pasiones, obras y cargos que ostentó a lo largo de su vida.

La primera faceta que deja asomar Cordero Palacios fue por su pasión por la literatura. Comenzó a escribir teatro desde muy joven, tenía «Obras originales, matizadas de interés, de colorido». A los veinte años de edad estrenó su drama en verso «Gazul», un año después compuso «Los hijos de Atahualpa», y en 1892, «Los Borrachos». Su amor por la literatura lo llevó a traducir decorosamente al español los versos de «El Cuervo», de Edgar Allan Poe, y el *Arte poética*, de Horacio. La combinación de su pasión por las matemáticas y por la literatura lo llevó a escribir un texto de trigonometría en verso. Asimismo, fue profesor de Filosofía y Literatura del colegio Benigno Malo de Cuenca. Otro de sus méritos fue haber sido escogido como mantenedor de la Fiesta de la Lira, una especie de juegos florales de la región.

En su faceta de historiador, calificada por uno de sus biógrafos como una tarea más de erudito que de filósofo y sociólogo, podemos resaltar algunas obras. En 1915 fundó la revista *Miscelánea histórica del Azuay*, y un año más tarde editó *Vida de Abdón Calderón, El Azuay Histórico, Protomebamba, Crónicas documentadas para la historia de Cuenca* (1924) y una obra sobre la muerte de Juan Seniergues. En 1922 publicó «De potencia a potencia», un ensayo sobre el debate mantenido entre un gobernador de Azuay, Manuel Vega Dávila, y el presidente de su época, Gabriel García Moreno. En el campo de la lengua, escribió *El Quechua y el Cañari* (1923), obra por la recibió el premio «La Palma de Oro».

En su faceta matemática conocemos que impartió las asignaturas de Planimetría, Altimetría, Trazado de vías de comunicación y Construcción de puentes y calzadas, todo esto, según uno de sus biógrafos, sin ser técnico con formación, pero su desempeño en el área era tan brillante que en 1916 recibió la autorización del Consejo Superior de Instrucción Pública para formar un Tribunal que le otorgó el título de ingeniero.

Se le conocen dos inventos. El primero, que data de 1902, fue un ordenador mecánico formado por un cilindro horizontal con un puntero en una de sus bases, más un disco en cuya circunferencia

estaban pintadas las letras del alfabeto y una regla indicadora. Lo llamó Clave Poligráfica o Metaglota (Simpangrafía) y servía para traducir palabras de una lengua a otra, entre presentes y entre ausentes; las crónicas comentan que esta máquina fue celebrada como un «diccionario mecánico maravilloso». Solo después de la muerte de Octavio Cordero Palacios, se llevó a cabo una exhibición de dicho aparato. El segundo invento que se le conoce es un dispositivo, una especie de ábaco perfeccionado que servía para calcular la raíz cuadrada de números.

Junto a estas labores, hay que destacar la variopinta gama de actividades que emprendió. En su vida política, fue electo senador de Azuay a los congresos de 1916 y 1918, y elegido Juez del Tribunal Superior de Justicia de 1918 a 1928, Inspector General del Ferrocarril Sibambe-Cuenca, y Miembro del Centro de Estudios Históricos y Geográficos de la misma ciudad. Paralelamente componía artículos de opinión en los periódicos conservadores *El Ciudadano* y *El Derecho* en contra de las ideas alfaristas y sostuvo enconados debates con José Peralta y Manuel Benigno Cueva, ambos de ideología liberal. Ante el intento de invasión peruana de 1910, fue incorporado al ejército con el grado de Sargento Mayor de Ingeniería de Reserva. El Gobierno Nacional le confió el levantamiento topográfico de un plano de la frontera ecuatoriano-peruana.

En definitiva, su atributo como hombre de época radica en su enorme curiosidad por el saber científico que redundó en una práctica multifacética, en la que se destacó principalmente como maestro, escritor e intelectual, si bien él sostuvo que su vocación fue la enseñanza. Fue maestro en toda la grandiosidad del sentido del vocablo, ejemplo luminoso del uso «de métodos didácticos, de lógica rigurosa y de especulación cerebral poliédrica». Su labor en los diversos campos dejó un material valioso que luego sería continuado por muchos estudiosos, tal y como ocurre con su investigación lexicográfica. Su memoria es recordada justamente por los cuencanos con el nombre de una parroquia (en la que nació), una institución educativa, un subcentro de salud, una calle, nada más y nada menos para un hombre con tal sentido patriótico que, se afirma, murió escuchando los acordes del Himno Nacional.

# CÉSAR DÁVILA ANDRADE

*y su obra deslumbrante*



*Ilustración de Guido Argüello*

*Muchas voces lo han proclamado como el más alto poeta y el mayor representante del relato breve ecuatoriano. Diego Araujo ha aseverado que «ningún poeta ecuatoriano ha vivido la poesía con la intensidad, el religioso fervor y la entrega con la que vivió Dávila Andrade».*

Para Xavier Oquendo, nuestro autor funda la poesía contemporánea en el país. Jorge Dávila valoró la imagen daviliana como una constante insólita, tal vez la más audaz y bella de la poesía ecuatoriana. Este poeta, narrador y ensayista,

que auscultó con ferocidad las ciencias ocultas, que militó en las fuerzas de los Rosacruces, que se consagró al estudio de la filosofía indostánica, martinismo, parapsicología, que se afilió al partido socialista, nos legó un acervo literario de

tal fuerza e hipnotismo capaz de ubicarlo en el memoria de lo máspreciado que ha producido esta tierra. Dávila se autodescribió como un ser extraño, que renunció a lo que otros ansiaban, un ser hundido en sí mismo, amante de los libros raros, un hombre a quien nada lo sorprendía, más que el amor. Los demás vieron en él a un ser muy delgado, taciturno, huidizo, más allá del umbral ordinario, como un ser consciente de su destierro, y con una profunda vocación metafísica.

Nació en 1918 en el seno de un hogar continuamente acosado por las preocupaciones económicas. Estudió en la escuela de los Hermanos Cristianos, luego fue al colegio normal Manuel J. Calle, pero no concluyó sus estudios; pasó también por la Academia de Bellas Artes, pero únicamente un año. Se casó con Isabel Córdova, con quien se fue a vivir a Venezuela en 1959 en busca de rutas más motivadoras. Desde joven debió ejercer una serie de trabajos para ayudar a sobrellevar la carga familiar. Nuestro poeta ocupó un puesto en la Corte Superior de Justicia, fue jardinero, profesor de literatura en el Colegio Salesiano Cristóbal Colón de Guayaquil, corrector de textos en la Casa de la Cultura, en cuya revista publicó varios de sus obras. Años más tarde y ya en Venezuela, menos apremiado por el dinero, aunque no holgado, compaginó su labor de escritor con su trabajo en los medios de mayor rai-gambre cultural como El Nacional, La República, El Universal, el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, Inciba, y en la revista Zona Franca, incluso llegó a impartir clases de literatura en la Universidad de los Andes.

Comenzó sus aventuras literarias temprano. El primer texto que se le conoce data de 1934 es el poema «La vida es vapor». Siendo profesor escribió poesías como «Ciudad oscura» y «El canto a Guayaquil» con esta última se hizo acreedor al Premio Nacional de Poesía convocado por la revista Oasis. De esta época datan también sus primeros relatos. Su primera obra la publicó en la revista Tomebamba en 1943, «Autopsia». En 1944 ganó un concurso que consistía en redactar la biografía de Fray Vicente Solano. En 1945 y 1946 ganó las Violetas de Oro en la Fiesta de la Lira de Cuenca, por sus poemas «Canción a Teresita» y «Oda al Arquitecto», respectivamente. A

partir de estos momentos su nombre dejaba de ser común, llegaba el reconocimiento. En 1959 ganó el segundo lugar en el concurso nacional de poesía Ismael Pérez Pazmiño con «Boletín y elegía de las mitas», su obra cimera. De su acervo literario se pueden enumerar sus obras relevantes: Espacio me has vencido (1946), Arco de Instantes (1959), Conexiones de tierra (1964), La corteza embrujada, (1966). Entre sus relatos están «Vinatería del Pacífico», «El cóndor ciego», «Abandonados en la tierra», «Cabeza de Gallo». Su viuda publicó algunos poemas inéditos que el autor le dedicó en un volumen que se tituló Poemas de amor.

Su obra en general abarca diversos temas y se construye con diversos matices estéticos. Julio Pazos señaló que aborda «todas las problemáticas, las que llegan del pasado y las nuevas» y que estas se desarrollan desde el centro de un paisaje que revela una abrumadora realidad, y un profundo sentido de lo universal. Trabaja el dolor personal como el dolor de su raza, la enfermedad, la muerte; están las obras intimistas en las que le escribe a la madre, a su musa de la juventud, a su esposa, recuerda su infancia; también le habla al dios, el arquitecto universal, y esboza el sentido de la vida y del tiempo, y le alcanza el tiempo para hablar de Basho, el poeta zen; sobre la tarea poética; sobre Vallejo, el poeta peruano; y todo eso sin despegarse del mundo andino. Sus cuentos se caracterizan por el crudo naturalismo, por la honda introspección de sus personajes y tratan problemas metafísicos e inquietudes del ser humano enfrentado al misterio de su existencia.

Los críticos sostienen que su obra se puede caracterizar en función de las etapas por las que atravesó. En un primer momento, prima una obra realista, cromática, musical, con gusto por lo exótico y ornamental, con influencia del romanticismo y modernismo y luego han entrevisto un período de transición con un registro que entremezcla realismo y vanguardismo, por el tono experimental; finalmente llegó su periodo hermético, en el que recurre al sondeo psicológico de los personajes, a alusiones grotescas, personajes extraños, atmósferas desconcertantes. Ese carácter convulso, raro, que al lector común podría parecerle ininteligible, revela una capacidad



para afinar un acorde usando las más disímiles imágenes.

César Dávila Andrade se quitó la vida en 1967 debido a una crisis alcohólica en Caracas, donde fue enterrado por los intelectuales que le fueron cercanos. La ciudad ha honrado con su nombre a una unidad educativa, le ha levantado un busto en la Universidad de Cuenca, que también llamó con su nombre al auditorio de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación. El Encuentro sobre Literatura Ecuatoriana, que se celebra en Cuenca cada tres años, instituyó el concurso de poesía que recibe su nombre. Sus obras y su vida también han servido de inspiración a varios artistas, allí están, como ejemplos, Adoum y Jorge Dávila que lo usan como personaje literario, Palomeque como motivo de pintura, Fernando Falconí que lo tomó como pretexto para un reportaje, Daniel Chonillo para crear su video arte, Carlos Pérez Augustí para una obra de cine. Dávila Andrade, luego de décadas, parafraseando una de sus obras, se viene alzando, levantándose *de entre los muertos*, desde su obra y *dentre las lomas y los páramos*. Que al otear los doscientos años de la Cuenca soberana volvamos la vista a ese poeta solitario, para dejarlo habitar con nosotros y volver así menos solas a nuestras soledades.

**EFRAÍN JARA IDROVO,**

*El poeta reformista*



*Ilustración de Guido Argüello*

*Fue Premio Eugenio Espejo en 1999 por el conjunto de su obra poética, fue candidato al Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana en 2005, desestimó en tres ocasiones el Premio Fray Vicente Solano de la Municipalidad de Cuenca. Jorge Aguilar Mora lo definió como el poeta que descubrió nuevos territorios de las ideas, exploró los caminos más secretos del pensamiento, y como uno de los primeros habitantes de las comarcas más dolorosas y vertiginosas de los pensamientos.*

Carla Badillo lo llamó el poeta-escultor, el Rey Midas morlaco, un viajero que transitaba por el vagón de los solitarios. Para Hernán Rodríguez Castelo, el poeta constituyó «un episodio rico y hasta tumultuoso» en la historia de la poesía ecuatoriana. Para Susana Cordero, su etapa elegíaca muestra una intuición poética excepcional aunada a un raro dominio lingüístico. Su poema «Sollozo por Pedro Jara» fue considerado como uno de los más grandes y hermosos poemas nacionales escritos en todos los tiempos. Fue invitado a Cuba a recitales e impartió conferencias en varias universidades norteamericanas. Jara, apodado El Cuchucho, fue ensayista, promotor cultural, investigador, crítico literario y maestro por más de treinta años. La literatura, en sus palabras, fue su pasión, su perdición y su salvación.

Nació el 26 de febrero de 1926. Fui hijo único y, en sus palabras «muy mimado» por esa condición. Su madre fue profesora de lengua española, tocaba piano, guitarra, violín, bandolina, una de las pocas divorciadas que existían en la beata ciudad. Estudió en el Asilo de las Monjas Catalinas, en la Escuela de los Hermanos Cristianos y en el colegio Borja. Por voluntad de su madre, que le buscó una profesión lucrativa, estudió con desdén Derecho y se graduó en 1950. Nunca ejerció el derecho porque, a su decir, carecía de malicia y astucia, pero dos años después, cuando se abrió la Facultad de Filosofía, estudió Literatura. Trabajó como maestro en los colegios Benigno Malo y Fray Vicente Solano y al poco tiempo de graduado en Filosofía llegó a ser profesor de la facultad, posteriormente ejerció como su decano. En 1954 viajó y se instaló en la Isla Floreana, en Galápagos, para huir del alcoholismo en el que se había sumido, allí trabajó como profesor. En 1955 volvió a Cuenca, pero en 1996 nuevamente regresó a las Islas. Ejerció la presidencia de la Casa de la Cultura de su ciudad natal entre 1970 y 1982.

Jara empezó a escribir relatos cuando estudiaba en el colegio. Conforme se incrementaban sus lecturas y conforme conoció a Jorge Carrera, Neruda y César Dávila entendió que lo suyo era la poesía. En 1936 ganó el Concurso del Poema Mural con «El funeral de la golondrina» e «Incurción en la sal», en 1946 editó el poema «Carta en soledad inconsolable». Junto con Jacinto Cordero, Eugenio Moreno, Arturo Cuesta, Hugo Sa-

lazar Tamariz, Ramón Burbano, Hugo Ordóñez y Francisco Estrella formó el grupo ELAN en 1947. Sus integrantes, conscientes de vivir en una ciudad que parecía haber quedado al margen de la historia, una ciudad con una poesía marcada por la tradición conservadora y clerical, pretendieron acabar con la poesía bucólica y mariana, pues aún existían numerosos concursos en tal sentido. De ellos también nació el periódico *La Escoba*, con un tono humorístico e irreverente de los valores de la tradición. Y su producción continuó en obras como *Tránsito en la ceniza* (1947), *Rostro de la ausencia* (1948), *Carta de Navidad* (1956), *Poema del regreso* (1956). Después de un largo silencio, que no implicaba que no había escrito, publicó *Añoranza* (1972), *Acto de amor* (1972), *Dos poemas* (1973), *Sollozo por Pedro Jara* (1978) dedicado al fallecimiento de su hijo, *In memoriam* (1980), *El mundo de las evidencias* (1980) un compendio de sus textos escritos entre 1945 y 1970, *Alguien dispone de su muerte* (1988) y *Los rostros de Eros* (1997).

Mientras ejerció como presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, fundó la revista *El Guacamayo y la Serpiente*, en cuyas 56 ediciones se publicaron textos de grandes escritores de la época, estudios críticos de notable interés, que llegaron a incluir ejercicios académicos de los alumnos, y los textos resultantes de Oposiciones y Contrastes, un ciclo de poesía. También escribió una *Muestra de la poesía cuencana del siglo xx*. Como maestro, en sus manos se formaron críticos literarios de renombre nacional como María Augusta Vintimilla, Jorge Dávila, María Rosa Crespo, María Eugenia Moscoso, de quienes siempre se mostró orgulloso.

Como poeta tenía claro que deseaba dos cosas: buscar una voz propia y abrir las fronteras de la poesía más allá de lo que su generación anterior, emprender una verdadera reforma por lo que su obra se puede inscribir en un plano vanguardista. Para ese fin trabajó intensamente con las palabras. Según confesó, fue partidario de escribir mucho y publicar poco, de reescribir más que de escribir, jamás compuso un poema de un sentón para publicarlo, por eso no cuenta con una obra muy extensa. Por eso mismo, en 1948 llegó a quemar sus tres primeros poemarios, los consideraba una poesía muy sensorial, sin un sentido,

sin aporte; en 1990 quemó los originales de su poema *Lovestory*. A su juicio, su mejor faceta se perfila en la década del setenta, a partir de «Año-ranza y acto de amor», cuando es un escritor ma-duro, más consciente de su oficio de poeta.

Escribió con preferencia sobre tres grandes temas: el tiempo, la muerte y el erotismo. Su poesía se expresa con expresiones desafiantes que buscaban la liberación del lenguaje de su significado usual para llenarlo de nuevos significados. Por este trabajo formal es el poeta ecuatoriano que más ha experimentado en el uso de recursos, de la lingüística, en las oposiciones fonológicas. Para Jaime Montesinos, su trabajo emulaba al Quijote, saca de las palabras gigantes o yelmos de Mambrino; o sea, potencia su sentido para arribar o para abajo, dentro del eje paradigmático. Para María Augusta Vintimilla, su escritura poética de mediados de la década de los años cuarenta hunde sus raíces en el modernismo, el posmodernismo y las vanguardias. En su primera etapa, se aprecia una nueva subjetividad, congruente con la masificación, la multitud, el anonimato de las nuevas urbes, la voluntad de universalidad, expresa una fascinación por las palabras, por su sonoridad y sus calidades rítmicas. Posteriormente, en un segundo momento, se aventuró a explorar nuevas formas de asumir el trabajo poético, allí exploró la cotidianidad; y en sus elegías se preguntó por el ser y el existir, la trascendencia, la muerte, las palabras y la poesía. En sus obras, en general, entrevió la pérdida de la centralidad del sujeto humano, desplegó un juego de tensiones entre mundo y conciencia, habló de la escisión entre el hombre y el mundo, de la ruptura entre las palabras y las cosas, sobre la imposibilidad de conciliar el tiempo humano, finito y fugaz, y la temporalidad eterna del universo.

Un derrame cerebral en 2005, producto de un accidente automovilístico afectó su memoria y su vista que llegó a estar siete meses con terapia de lenguaje. Recuperado siguió leyendo y escribiendo con ojos de otros hasta su muerte ocurrida en abril de 2018. Su obra «Sollozo para Pedro Jara» inspiró la producción artística, la partitura de jazz realizada por la norteamericana Su Terry. La Universidad de Cuenca ha honrado su memoria al llamar con su nombre al renombrado concurso de relato convocado por el Encuentro sobre Literatura Ecuatoriana y Latinoamericana cada tres años. El Municipio de Cuenca trasladó sus restos al Mausoleo de personajes ilustres de la ciudad. Sus poemas, como bien dijera el primer mandatario del país, Lenín Moreno, al conocer su muerte: «son ya parte del patrimonio cultural, hitos en la historia de la literatura ecuatoriana».



# JEFFERSON PÉREZ

*y el sueño de los  
más audaces*



*Ilustración de Guido Argüello*

*Fue homenajeado como «Héroe deportivo nacional» y «Mejor deportista iberoamericano» en 1996 por los Reyes de España; también fue declarado el «Mejor deportista del Ecuador del siglo XX» en 1999 por decisión unánime; fue elegido como el mejor deportista ecuatoriano en 1990, 1992, 1995, 1996, 1997, 1998, 1999, 2000, 2002, 2003, 2004, 2005 y 2008, y ha sido el único deportista ecuatoriano que ha logrado dos medallas olímpicas.*

Por estos antecedentes, Jefferson Pérez (1974), marchista, es considerado la figura paradigmática del deporte ecuatoriano de todos los tiempos.

Pérez vivió una infancia difícil. Como su familia era muy humilde, debió colaborar desde niño para conseguir el sustento diario. Ayudaba a su madre, que sufría una discapacidad visual, en su negocio de frutas en el Mercado 10 de Agosto; también vendía periódicos y lustraba zapatos, ambas actividades las combinó con sus estudios. Su padre murió cuando él tenía 13 años, lo que para él supuso asumir parte de la responsabilidad de su familia. Instado por sus entrenadores deportivos, continuó el colegio, luego fue a la universidad, donde se graduó en Administración de Empresas. Años más tarde estudió una maestría también en Administración y otra en Administración Pública.

Su inicio en el deporte ocurrió por una circunstancia peculiar. Tal y como cuenta el deportista, estaba a punto de perder el año en la asignatura de Educación Física, así que su profesor le pidió que entrenara atletismo. Con ese miedo, fue a cumplir la condición. Y así, en abril de 1988 llegó al Parque de la Madre y habló con el entrenador de atletismo de los niños, Manuel Ortiz, para que lo preparase. El entrenador a las pocas semanas de que hubo llegado le motivó a entrar en una competencia en la que participaban personas que llevaban entrenando años. Pérez llegó en segundo lugar. Posterior a ello, cuando cumplió 14 años, Luis Muñoz, otro entrenador, lo llevó a ejercitarse con los juveniles por sus habilidades y tamaño (en ese momento era un poco más alto que los demás chicos de su misma edad). Allí fue cuando lo vio Luis Chocho, entrenador de marcha. En análisis conjunto con el médico del equipo, comprendió que poseía condiciones para la caminata. Luego vino la invitación al equipo y todo lo demás.

Pérez inició su participación en los campeonatos nacionales y ganó los 5000 m marcha. Posterior a ese triunfo, vendrían las competencias internacionales. Obtuvo su primera medalla internacional a la edad de 17 años, en California. Su primer logro representativo fue la medalla de bronce en el Mundial Juvenil de Atletismo, en Bulgaria en 1990; allí se dio cuenta que estaba hecho para participar y ganar un medalla Olímpica. Participó

en las Olimpiadas de 1992, pero se retiró en el km 10 por un virus que había afectado su salud. La prensa recalcó la pobre participación del deportista hasta llegar a sostener «que no se le debería permitir volver a ponerse una camiseta de Ecuador». Pérez afirma que esa nota de prensa lo dejó profundamente dolido. Seis meses antes de participar en las Olimpiadas de 1996, cambió de entrenador. Enrique Peña, su nuevo guía, arribó al Ecuador el 11 de enero de ese año. Le brindó asistencia técnica, lo ayudó a configurar un equipo de trabajo que incluyó un nutricionista, un psicólogo, dos fisioterapeutas y un médico, y le hizo comprender que, de verdad, de acuerdo con los tiempos que venía marcando en los entrenamientos, podía ganar una medalla olímpica.

El mayor logro de su carrera llegó en 1996 cuando ganó la primera medalla de oro para Ecuador en los Juegos Olímpicos, en 20 km marcha. Nuestro deportista no figuraba entre los favoritos, de hecho, estaba ubicado en la vigésima tercera posición del ranking mundial y no dentro de la élite, incluso la prensa nacional comentaba que si llegaba en décimo quinta posición ya sería una buena participación. Este triunfo, celebrado como el mejor logro deportivo del país, marcó un hito para todos los deportistas. Como bien señaló Pérez, su medalla ayudó a cambiar la mentalidad que reinaba hasta ese momento, pues los ecuatorianos solían participar con la única ambición de adquirir experiencia. Su brillantez no se agotó allí.

En el año 2000, debido las diversas lesiones que venía sufriendo, decidió dejar la marcha. El país entero recibió con tristeza la noticia. A partir del anuncio de esta decisión, comenzó a recibir miles de cartas que le pedían que cambiase su decisión. Lo meditó y volvió a los entrenamientos. Después de esta pausa llegó su tricampeonato mundial en marcha, en 2003 en París con plusmarca mundial (1:17:21), en 2005 en Helsinki y en 2007 en Osaka. Obtuvo también la medalla de oro de los 20 km marcha en los Juegos Panamericanos de 2003. Y en 2008, logró la medalla de plata nuevamente en las Olimpiadas. Culminó su carrera en el Challenge Mundial celebrado en Murcia, en la que finalizó tercero.

Fue considerado en su época uno de los mejores marchistas y, junto con Robert Korzeniowski, fue declarado como uno de los mejores marchistas de la historia. En Ecuador, además de haber sido declarado como el Mejor Deportista durante años (tanto por la Federación Ecuatoriana de Atletismo, el Comité Olímpico Ecuatoriano, la Federación Deportiva del Azuay y la Prensa Nacional), ha recibido la «Orden Nacional al Mérito en el Grado de Comendador», de parte de la Presidencia de la República, en 1996, máxima condecoración del Gobierno Nacional; la presea al «Mérito Educativo y Cultural Juan Montalvo» otorgada en 2004 por el entonces presidente de la república. Asimismo, fue elegido como el «Mejor ecuatoriano vivo» por un programa de televisión gracias a la votación de la gente.

Después de su retiro de la actividad deportiva, en septiembre de 2008, Pérez se ha dedicado a continuar sus estudios, a actividades empresariales (posee una compañía de marketing deportivo) y a la actividad política. En 2019 fue candidato a la alcaldía de la ciudad, comicios en los que obtuvo el segundo lugar. La ciudad ha honrado su memoria lanzando una estampilla que celebra su medalla de oro olímpica, le erigió una estatua en su sitio emblemático de la ciudad, el Parque de la Madre, donde llevó a cabo sus primeros entrenamientos; y ha denominado al coliseo mayor de deportes, así como a la pista atlética de la ciudad con su nombre. El principal legado que nos deja este personaje es que nos demostró a todos que nada era imposible, que con dedicación, como sostuvo Einstein, los sueños más audaces se podrían volver realidad.

# LINDA GUAMÁN,

## *La científica cuencana*



*Ilustración de Guido Argüello*

*En 2019 fue elegida como parte de los cien líderes del futuro en tecnología a nivel mundial. Lenín Moreno, presidente del Ecuador, se ha referido a ella como una «ecuatoriana ejemplar», como una mujer que nos llena de inspiración para luchar por un mundo mejor.*

Su nombre fue propuesto por la Comisión de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología de la Asamblea Nacional para recibir la condecoración Matilde Hidalgo de Prócel por su destacada labor en el ámbito científico. Ha sido elegida «Mujer del año», en el ámbito de la cien-

cia en 2019 por parte de una reconocida revista nacional. Linda Priscila Guamán Bautista figura en esta galería y nos muestra que nuestra bella ciudad, además de políticos, poetas y artistas, ha sido capaz también de engendrar en su seno a jóvenes investigadores, a científicos de bata blan-

ca. En estos momentos, cuando el mundo gira empujado por el viento del conocimiento, imaginar que los fulgores de una de las nuestras aviva la llama de esa hoguera que no para de arder, que su nombre circunvala por las revistas científicas, que su saber matiza el legado, no puede más que henchirnos de orgullo y esperanza.

Linda Guamán nació en abril de 1985. Desde temprano supo que su pasión afincaba en el estudio de la naturaleza, por eso, llegado el momento de elegir, decidió el Bachillerato en la especialidad de Químico-Biólogo. No ocurrió lo mismo cuando debía escoger qué cursar en sus estudios superiores. Exhortada por sus padres y familia, tuvo que renunciar a estudiar biología para dedicarse a una carrera que, a decir de los suyos, le pudiese asegurar un mejor porvenir. La universidad, con el tiempo, le ofreció las respuestas que buscaba. La carrera por la que optó, Ingeniería en Alimentos (Universidad del Azuay), y las prácticas preprofesionales que derivaban de ella, pronto le terminaron de confirmar que no estaba «en lo suyo», esa fue primera respuesta. La otra respuesta la encontró cuando elaboró su tesis de graduación. Conducida por su directora de tesis, una de las primeras Ph.D. del país, pudo llevar a cabo una investigación ya en su área de interés. Luego de ese momento germinal y una vez graduada, obtuvo una beca de maestría en Microbiología en la Universidad San Francisco de Quito. En esos momentos sus ideas y metas estaban ya muy claras. Arropada con tales certezas hizo el salto mayor: en 2012 consiguió una beca de la SENESCYT para sus estudios doctorales. Estudió Microbiología en Brasil, en la Universidad de São Paulo, en la que se graduó con las más altas calificaciones. Durante sus estudios doctorales tuvo la oportunidad de efectuar una pasantía en un laboratorio estadounidense, en la Universidad de Washington. Este viaje por diversos laboratorios formó su temple de investigadora.

Una vez que regresó al Ecuador en 2017 comenzó a laborar como investigadora y docente en la Universidad de Ambato. En 2018, se unió al equipo docente de la Universidad UTE, donde desarrolla proyectos de investigación en el Centro de Investigación Biomédica (CENBIO) en el área de la biotecnología. La investigadora trabaja

con microorganismos como bacterias y levaduras. Entre sus temas de investigación están el tratar de modificar la levadura *Saccharomyces boulardii* con el fin de que produzca butirato, un compuesto que previene cáncer de colon y las infecciones intestinales. También pretende crear herramientas para modificar el comportamiento de las bacterias que aún no disponen de ellas. Ha trabajado también en biología sintética en colaboración con la Universidad de São Paulo y la Universidad de Washington, es decir, en programación de microorganismos con diversos fines, entre ellos ha trabajado con plásticos y combustibles para reducir su impacto ambiental; uno de sus logros fue la producción de plástico biodegradable utilizando residuos de la industria. En Estados Unidos produjo biocombustible con la glucosa obtenida a partir del maíz. El objetivo era alimentar un microorganismo para que produjera ácidos grasos ramificados, que son precursores del combustible.

En su trayectoria profesional ha publicado numerosos artículos en revistas científicas muy destacadas de su área: *Journal of Industrial Microbiology and Biotechnology*, *Journal of Molecular Microbiology and Biotechnology*, *Metabolic Engineering*, todas indexadas a los valiosos catálogos, entre ellos, Biotechnology Citation Index, Chemical Abstracts Service, Current Contents/Life Sciences, **EMBASE**, **EMBIology**, **MEDLINE**, and **Scopus**. Ha gozado de la oportunidad de trabajar con investigadores de la talla de Gayle J. Bentley, Wen Jiang, Yi Xia, Edmar Oliveira, Carlos Barba Ostria, José G. Gómez, Marilda Taciro, Edmar Ramos, por nombrar algunos. Entre sus artículos relevantes están «Ingeniería de *Escherichia coli* para producir ácidos grasos de cadena ramificada en alto porcentaje», «Ingeniería del metabolismo de la xilosa para producir polihidroxitirato en la bacteria no modelada *Burkholderia sacchari*», «Producción de copolímeros de polihidroxicanoatos por pseudomonas recombinantes en cultivos libres de plásmidos y antibióticos», «Ingeniería metabólica como herramienta para mejorar la tasa de crecimiento y la producción de polihidroxicanoato en *Burkholderia sacchari* y *Pseudomonas sp. Son*».

Entre sus logros se halla su designación como una de las cien líderes del futuro en tecnología



en la convocatoria efectuada por la Global Bio-tech Revolution (GBR del MIT y Harvard), lo que la llevó a participar en el GapSummit 2019, el mayor encuentro de innovación biotecnológica a escala mundial que permite la interacción de los científicos y los actuales líderes mundiales. En este mismo evento, Guamán también se destacó porque, conjuntamente con un informático de la Universidad de Singapur y un experto británico en inteligencia artificial, logró producir carne de origen vegetal que podría reemplazar a la de origen animal, un proyecto que pasó al top 8 de la etapa final. Si bien el proyecto no resultó ganador, existe una empresa que está interesada en una posible inversión. Además de aquello, ha participado con un colega en un concurso internacional de biología sintética, el primer equipo ecuatoriano que representó al país en este concurso y consiguió la medalla de plata.

Linda también está imbuida en otros ámbitos de la investigación. Participa activamente en procesos de divulgación de la ciencia en la red de mujeres ecuatorianas científicas. De igual modo, ha impartido talleres de ciencia para los niños de Aldeas Infantiles SOS Ecuador en el Museo Interactivo de Ciencia. Y ha apoyado de diversos modos todo tipo de proyecto que inspire a los niños a continuar sus estudios y a descubrir el mundo de la ciencia, sobre todo a las mujeres. Su trayectoria le ha autorizado a poner en escena las múltiples preocupaciones que rodean a los investigadores del país: ha denunciado la frustración por los procesos burocráticos para la compra de reactivos, el escaso impulso a la industria tecnológica por parte del Estado, el escaso financiamiento, las dificultades por su condición de mujer, más de una vez ha sido confundida como la «secretaria» de los científicos, también ha comentado azarada que «La primera vez que gané un reconocimiento, a quien entrevistaron fue a mi jefe, no a mí».

Linda tiene 35 años, mil preguntas de investigación que responder, mil retos científicos que afrontar, y tiene la tarea, la más dura, de ir desbrozando la paja que encuentre en la senda que ella, junto con otros, está abriendo para los investigadores del país. Desgraciadamente, está lejos de su tierra natal, cobijada por otros vientos, la ciudad que la vio nacer no puede brindarle

el escenario que ella requiere para continuar con sus investigaciones. Doscientos años de libertad nos invitan a estudiar estos casos y a aceptar que, por más orgullo que destilen, varios hijos de esta pequeña patria deben exiliarse en pos de días mejores. El objetivo, si sirve para algo la rememoración, es evitar que eso siga pasando y honrar a quienes brindan ejemplos notables como estos. Y sirve para comprender, en palabras de Ezequiel Márquez, que la grandeza de un pueblo se conoce por las labores científico-literarias que desarrollan sus hijos.



The background is a dense, repeating pattern of red line-art flowers and leaves. The flowers are stylized, resembling lilies or hibiscus, with prominent stamens and petals. The leaves are also stylized, with clear vein patterns. The entire pattern is rendered in a uniform red color against a white background.

*Mitos y leyendas*

**MITOS Y LEYENDAS**



*Ilustración de Marco Antonio Ávila*

# LAS GUACAMAYAS

---



Según esta leyenda, los cuencanos y cañarenses somos hijos primigenios de dos hombres unidos cada uno con una guacamaya. Al igual que se narra en muchas regiones del mundo, esto sucedió por causa del diluvio universal, una inundación general que asoló la Tierra como castigo de los dioses por las faltas cometidas por los seres humanos. De ese diluvio, en nuestra región solo sobrevivieron dos hermanos varones, Ataorupagui y Cusicayo (en otras versiones, Chonta y Pila), que alcanzaron a subir a la cumbre de una montaña, el monte Huacayñan, «camino de llanto», un cerro que crecía conforme avanzaba la inundación (en otras versiones el monte se llamaba Gusano, Guasaynar, Fasañan, Guaraynac). Allí se protegieron en una cueva que hallaron. Cuando finalmente cedió la lluvia, los hermanos se dieron cuenta de lo que había pasado: todos los habitantes habían perecido, estaban en un mundo despoblado y silencioso. Entendieron que si querían sobrevivir debían salir en busca de comida.

Luego de varios días de búsqueda, no hallaron nada más que hierbas. Un día, cuando regresaron a la cueva, vieron preparados y servidos deliciosos manjares: frutas, panecillos, carne, maíz y chicha. Disfrutaron de la comida y, solo luego de alimentarse, se preguntaron, quién habría preparado todo eso y por qué lo habría hecho. Cada día abandonaban la cueva con las mismas intenciones y cada día regresaban y se encontraban con el mismo escenario: regresaban sin comida, pero los alimentos ya estaban preparados en su cueva.

Un día decidieron responder sus inquietudes. Determinaron que el menor, Cusicayo, saldría en busca de comida, como en los días anteriores, y que el hermano mayor, Ataorupangui, se quedaría escondido en la cueva para conocer a sus protectores. Con asombro, el mayor descubrió a dos hermosísimas guacamayas, aves de vistosos colores, con rostros de mujer, que usaban la típica diadema y la multicolor llicla (manta) en los hombros; eran ellas quienes traían en sus alas los alimentos y preparaban la mesa. El hombre quiso apoderarse de ellas, pero las aves salieron huyendo, al parecer, a las guacamayas no les había gustado haber sido descubiertas. Lo mismo ocurrió en dos ocasiones más y al tercer día cambiaron de lugar, se ocultó el otro hermano quien sí logró tomar a la guacamaya, se casó con ella y procrearon seis hijos, tres varones y tres mujeres.

Cuando supieron que el agua bajaba en los valles, y al comprobar que lentamente volvían a formarse los ríos, las lagunas y los mares, y que la tierra se secaba y surgían las selvas, decidieron regresar a su pueblo. De ese modo estas dos parejas sobrevivientes del diluvio repoblaron el sitio. Los cañaris consideran este el inicio de su raza y valoran a estas aves como seres sagrados. Vale acotar que la misma palabra *cañari* deja entrever la leyenda: viene del quechua *kan*, que significa 'culebra', y de *ara*, traducida como 'guacamaya', así que significaría 'descendiente de la culebra y la guacamaya'.





*Ilustración de Gabriela Cordero Durán*

# MALDICIÓN DE LA MAMA HUACA

---



Cuenta la leyenda que hace muchos años existió una mujer hermosa, de piel blanca, cabello largo y rubio, Mama Huaca, un ser muy malvado. Vivía en un cerro encantado, Curitaqui o cerca de Huahual Zhumi, donde nadie se atrevía a entrar por miedo. Solía caminar por las montañas, entre cementeras y pampas, y se dejaba ver en las noches de luna llena. Ofrecía oro, un peine de oro u otros regalos a quienes se encontraba en el camino, sobre todo a los niños, pero a cambio los cocinaba en una paila y luego los comía.

Mama Huaca es descrita por el imaginario como una mujer de cabello negro azabache que no podía mojarse con el agua de lluvia, que venía del cielo, y ella era parte del demonio. Ocurrió que una noche de luna llena y con el cielo brillante lleno de estrellas, los sapos, que en esas épocas parían hijos de la misma forma en que los humanos, comenzaron a pedir agua con su croar. El cielo les cumplió la petición y Mama Huaca se mojó con esas lluvias, lo que provocó que sus cabellos se volviesen rubios. Enfurecida decidió maldecir a los sapos: en adelante ya no parirían de la misma forma, pondrían huevos y de esos huevos saldrían shugshis, que solo se convertirían en sapos si ellos les comían la cola.

Se cuentan muchas historias sobre esta mujer. En Sayausí, dicen, un día secuestró a dos niños que caminaban por la montaña. Usando otra apariencia, los había invitado a su casa, ofrecido comida y más regalos, que ellos aceptaron, pero una vez dentro, la mujer se mostró como realmente era: pequeña, gorda, amenazante, y con una sonrisa que exhibía sus dientes de oro. Luego de eso sa-

lió de su casa y dejó encerrados a los niños con grandes cantidades de comida para engordarlos, freírlos en unas pailas de cobre y luego comérselos. Cuando regresó a casa, los niños, que habían rezado mucho para poder escapar, la empujaron hacia las pailas, le abrieron el pecho, la mataron en el acto; curiosamente, en vez de un corazón en su pecho, encontraron una mazorca de oro. Salieron contentos por haber escapado y obtener un tesoro.

En otras versiones, como la de Nulti, existe otra maldición de la Mama Huaca. En la zona era posible mirar en las noches, en el campo, una flama azul que nacía del suelo, un indicio de que había un tesoro de oro enterrado. Aquel que se atrevía a excavar y buscar ese tesoro era castigado de inmediato por la maldición de la Mama Huaca: la tierra se abría y aparecía una mujer con una paila lista para matarlo. La única manera de ser perdonado y de recibir el tesoro era entregando a una niña recién nacida y sin bautizar. Por eso, fue muy común en la zona asegurar que las personas que disponían de mucho dinero, posiblemente, lo obtuvieron de una huaca.





*Ilustración de Gabriela Cordero Durán*

# EL ARCO IRIS

---



uentan los antiguos una creencia bastante extraña sobre el arco iris, un fenómeno que les debió parecer tan intrigante y maravilloso para derivar de él tanta historia.

Al parecer, en tiempos remotos la gente estaba convencida de que el arco, humanizado, poseía un enorme poder: era capaz de embarazar a las mujeres jóvenes y estas llegaban a concebir y dar a luz a un hijo suyo. De cierta forma, esta leyenda se asemeja a la del cerro, una versión que circula por el norte del país, pues la mujer podía ser poseída por el cerro y quedar embarazada. En ambos casos, parece tratarse de un mensaje que intenta salvaguardar la virginidad femenina de cualquier acosador.

¿Cómo pasaba esto? Para comenzar, el arco iris es imaginado como un hombre y, como tal, un ser en busca de mujer. Se pasa los días mirando a las doncellas hasta elegir una. Cuando lo ha hecho, llama a la luna llena, le cuenta su elección, le muestra a la chica y empieza a perseguirla todos los días hasta poseerla. La *killá* (luna) lo ayuda, vigila las noches a la chica hasta saber si es virgen. Si la mujer se da cuenta de esto, debe salir acompañada de su casa de una niña pequeña, siempre, y se le recomienda portar un machete que brille en el reflejo del sol. Y si la mujer tiene enamorado, el arco iris se le apega bien, la envuelve u oculta y se la lleva a la casa. En otras versiones, si la mujer elegida está embarazada, el arco le puede provocar malformaciones o un aborto.

¿Cómo embaraza a esa mujer? Si la mujer no es virgen, se acuesta debajo de las algas de la cocha (chaco) donde ella toma el agua; luego la

mujer comienza a sentirse mal por haber bebido esa agua, no se cura nunca y muere hinchándose. Pero si es virgen, cuando ella se sienta a lado de una cocha y, según otras fuentes, cuando se orina y está menstruando, queda embarazada. Para más intriga, ella no se da cuenta de eso, sino hasta los nueve meses cuando le toca dar a luz. El niño salía rubio y de cabello rizado, muy guapo. El arco, como buen padre, sigue de cerca al niño hasta cuando está grande y puede coger la yunta. Entonces se lleva a la madre y al hijo al cerro cuando está oscureciendo, los insta a caminar hasta encontrar una cocha de agua clara. La madre, con sed por la caminata, se agacha a tomar agua y cuando se levanta el niño ya no aparece. El arco se ha llevado a su hijo y no hay grito de la mujer que lo haga volver.

Después de que la mujer regresa a casa comienza a sentir dolor de la barriga, con el paso de los días va enflaqueciendo hasta llegar a quedarse solo en huesos, la piel se le vuelve negra y muere mirando al cielo, buscando a su hijo. A las dos semanas de su muerte, el arco iris se asoma en el cielo cada vez más cerca del Sol y a su lado, más abajo, aparece un arco pequeño que poco a poco se va haciendo más grande, igual a su padre, hasta que el arco grande es consumido por el Sol. Luego el arco que queda saldrá a la caza de más doncellas y así infinitamente...





*Ilustración de Gabriela Cordero Durán*



# EL PERRO ENCADENADO

---

**E**

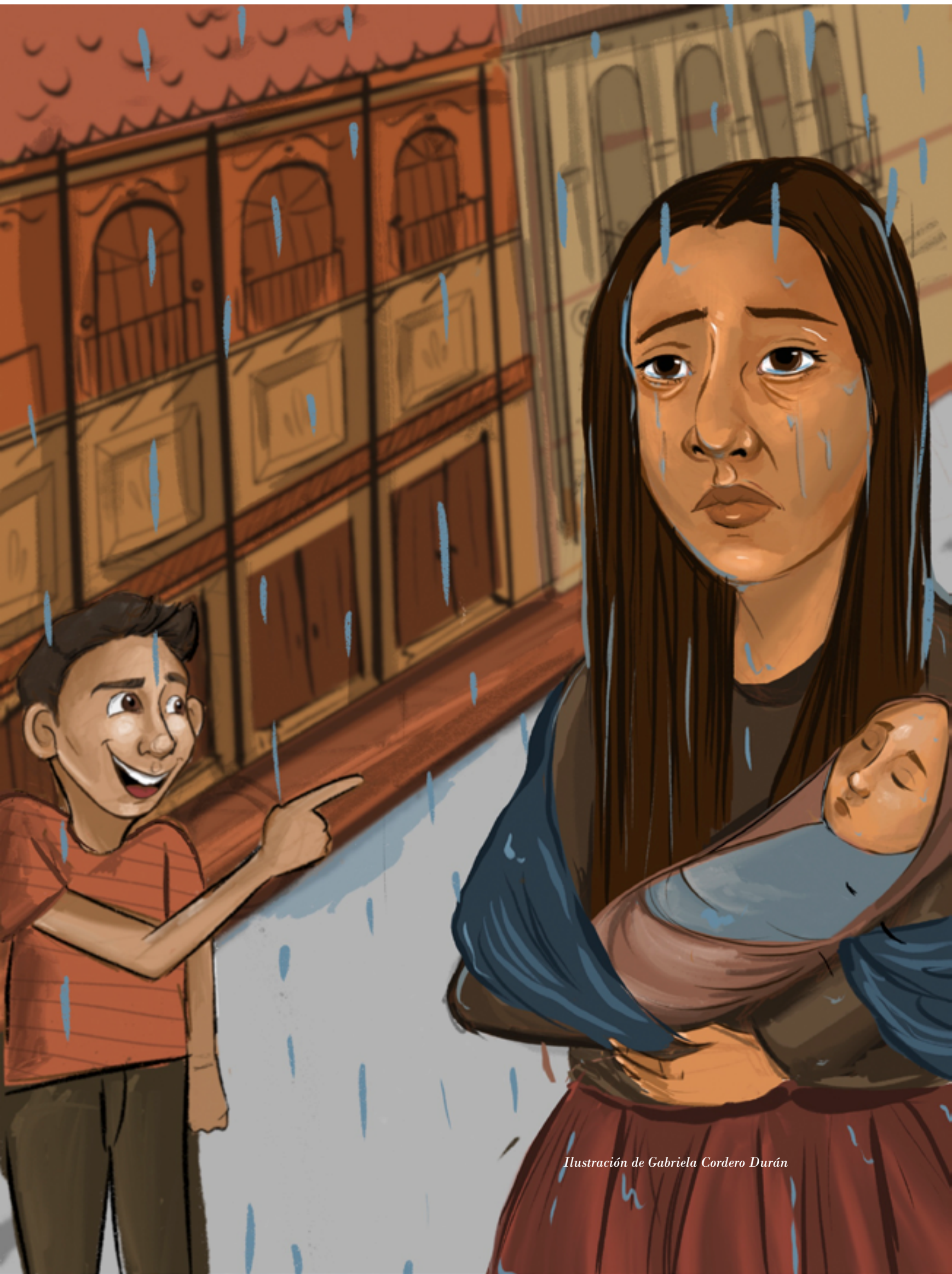
l perro, un animal tan cercano al ser humano, no podía quedar lejos del imaginario legendario con que hemos leído ciertos hechos o hemos querido controlar otros.

En Cuenca existe una leyenda sobre un perro, pero este era muy diferente a las mascotas tiernas que hoy conocemos: se trataba de un perro sobrenatural que divagaba por las calles con la función de asustar o prevenir a la gente tanto sobre las malas acciones que cometían como sobre posibles situaciones catastróficas que podrían sobrevenirles.

El perro es descrito por las diferentes versiones como un ser con una figura similar a un monstruo: era enorme, con cuernos y una mirada tan brillante que podía «encandilar las tinieblas más oscuras», una mirada también comparada con un carbón ardiendo. Este animal circulaba por los barrios pecaminosos, arrastrando una pesada cadena que producía un gran estruendo capaz de infundir temor en quienes lo escuchaban. Además, con frecuencia emitía sonidos similares a los de un aullido, tan funestos que, cuando coincidían con los chirridos de los búhos, instalaban un ambiente verdaderamente funesto.

Las beatas consideraban que este perro era la encarnación del demonio, que Dios le había permitido salir del infierno para asustar a sacerdotes y curuchupas que salían en las noches a sus andanzas amorosas o a aquellos que no se ocupaban más que de beber y comer, con el fin de recordarles cuáles eran sus verdaderas obligaciones. Los aullidos, por su lado, cuando se sucedían en las noches de luna llena, significaban –sobre todo para los campesinos o indígenas del sector– que alguien estaba para morir muy pronto, era una señal de aviso. Precisamente por esta relación, los lugareños han creado una estrofa que da cuenta de la capacidad premonitoria del animal:

*El búho grazna,  
el perro aúlla,  
el indio muere;  
parece chanza  
pero sucede...*



*Ilustración de Gabriela Cordero Durán*

# MARÍA LA GUAGUA

---

**N**o sabemos cuál era su nombre, pero en la historia de nuestra ciudad siempre será conocida como María la guagua. Su leyenda ha sido tan sobrecogedora que incluso ha sido versionada en diversos cortos. ¿Quién es esta mujer? Ella, cuentan ciertas versiones, era una campesina que emigró a la ciudad de Cuenca para trabajar, allá por los años setenta y pronto fue contratada como empleada doméstica, labor que desempeñaba en una casa ubicada por la escalinata del río Tomebamba. En ese lugar, un día fue violada por borrachos y producto de ese ultraje, quedó embarazada. Para otros, se trataba de una persona hermafrodita que se habría autofecundado.

No conocemos mucho acerca de cómo transcurrió su embarazo. Lo que sí ha quedado para la leyenda urbana es que su bebé murió, posiblemente por su pobreza, si bien en otras versiones las beatas de la ciudad le habrían quitado al niño porque ella mostraba signos de locura. Sea como fuese, dicha pérdida la afectó poderosamente, como no podía ser de otra manera, tanto que perdió el sentido. Como la mujer se negaba a abandonar el cadáver, en la primera versión se cuenta que los vecinos se lo quitaron a la fuerza cuando ya olía mal. Desde ese entonces, reclamaba a su hijo, y buscaba reemplazarlo con muñecas o harapos.

Fue así como comenzó a caminar por la calle vestida de harapos, despeinada, maloliente, descalza, a veces maquillada de forma exagerada, hablaba sin descanso, sin entenderse consigo mismo ni con los que la rodeaban; en su espalda, llevaba harapos de modo que parecía que cargaba a una criatura; habitualmente deambulaba por la ciudad y solía dormir entre cartones y periódicos. Vivía de la caridad de las vivanderas del mercado Nueve de Octubre, quienes le regalaban comida, especialmente papas, hornado, mote y frutas; otras personas caricativas le regalaban ropa. Los niños del lugar, cuando la veían cerca, intentaban arrancarles los harapos que simulaban el bebé, se lo quitaban, jugaban con ellos, y le gritaban «¡María, y la guagua!» Ella se enfurecía y les respondía arrojando piedras para amedrentarlos y así conseguir que no la molestasen. María la guagua caminaba por la ciudad y molestaba a los caballeros imputándoles la paternidad del niño; ellos huían de ella a carreras.





*Ilustración de Gabriela Cordero Durán*

# EL FAROL DE LA VIUDA

---

**E**

sta leyenda es una de las más conocidas por los cuencanos. Se ambienta en tiempos antiguos en los que la luz eléctrica todavía no llegaba a la ciudad, cuando la oscuridad creaba un ambiente que se prestaba para las más diversas especulaciones. Tiene como escenario uno de los barrios más emblemáticos de la ciudad, El Vado. Y su protagonista es una mujer pecadora de la carne, tal como fue vista por sus vecinos.

La leyenda, en concreto, trata acerca de una mujer de no más de 28 años, rubia, de cuerpo esbelto, muy bonita; se había casado muy joven y, asimismo, había enviudado muy temprano, quedándose con un niña pequeña. Por su edad, le fue muy difícil soportar su soledad. Para aplacar su dolor, solía salir los fines de semana a fiestas o a verse con sus amantes y dejaba encargada a su hija con amistades o conocidos. Un día no tuvo con quién dejar a la niña y la llevó consigo a una de sus fiestas. Al regresar y mientras cruzaba el puente sobre río Tomebamba, que en aquel entonces era de madera, resbaló porque estaba muy borracha, la pequeña se le cayó de los brazos y fue arrastrada por el río. Este hecho la afectó de tal manera que la dejó trastornada.

Desde ese entonces, continúa la leyenda, la mujer solía salir pasada la medianoche, cargada un farol y con la cabeza cubierta. Iba en busca de su hija siguiendo el curso del agua del río, en un trayecto entre el puente del Centenario hasta el Puente del Vado. Su farol es famoso porque lo usaba para iluminar su caminar, se adelantaba a sus pasos, y al mismo tiempo le servía para espantar a los curiosos y, en algunas ocasiones, para asustar a los perros de los llanos de Taita Chavaco que ladraban a lo lejos. Así procedió hasta morir. No obstante, tras la muerte de la joven, los habitantes del sector seguían observando la luz del farol, era la mujer que, aun después de muerta, seguía buscando a su hija. La gente de la urbe aprovechó estos rumores para atemorizar a los niños pequeños, advirtiéndoles que si no se portaban bien serían llevados por la viuda del farol.





*Ilustración de Gabriela Cordero Durán*

# LOS GAGONES

---

**E**

sta leyenda supone que existen unos animales muy diferentes a los que ha catalogado el ser humano occidental, estos animales se llaman *gagones*. Se asemejan a perros cachorros castellanos, tienen algo de gato, de color ceniciento al inicio, pero con el tiempo se vuelven de color negro, en otras versiones son negros, de panza blanca y muy «pulchungos». Son indefensos durante el día, pero en la noche se transforman, sus ojos brillan, como endemoniados y lanzan gritos chillones semejantes a los de un niño. Suelen andar en pareja, un macho y una hembra. Pululaban ordinariamente por las veras de los acueductos que conducían las aguas que movían los molinos de la conocida mama Miche Machuca, ubicados al final de la calle Larga, hasta allí se les podía dar caza, de lo contrario se perdían en el horizonte.

La creencia común es que los gagones comienzan a rondar en las noches los sitios en los que existe una pareja manteniendo relaciones sexuales ilícitas, ya sea porque son compadres, parientes o porque están viviendo en unión libre. Caminan delante de los pecadores sin ser vistos por ellos, o bien aúllan como diciendo «gagón, gagón» (de ahí el nombre), y se revuelcan en el suelo abrazándose. Cuando el resto de las personas los ven, desaparecen. Se los puede coger si se les muestra el poncho extendido con los brazos, o si se extiende una pollera. Si se logra atraparlos, se los encierra en una tinaja, se los tapa con un pozuelo de barro vidriado, y al día siguiente se los suelta. Si se los sigue, se descubre a los que viven mal. Una vez reconocidos se los debe aconsejar para que se separen y salven su alma. En otras versiones, si un vecino atrapa al

gagón, al día siguiente puede encontrar muerto al pecador, con el cuerpo ennegrecido.

Los gagones aparecen porque desean que las personas no continúen con esa vida, para salvar sus almas y evitar que se condenen. Pero esto solo se puede conseguir si los gagones aún son cenizos porque si ya se volvieron negros la pareja no tiene salvación. Por extensión, su figura siniestra ha servido para alertar a los borrachos de sus vicios o para asustar a los niños si mentían. Fornicadores, incestuosos, borrachos y niños sabían que si continuaban con su «mal comportamiento» serían visitados y delatados por estos animales.



*Ilustración de Gabriela Cordero Durán*



# LOS FANTASMAS DE SAN ROQUE

---

**S**an Roque constituye uno de los barrios más tradicionales de la ciudad de Cuenca, ubicado junto al puente de El Vado y la Universidad de Cuenca. Destaca su iglesia, consagrada al santo nacido en Montpellier (Francia), caracterizada por la mezcla de estilo colonial, barroco y gótico. Esta larga tradición del sector le ha permitido acumular un caudal de vivencias, anécdotas y, por supuesto, de mitos y leyendas. Parte de las historias que se cuentan se relacionan con la existencia de los fantasmas.

Conforme indica la leyenda, la actual iglesia de San Roque está llena de fantasmas. La gente rumorea que en el templo tiemblan las bancas, se mueven los sirios y los floreros, incluso que se ven sombras. Esto ocurriría porque fue asentada en un antiguo cementerio. De hecho, cuando se demolió la primera iglesia para construir la actual, se encontró una enorme variedad de osamentas. La enorme energía que emana en el lugar se debería, entonces, a este hecho.

En esa misma iglesia hay un fantasma particular que incluso ronda por los contornos del barrio. Se lo conoce como *el fantasma de San Roque* que camina entre los árboles; la leyenda explica que se trata de un alma que anda buscando tranquilidad. Quienes lo han visto lo describen como un hombre vestido de negro, descarnado sin llegar a ser una calavera, tampoco una persona normal; cuando aparece en el ambiente se huele a tabaco fétido, hay un mal olor y luego se siente un frío extremo. Las personas que lo han visto se ponen mal, se «secan» de la impresión y por la energía que emana de él.

Otras versiones refieren que esos fantasmas eran nada más y nada menos que unas brujas que aparecían en la época de luna llena, iban por los aires montadas en sus escobas, a veinte metros sobre el suelo del Puente del Vado, repitiendo: «¡De valle en valle!, ¡de villa en villa!, ¡sin Dios ni la Virgen María!» se dirigían a visitar a las Zaldías, las hechiceras más famosas de la Cuenca de antaño, para aprender recetas y filtros amorosos. Luego iban a Santo Domingo, al Cenáculo, a San Sebastián, a la Catedral Vieja y Nueva y terminaban su viaje volando sobre los ríos de Cuenca. Luego se dirigían a una cueva muy grande, para unos en el Boquerón, para otros en un cerro del Cajas; allí les esperaba el diablo en forma de chivo para aplicarles pócimas para hacerles volar más alto. Las veían algunos borrachos que habían esperado el alba, y algún trabajador nocturno como Alejo Llivipuma, un soldado que hacía guardia y que aseguró haber oído reír a una bruja y de quien, a cambio de su silencio, recibió unos aretes de oro, pero que luego se transformaron en majada de vaca. «¡Tretas de brujas!», decían los vecinos que las conocían.

Los numerosos fantasmas y brujas que existían en el lugar, pues habría habido tantos como personas enterradas en el cementerio antiguo, habrían sido el motivo para que los inquilinos de las casas del barrio no permaneciesen mucho tiempo en alquiler, asustados por esos espectros. Imaginamos que los fantasmas ya se fueron porque el barrio crece cada día más, avivado por los estudiantes universitarios que llegan a radicarse en el sitio, o quizás se transformaron en las cantinas que también pululan en el sector, quien quita que no estén regidas por esas mismas sombras del pasado.





*Ilustración de Gabriela Cordero Durán*

# EL CHUZALONGO

---

**E**

Esta leyenda, al parecer de origen colonial, se ha registrado en muchas zonas del país, y Cuenca tiene su particular versión. Nuevamente una leyenda integra a un ser atípico, de accionar también atípico, con un nombre peculiar: el Chuzalongo (pronunciado con la /z/ sonora, por eso algunos han preferido escribir *Chuzsalongo*). Para ciertos investigadores, su nombre es una versión del quichua *urcu-yaya* y la *urcu-mama* y significaría 'hijo del cerro'; para otros, viene de «chuza» que significa 'delgado, endeble'; y para otros sería un cañarismo donde «chussa» y significaría 'niño pequeño malvado'. Para conocerlo mejor y sacar nuestras propias conclusiones, atendamos su historia.

El Chuzalongo ha sido representado como un ser de rostro blanco, nariz chata, cabello largo y rubio, de labios gruesos y morados, orejas grandes, ojos verdes pequeños con un punto negro de fuego en el centro, del tamaño de un niño, muy inquieto y juguetón, vivía en las montañas; algunos también lo han descrito con el cuerpo cubierto de escamas de pescado, los pies al revés, con alrededor de 150 años. Su particularidad más especial, común en las diversas versiones, era que poseía un miembro sexual muy grande y que, por lo mismo estaba afectado por un insaciable apetito sexual. Pese a su tamaño, este ser ha atemorizado sobre todo a las poblaciones rurales, tanto que los padres solían advertir a sus hijas que no anduvieran solas por los bosques o montañas para que no fueran víctimas de esta criatura.

Era conocido porque, al gustarle mucho las chicas, llegaba a tomarlas por la fuerza, incluso matarlas, aunque en otras versiones no llegaba a poseerlas, las estrangulaba con su falo gigante. Un caso muy conocido en la leyenda es el de un agricultor que vivía en el monte, quien envió a sus dos hijas a guardar el ganado en el granero

porque había una tormenta. Como no regresaban, su padre fue al granero con su pistola y las encontró descuartizadas y muertas, en medio de un charco de sangre. También estaba el Chuzalongo, limpiándose su miembro de la sangre que le habían dejado las mujeres, muchos creían que se alimentaba de esa sangre. El campesino no pudo alcanzarlo, y no lo volvió a ver nunca.

También se lo acusa de aventar un aire malo, tan malo que puede causar la muerte de quien esté cerca de él. Y se lo acusa de atacar incluso a los hombres cuando estos están solos en el campo; le gusta pelear con ellos, los desafía a probar fuerza. Para librarse de su acecho, el hombre que lucha con él tiene que sacarse una prenda de vestir y lanzarla lejos, cuando el Chuzalongo va por ella, debe huir, de lo contrario, era alcanzado y moría.

¿Cuál puede ser el origen de esta creencia? Se ha respondido que posiblemente servía para describir a una persona con alguna deformación porque era hijo de una relación incestuosa, por eso habría sido confinado a las montañas. Otros piensan que, en tiempos coloniales, los españoles, aprovechando la ingenuidad de los indígenas, idearon a este ser para eludir su responsabilidad de los hijos que procreaban con las indígenas a las que tomaban a la fuerza en los campos, por eso era descrito como un ser de ojos claros y cabello rubio. Para otros, su figura pretendía proteger a las mujeres jóvenes y vírgenes, a quienes se les prohibía andar por lugares deshabitados bajo la amenaza de su presencia. Hay un hito muy curioso en esta historia. Gustavo Vega ha relatado que hay personas que aseguran que el Chuzalongo habría sido capturado y confinado en un cuartel militar. Este fin del personaje buscaría liberar de los temores, especialmente a las mujeres, como ese fin feliz que siempre se ambiciona en la vida.





*Ilustración de Gabriela Cordero Durán*

# EL ESPÍRITU DEL CERRO

---



Cauzhin, junto a cerros como El Calvario, Pillachiquir, Mamaku, es considerado un sitio enigmático de Cumbe, una tierra de grandes mitos y leyendas ligados a sus montañas. Contribuyen a ese carácter los vestigios arqueológicos que posee la zona que atestiguan que en sus faldas vivieron ancestros, gente de las culturas aborígenes como los cañaris o incas, así como las historias derivadas de ese intercambio cultural ya milenario; Cauzhin, de manera concreta, parece haber sido un pucará, una fortaleza precolombina. Recordemos que los cerros y lagunas en la cultura andina han sido la guarida de los espíritus míticos.

La leyenda cuenta que en este cerro los incas habían colocado una huaca de oro y cerámica con el fin de resguardarla de la ambición de los españoles que avanzaban y conquistaban el territorio. Conocedor de esta historia, una mañana ya en avanzados tiempos, el sacerdote Luis Sarmiento Abad, conocido por sus continuas expediciones a los espacios sagrados sobre los cuales la gente narraba historias, ascendió a la cima de ese cerro, con dos personas que laboraban en el convento al servicio del párroco, para excavarlo y buscar esos tesoros. Algunos creían que el sacerdote era la persona ideal para ascender al cerro porque podía bendecir el lugar y ahuyentar a los «malos espíritus» que rondaban el lugar. Es posible también que esos acompañantes hayan sido indígenas, ya que se creía que los espíritus de los incas eran incapaces de lastimar a su propia gente.

Los intrépidos comenzaron a excavar. Cuando hubieron llegado a una profundidad de cuatro metros hallaron una enorme piedra plancha, tan grande que ni las barretas podían seguir cavando ni las fuerzas de los hombres podían moverla. Al mismo tiempo del hallazgo, empezó un aguacero, vientos helados que los obligaron a retirarse del sitio y a retornar al pueblo. Parecía como si la naturaleza conspirara para echarlos del lugar. Al día siguiente, Sarmiento y sus hombres subieron al cerro nuevamente, decididos a continuar con la excavación y a hallar el tesoro escondido. ¡Cuál no sería su sorpresa al no encontrar rastro alguno ni del hoyo que habían cavado hace solo 24 horas ni de la piedra que había obstaculizado su triunfo! Para la gente del lugar, el episodio no muestra más que el afán del cerro por defender sus tesoros, en especial ese «gran disco dorado, un sol de oro que decían eran el corazón del espiral de los aborígenes cañaris».

Como las leyendas tienen ese trasfondo de veracidad, el huaqueo (saqueo del yacimiento arqueológico), ha sido constante en la montaña, lo que ha afectado el resguardo de los vestigios del sitio. Y como todas las historias encierran un mensaje, en este caso parece ser el recordarnos que la naturaleza comunica al humano sus reacciones cuando siente que su espacio está siendo agredido. Y como todas las leyendas se adosan de ese matiz extraño, todavía hoy hay jóvenes del lugar que mantienen la idea de que se encuentran ante un cerro misterioso, y los mayores todavía advierten a la gente que deje en paz a los cerros: «No puedes subir a ese cerro porque te encantas»; «ese cerro te esconde el camino».





*Ilustración de Gabriela Cordero Durán*

# EL CURA SIN CABEZA

---

**E**

sta leyenda habla, como su nombre anuncia, de un cura vivo, pero sin cabeza. ¿Cómo era eso posible? Pues se trataba de un sacerdote que, para esconder sus visitas frecuentes a sus «queridas», aquellas a las que lograba seducir luego de concluir sus misas, vestía colocando sobre su solideo parte del manto, una capa muy larga que lograba cubrir hasta su cabeza y terminaba dando la apariencia de que no tenía una. Esta facha era tan inquietante que, por donde iba el sacerdote, generaba temor en la gente que lo veía, mucho más si consideramos que estas visitas las realizaba en la noche, y que los barrios por los que transitaba hasta llegar a su destino, el barrio de San Roque, todavía no disponían de luz eléctrica, así que eran oscuros y solitarios.

Un día fue descubierto por los vecinos que, inquietos por lo que veían, le habían seguido los pasos al reverendo, y por eso se supo de quién se trataba. Este tipo de conducta disgustaba a los moradores de la ciudad, pero lamentablemente no podían hacer nada porque el cura era amigo de las autoridades. Una mañana, cuando este se preparaba para dar la misa de las cinco, uno de los feligreses que lo había identificado exclamó: «¡elé, pues, este taita curita ahora sí está con cabeza, mamitica!, ¿qué muerte tendrá?» Pregunta a la que las beatas respondían «de gana. Dios nos guarde y nos ampare de este santo sacerdote». Pese a las voces que se alzaban, el hombre continuó con esta conducta por muchos años.

Existen otras interpretaciones. La alusión al «cura sin cabeza» podría haber provenido, más bien, luego de que el sacerdote murió. Dado que toda la ciudad conocía las andanzas del reverendo, no acudió nadie a su funeral, salvo el sepulcrista. Y ocurrió que cuando este echaba tierra sobre el ataúd, la tapa se abrió y, en el momento en que el trabajador observó el cadáver, vio que ¡no tenía cabeza! Asustado, fue y les contó lo que vio a los vecinos quienes atribuyeron el hecho a que el demonio se llevó esa cabeza al infierno por todos los pecados de carne que había cometido el cura. Desde ese momento, la versión asegura que el cuerpo del cura vaga como un alma en pena en las noches por las calles de la ciudad con la esperanza de recuperar su cabeza; incluso algunos afirman que lo han visto celebrando misa.





*Ilustración de Gabriela Cordero Durán*

# LA PIEDRA ENCANTADA

---



La leyenda habla de una piedra, encantada, depositada en el barrio obrero, allí por El Vecino que era el sector de entrada a la Cuenca de antaño, a manera de muro que obstaculizaba el paso hacia esa parte de la ciudad que era lejana, pantanosa y peligrosa en la época. Pero ¿qué quiere decir eso de *encantada*? Al parecer, dicen, esa piedra tenía el poder de cumplir cualquier tipo de deseo a quien se lo pidiera, podía ser de dinero, amor, trabajo, incluso se podía pedir venganza para los enemigos. Otro poder que se destacaba de esta piedra era su memoria: sí, era capaz de recordar las peticiones, si bien no era capaz de hablar. Además, los padres solían añadir que tenía el poder para castigar a los niños desobedientes, razón por la cual los pequeños solían mirarla con mucho respeto.

¿Qué era realmente lo que se escondía detrás de la piedra? Tal parece que las parejas de la época acudían al barrio para evitar ser vistos por los demás, y para poder estar en «privado» con sus amores. Los padres, conscientes de esto, desperdigaron la idea de su poder para evitar que los niños ellos se acercasen la piedra y mirasen lo que realmente pasaba detrás. No sabemos qué ha sido de esa piedra. Lo que sí sabemos es que la leyenda, en este caso, lleva implícita un componente mágico y un componente moral: los niños deben portarse bien.









*Cuenca 200 años soberana* es un ejercicio de memoria colectiva con énfasis divulgativo. Reúne doce crónicas, doce biografías y doce relatos (mitos y leyendas) que intentan dar cuenta de eventos significativos, personajes notables y narraciones, respectivamente, que han protagonizado y configurado la escena de la ciudad a lo largo de su vida soberana. Los textos se acompañan de ilustraciones que describen los imaginarios visuales con los cuales recordamos el pasado. El recorrido inicia un poco antes del fin del colonialismo, cuando ya en el ambiente refulgía el eco emancipatorio (con las huellas de la Misión Geodésica y de La Mar) y avanza hasta nuestros días, cuando la ciencia y el tranvía se vuelven noticia cotidiana. Y es que Cuenca está hecha de esos pedazos. Textos e imágenes se tornan en herramientas que desempolvan recuerdos, que matizan nuestras remembranzas, que suman memoria allí donde el pasado tendía a ajarse. Y nada mejor que la vista atrás cuando se ha de trazar el camino que sigue.



Casa  
Editora

ISBN: 978-9942-822-74-1



9 789942 822741